
Meir Margalit
El delirio de Israel
CATARATA


Meir Margalit
El delirio
de
Israel
CATARATA

Índice

1. PRELUDIO
2. PRÓLOGO
3. INTRODUCCIÓN
4. CAPÍTULO 1. CLAVES PARA COMPRENDER ESTE ÚLTIMO AÑO
5. CAPÍTULO 2. LO INDECIBLE
6. CAPÍTULO 3. ANATOMÍA DE UNA GUERRA INTERMINABLE
7. CAPÍTULO 4. METAFÍSICA DEL ANTAGONISMO
8. CAPÍTULO 5. UNA MIRADA SOCIOLÓGICA
9. CAPÍTULO 6. TEOLOGÍA DE LA DESTRUCCIÓN
10. CAPÍTULO 7. EL PANORAMA POLÍTICO ACTUAL
11. CAPÍTULO 8. LAS FUERZAS ARMADAS
12. CAPÍTULO 9. REFORMA JUDICIAL
13. CAPÍTULO 10. MEMORIA HISTÓRICA
14. REFLEXIONES FINALES. QUÉ SENTIDO TIENE LA EXISTENCIA DE ESTE ESTADO
15. EPÍLOGO
16. NOTAS

MEIR MARGALIT

(Argentina, 1952) es doctor en Historia Israelí Contemporánea por la Universidad de Haifa y desarrolla su actividad docente en el ONO Academic College, además de impartir conferencias y seminarios en distintas universidades europeas y americanas. Ha sido concejal de Jerusalén con el partido pacifista Meretz hasta 2014. Cofundador de una de las organizaciones de derechos humanos más destacadas de Israel, el Israeli

Committee Against House Demolitions (ICAHD), ha sido asesor en distintos organismos de la ONU, como OCHA, UNHabitat y UNRWA y es actualmente director del Center for Advancement of Peace Initiatives. Considerado uno de los mayores expertos en el conflicto áraboisraelí en Jerusalén, es autor de Discrimination in the Heart of the Holy City (2008), Seizing Control of Land in East Jerusalem (2010), Demolishing Peace (2014), Jerusalén: la ciudad imposible (2018) y El eclipse de la sociedad israelí (2024). Asimismo, es miembro del consejo editorial de Palestine Israel Journal y de la revista española SinPermiso.

Meir Margalit

El delirio de Israel



DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© MEIR MARGALIT, 2025

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2025

ZURBANO, 76
28010 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

EL DELIRIO DE ISRAEL

ISBNE: 978-84-1067-448-6
ISBN: 978-84-1067-410-3
DEPÓSITO LEGAL: M-20.503-2025
THEMA: JPSL/JPWS/1FBH/1FBP

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

PRELUDIO



Fuente: Cortesía del autor.

Hay imágenes que lo dicen todo. Un estudio abocado al estado de la sociedad israelí tras dos años de guerra puede sintetizarse con esta imagen que lo refleja fehacientemente. Toda frase adicional está de más.

PRÓLOGO

"No matarás".
Dios, las Tablas de la Ley, quinto mandamiento, Monte Sinaí, *ca*. 1300 a. C.

A estas alturas de los acontecimientos, podemos afirmar que todos los pronósticos vaticinados en mi libro anterior se han consumado con creces y siguen vigentes, alcanzando grados de violencia hasta entonces inimaginables[1]. A lo largo de este último año, todos los defectos, deformaciones y delirios que han corrompido a la sociedad israelí no han hecho sino intensificarse. Cada vez que creímos haber tocado fondo, descubrimos que aún era posible hundirse más. Jamás pudimos concebir que seríamos artífices de una de las páginas más siniestras de la miseria humana. Mientras redactaba las páginas de mi libro anterior no podía ni imaginar que un año después continuaríamos derramando sangre a granel. "Las personas normales", escribe David Rousset, "no saben que todo es posible"[2]. Ya pronostiqué que el ataque del 7 de octubre marcaba un antes y un después, que Israel no volvería a ser la misma que era. Sin embargo, para que saltara tanta ponzoña, debía estar ya instalado un fondo de odio profundo y una predisposición homicida previa a aquella fecha fatídica. Ningún país se convierte en asesino de la noche a la mañana —esta disposición a matar e inmolarnos por causas infames estaba ya inscrita en la misma base del proyecto sionista—. Durante 72 años, esta pulsión destructiva ha estado presente en los intersticios de la sociedad, a veces agazapada y otras

descontrolada, siempre al borde de estallar. El ataque del 7 de octubre fue el detonante que produjo el desencadenamiento y, desde entonces, todo está fuera de control.

En esta fase de la guerra ya podemos afirmar, con pena y dolor, que Israel está enterrado en las arenas de Gaza. En la tumba contigua yace la condición humana.

INTRODUCCIÓN

Atrapado en una trama kafkiana, busco una salida, pero todas las puertas están selladas. Tras dos años de guerra, nos encontramos enredados en una experiencia angustiante y desesperante, inmersos en un drama inconmensurable e irracional, un espacio surrealista donde la lógica habitual ha dejado de aplicarse. Vivimos en la era del leviatán, ese monstruo marino de la mitología bíblica, símbolo de lo abismal, lo desmesurado y lo caótico, que no se deja domesticar y amenaza con devorar todo a su paso. No entendemos lo que sucede porque esta guerra se resiste a ser nombrada. Frente a tanta miseria humana, el lenguaje se agota, la lingüística se queda corta: el horror excede lo descriptible. Por cierto, hay escritores virtuosos que logran describir esta contienda mucho mejor que yo. Quien escribe desde afuera cuenta con la ventaja de mantener cierta distancia emocional que le permite narrar los hechos con objetividad. Sin embargo, para quienes vivimos la guerra desde adentro escribir se convierte en una tarea agobiante no solo por el peso de la angustia, sino, sobre todo, porque estamos inmersos en ella, arrastrados por su vorágine, contaminados por su violencia, heridos por su desmesura. Desde afuera, un analista puede preguntarse qué está pasando. Desde adentro, uno apenas puede decir "algo me está pasando y no logro entenderlo". No obstante, he aceptado el desafío de Catarata, porque necesito escribir para sostenerme a mí mismo, reflexionar y ordenar los pensamientos. De alguna forma, la escritura es un intento de supervivencia. Por ello, escribo sabiendo que lo máximo que puedo hacer es bordear lo indecible.

Entonces, el desafío de este texto es cómo nombrar lo que es casi innombrable sin caer en el patetismo ni en la banalización. Esta cuestión es, en el fondo, una pregunta sobre el lenguaje mismo en tiempos de catástrofe.

Es la pregunta de Primo Levi, de Adorno, de Klemperer, de Friedländer y de tantos pensadores que se han cuestionado cómo describir el horror sin destruir el lenguaje ni entregarse a su relativismo. Menuda tarea. Sin embargo, esta dificultad no nos debe amedrentar. Si detrás de todo régimen de violencia existe un dispositivo retórico que lo justifica, nosotros tenemos el imperativo de desmantelarlo y revelar aquella verdad que los homicidas pretenden ocultar. Victor Klemperer escribió que todo régimen de violencia prolongada exige un régimen paralelo de palabras que le dé sustento, que permita camuflar o blanquear la barbarie, una lengua oficial que no solo informa, sino que deforma. Él llamó a esta lengua Lingua Tertii Imperii (LTI). La batalla, entonces, ya no se libra solo con armamentos: se libra también en el plano de las palabras. Por eso, para poder resistir, es necesario deconstruir aquella retórica perversa a fin de nombrar correctamente los hechos y desenmascarar las calumnias que nos rodean[3]. Y en estos días las calumnias gozan de suma popularidad. Desde "en Gaza no hay hambre" hasta "nadie en Gaza es inocente", pasando por Sánchez y Macron, Guterres y Stramer, todos, sin excepción, son antisemitas. La calumnia barata y descarada, indudablemente, festeja uno de sus mejores momentos.

Con este trasfondo, el lugar del testimonio, del análisis crítico y de la disidencia ética cobran una importancia vital. Hoy, más que nunca, es urgente restituir una ética de la palabra. No para adoctrinar, sino para reabrir la posibilidad de un nuevo humanismo. Necesitamos encontrar las palabras justas, y pronto, pues, tal como decía Walter Benjamin, si el enemigo se sale con la suya, "ni siquiera los muertos estarán a salvo"[4].

Este texto se ha gestado lentamente. Ha acumulado más paginas borradas que escritas. Día tras día, al releer las páginas escritas un par de semanas antes, he encontrado que dejaron de ser relevantes. En un conflicto donde los acontecimientos cambian de la noche a la mañana, es sumamente complejo escribir un ensayo en tiempo real. Este escollo objetivo se agudiza cuando tomas conciencia que estamos saturados de *fake news* y que Netanyahu es un genio de la impostura. Esa dificultad me persigue hasta el minuto antes de entregar este manuscrito y no dudo de que el lector se topará con análisis que ya han quedado anticuados. Por eso, he sorteado temas que en su momento

parecían críticos, pero que al cabo de unas semanas perdieron vigencia. Así, he tratado de centrarme más en procesos y menos en datos informativos.

Este libro se ha topado con múltiples obstáculos subjetivos. El más difícil de abordar ha sido el uso de palabras estremecedoras que todo ser humano, en particular el judío y, más aún, el hijo de supervivientes del Holocausto, no puede pronunciar sin que el cuerpo se le estremezca. Estas dos palabras, genocidio y pogromo, figuran en el texto a pesar del dolor que conllevan, dado que a las cosas hay que llamarlas por su nombre. ¿Cuántas veces las escribí y las borré en la búsqueda infructuosa de la palabra adecuada? Recuerdo el esfuerzo que me costó escribir no hace mucho tiempo atrás la palabra *apartheid*. Recuerdo cuán difícil me resultó poco después escribir la frase "crímenes contra la humanidad". Hoy veo con congoja que incluso estos vocablos estremecedores no alcanzan para describir lo que Israel está cometiendo en Gaza. En este libro se gesta mi lucha contra mi propia negación. Hoy debemos hablar de genocidio: palabra cargada de ecos históricos que muchos consideran sagrados o intocables. Pero ¿es acaso más decente el eufemismo? ¿Qué clase de memoria es aquella que impide nombrar las cosas tal como son? De modo que velo por aquellas palabras con respeto y emotividad, pidiendo perdón a todas aquellas víctimas del Holocausto que se sientan ofendidas.

Unas acotaciones metodológicas previas. Si bien han sido mencionadas en mi libro anterior, considero oportuno volver a recordarlas.

A lo largo de la redacción de este texto, he tenido en cuenta la posibilidad de que mis palabras sean distorsionadas por elementos antisemitas (que no faltan en nuestro entorno) y sean aprovechadas para criticar no precisamente las políticas bélicas israelíes, sino todo lo que representa el judaísmo. Ante esta eventualidad, quiero dejar claro que poco me importa lo que puedan llegar a hacer los antisemitas con este ensayo. Ellos no necesitan mis argumentos para atacar a Israel ni al judaísmo, tienen veneno de sobra. Pero, si lo hicieran, no me amedrentaría. Creo sinceramente en la fuerza de las palabras, en el poder de la crítica constructiva, y presento este escrito con toda la humildad de quien está convencido de que la luz de la verdad tiene fuerza correctora. La verdad libera.

Más de un lector, centrándose exclusivamente en los aspectos negativos de Israel y omitiendo los positivos, sostendrá con razón que este libro carece de equilibrio. Esta percepción es acertada. Parto de la base de que quien busque libros que alaben al Estado de Israel y justifique sus acciones podrá encontrarlos con facilidad. Los estantes están repletos de libros que admiran al proyecto sionista. De modo que, de antemano, mi intención ha sido omitir los aspectos positivos de Israel, y los hay. El sistema médico, la asistencia social, el desarrollo agrícola o la energía solar son algunos ejemplos de los que Israel puede enorgullecerse. Pero este libro no pretende volver a narrar lo que tantos ya han escrito, sino expresar aquello que pocos libros se animan a decir en estos difíciles momentos.

Una aclaración sobre el uso de términos genéricos como "izquierda", "pacifistas" y "liberales". En estos tres casos, su uso a lo largo del libro corresponde a la forma coloquial en que son usados en Israel, no concuerdan con el significado aplicado en Occidente. Izquierdista o pacifista en Israel significa oponerse a la guerra y a la ocupación de Cisjordania, y ello no implica necesariamente ser socialista, adepto a Marx o discípulo de Mahatma Gandhi. La mayoría de los pacifistas israelíes no son objetores de conciencia. En la misma línea, el término liberal alude a todo aquel que se considera derechista moderado —nada que ver con las ideas de Adam Smith—. De modo que, al cruzarse con esos términos a lo largo del libro, el lector no debe confundirse, hay que tener presente que son utilizados de acuerdo al estilo coloquial israelí.

Antes de entrar de lleno en el tema, debo advertir a los lectores que este ensayo, como todo escrito de interpretación política, es susceptible de errores. Una de las apreciaciones de mi libro anterior, por ejemplo, resultó desacertada, y lo reconozco con honestidad e incluso con satisfacción. Hace un año temía que una guerra abierta con Irán y Hezbolá fuera desastrosa para Israel. Allí escribí que esa contienda sería más peligrosa que todas aquellas a las que nos habíamos enfrentado en los 50 años anteriores, dado el inmenso arsenal a disposición de ambas fuerzas y la mayor precisión de sus misiles. Hoy puedo reconocer, con alivio, que me equivoqué: el precio que hemos pagado ha sido menor de lo que suponía. Considero necesario retractarme no

solo por honestidad intelectual, sino también para recordar que cada juicio que formulo puede estar errado, y que el lector debe tomar mis palabras con la debida precaución. "Ojalá me equivoque", anoté en el prólogo de mi libro anterior. Ante el horizonte sombrío que describo también en este, vuelvo a repetir: ojalá en poco tiempo la realidad nos demuestre que todo esto no fue más que una pesadilla.

Por último, antes de concluir este prólogo, se impone una aclaración que podría disgustar a parte de los lectores, pero debo incluirla por honestidad. A lo largo de este texto no encontrarán ni una palabra positiva sobre Hamás. Discrepo de Azmi Bishara, quien se refiere a ellos como "la resistencia palestina"[5]. Criticar crudamente a Israel no significa apoyar a Hamás, ni mucho menos justificar el ataque asesino del 7 de octubre. Apoyo la lucha palestina por su liberación; sin embargo, no perdonaré el asesinato de civiles israelíes inocentes, incluyendo activistas por la paz, de la misma forma que no perdono a Israel asesinar a civiles inocentes en Gaza. Soy consciente de la diferencia numérica, pero esta postura moral no depende de la cantidad de cuerpos desparramados. El precepto "No matarás" es absoluto y no cuantitativo. Desde esta postura ética, Hamás es tan victimario como víctima y no tengo nada bueno que decir de él.

Este es el momento de agradecer a amigos cuyas sugerencias y observaciones me han ayudado a sobreponer las dificultades de este escrito. Martín Alonso Zarza, Rodrigo López Galdano, Arieh Dayán, Gidon Freudenthal, Dov Faust e Itamar Zvick.

Este ensayo se ha visto beneficiado por la lectura de analistas de primer nivel, y basta nombrar a Beatriz Lecumberri, Mikel Ayestaran, Martín Alonso Zarza, Ignacio Álvarez-Ossorio, José Abu-Tarbush, Isaías Barreñada, Luz Gómez García, Enzo Traverso y Agustín Remesal. De cada uno de ellos he aprendido y con cada uno estoy en deuda.

No habría podido redactar este texto sin el apoyo, la comprensión y el respaldo de Zully, a quien le debo todo lo que soy.

CAPÍTULO 1
CLAVES PARA COMPRENDER ESTE ÚLTIMO AÑO

Este ensayo difiere del escrito un año atrás en que trata de una guerra distinta. En el curso de estos dos años, se han librado dos guerras consecutivas, ligadas entre sí, pero con metas distintas. Durante el primer año, el objetivo fue destruir a Hamás y, en gran medida, ese propósito se alcanzó en los primeros seis meses de combate. Desde entonces, el objetivo se desplazó a otro plano y la meta pasó a ser la destrucción de la Autoridad Palestina, abortar de una vez y para siempre la idea misma de dos Estados para dos naciones y, *a posteriori*, anexar los territorios del futuro Estado palestino. Pocos se han percatado de ello debido a que la retórica oficial sigue centrada en Hamás, aunque el blanco se haya desplazado a la Autoridad Palestina. Si no comprendemos esta diferencia sustancial, no terminaremos de entender su prolongación ni la lógica que impulsa el ataque israelí. A continuación, entraré en detalles y desarrollaré esta tesis en el apartado "Problema estructural" en este mismo capítulo.

BELLUM PERPETUUM

Entramos en un *bellum perpetuum*. Satanás se ha instalado en Israel y se siente muy cómodo en este entorno. La gente lo adora. Albert Camus describe en *La peste* a gente que "está poseída por el furor del crimen a tal punto que ya no pueden hacer otra cosa"[6]. Esta descripción encaja perfectamente con la situación imperante en Israel, donde la guerra ya es un fenómeno epidémico, pandémico. Al igual que en el relato de Camus, la gente en Israel no puede dejar de combatir, porque la guerra se introdujo dentro de la lógica cotidiana.

Está en la nueva normalidad. Todos se manejan dentro de la guerra y, por ende, fuera del ámbito humano[7]. La guerra ya no depende de tal o cual ministro, tiene vida propia. Como el gólem que dejó de responder a la orden de su gestor, la guerra ya impone sus caprichosas reglas, marca el ritmo y la dirección de los acontecimientos arrastrando a la gente hacia su propia inmolación. Ha estado siempre presente como una sombra que no se despega de nosotros, pero a partir del 7 de octubre, se invirtió el orden de los factores: la sombra nos precede y nos arrastra tras ella. La guerra posee una dinámica propia que degrada a la gente convirtiéndola en peones de un juego fantasmático en el que carecen de albedrío y, una vez desencadenada, ya no importa la razón por la cual comenzó. Zizek sostiene que en cierto punto la guerra ya no necesita razones. Se alimenta de su propia dinámica, incluso de su propia imposibilidad[8]. Estamos atrapados por un imperativo del superyó que demanda seguir combatiendo, condenados eternamente a no saber lo que es vivir en paz. A comienzos de marzo de 2025, después de que Estados Unidos impusiera un alto el fuego durante el mes de Ramadán y la Pascua judía, Israel se abocó a bombardear objetivos militares en el Líbano, a pesar de que Hezbolá ya no representaba ninguna amenaza. No puedo evitar pensar que ello responde a una necesidad psicológica, o a un estado de adicción, que induce a luchar constantemente, porque no nos reconocemos de otro modo. "En el fondo", escribe Mbembe, "la guerra se convierte en pasión, en un estado afectivo, e incluso en una fuerza de deseo"[9]. Yo mismo me he quedado atónito al constatar el grado de fascinación que el pueblo expresa cuando narra las magníficas operaciones tecnológicas que el ejército ha realizado, desde la explosión sincronizada de más de dos mil dispositivos celulares de Hezbolá hasta el bombardeo en Teherán, pasando por la capacidad de insertar un misil por la ventana de un apartamento para matar a tal o cual miliciano. Todo este encantamiento es reflejo de un estado afectivo patológico en el cual el país está estancado, inmerso en las pulsiones bélicas más infames.

UNA SOCIEDAD ESTANCADA EN EL 7 DE OCTUBRE

Dos años después de aquel fatídico sábado, la sociedad israelí continúa anclada en el trauma del 7 de octubre, sumida en el dolor, amarrada en un odio persistente, con todas las consecuencias que ello acarrea. La señal más clara de este estancamiento es la incesante demanda de venganza. La pulsión vengativa puede resultar comprensible dada la magnitud de la catástrofe: 1.450 víctimas y 250 secuestrados no pueden dejar de provocar una reacción visceral. Sin embargo, las decenas de miles de muertos en Gaza —mujeres, niños, ancianos— no han logrado aplacar esa sed de represalia. Por el contrario, hay quienes exigen más sangre y declaran sin tapujos que no habrá tregua hasta que no quede un solo gazatí en pie. Por un lado, relatos incesantes de heroísmo, que los medios no cesan de difundir, de quienes arriesgaron sus vidas para rescatar familiares y amigos, y, por otro, relatos espeluznantes de horrores padecidos aquel sábado fatal, que mantienen en la población un afán de venganza constante, atrapada dentro de una red mortífera difícil de eludir.

En un país pequeño, donde todos conocen personalmente a una víctima directa del ataque o algún soldado caído en el curso de la guerra, cada cual se siente interpelado en carne propia. Y es así que el furor vengativo continúa creciendo, aumentando asiduamente. La herida sigue sangrando y, mientras algún secuestrado permanezca en cautiverio, no podrá iniciarse ni el proceso de duelo ni la tan necesaria salida del trauma. Israel, desde el 7 de octubre, parece haber quedado suspendido en ese registro: el de una sociedad que ha hecho del dolor y la venganza una política de Estado. La venganza se erige como un mandato moral: quien no lo comparte, o expresa una pizca de empatía por mujeres y niños aniquilados, será catalogado de traidor, cómplice del enemigo.

Pero el deseo de venganza no surge solo del horror acontecido aquel día. Se alimenta también de la frustración y de la humillación persistente de quien no termina de comprender cómo es posible que después de casi dos años de guerra, el ejército más poderoso del Oriente Medio no haya logrado abatir a una milicia terrorista. En octubre del 2023, Hamás contaba con 30.000 combatientes. Seis meses más tarde, el ejército publicó un comunicado en el que afirmaba haber matado a 20.000. Sin embargo, en lugar

de quedar 10.000, hoy siguen contando con el mismo número inicial de combatientes. ¿Qué clase de matemática es esta? La capacidad de Hamás de seguir enrolando gente saca a Israel de quicio. Más grave aún: en cada intercambio de prisioneros, aquella milicia indigente ha montado una escenografía victoriosa, luciendo uniformes impecables, armas en alto, y gestos de victoria que ha abierto una herida narcisista en el corazón de la sociedad israelí. Al trauma del 7 de octubre, se suma la humillación frente a aquel espectáculo truculento que transmite que Hamás no ha sido vencido y resuena como una cachetada al orgullo israelí. La impotencia militar se convierte en herida narcisista; y esa herida, a su vez, exacerba la compulsión vengativa.

Sin embargo, la prolongación y el grado de brutalidad que ha alcanzado esta guerra no responden únicamente a una pulsión de venganza, ni siquiera a la humillación. No se trata solo de saldar cuentas. Hay que hurgar más hondo para entender de dónde surge este furor y hacia dónde se dirige.

PROBLEMA ESTRUCTURAL (O EL 'PECADO ORIGINAL')

Israel arrastra desde hace más de un siglo un problema estructural con los palestinos. El movimiento sionista nunca ha sabido qué hacer con la población palestina que habitaba la tierra que consideraba patrimonio del pueblo judío. Su mera presencia impedía concretar aquella utopía a la que aspiraban: construir un país judío, democrático y humanista.

Dentro del abanico de posibles soluciones, se barajaban varias alternativas que giraban en torno a expulsarlos, dominarlos o ignorarlos. Pocos fueron los que esgrimieron la posibilidad de integrarlos. La mayoría bregaba por un país grande y judío.

La guerra de 1948 abrió la posibilidad de expulsar a gran parte de ellos y apropiarse de vastas extensiones de tierra; sin embargo, después de expulsar a 700.000 palestinos, quedaron en el país otros 150.000, cuya mera presencia impedía erigir el país que anhelaban. No es casualidad que los árabes que permanecieron en Israel después de 1948 fueran sometidos a un régimen militar que se prolongó hasta fines de 1966.

La guerra de 1967 abrió la oportunidad de completar lo que había quedado pendiente en 1948: ocupar toda la Palestina histórica, aunque sea *de facto* y no *de jure* debido a que la ley internacional prohíbe anexar territorios conquistados. Pero, junto con la satisfacción de extender las fronteras, los territorios conquistados trajeron consigo a un millón de palestinos que nos alejaron aún más de la utopía puramente judía a la que aspira el sionismo. De modo que, nuevamente, Israel reproduce el modelo de 1948 en el que la población palestina queda sometida a un régimen de dominación militar, abierto o encubierto, que persiste hasta hoy.

El ataque de Hamás abre la oportunidad de completar uno de los aspectos que quedaron pendientes en 1948 y en 1967: anexar Cisjordania *de iure*, utilizando la guerra como marco propicio para desmantelar a la Autoridad Palestina. Al no existir un Estado palestino, no habrá a quién devolverle las tierras y la anexión pasará a presentarse como la opción "natural".

Pero esto no es todo: Israel vislumbra la posibilidad de reproducir en Cisjordania el experimento ya ensayado en Gaza. Por primera vez desde su independencia, Israel está al borde de consumar el plan maestro del sionismo. La condición que permitiría trasladar el modelo gazatí a Cisjordania sería un ataque islamista procedente de la zona, circunstancia que abriría la puerta a su inmediata aplicación. Este proyecto, que puede sonar conspirativo, no es para nada hipotético: se encuentra ya en marcha, impulsado por grupos mesianistas de extrema derecha que ejercen hoy una influencia determinante sobre el Gobierno. Para ello, nada más fácil que acusar a los habitantes de Cisjordania de ser simpatizantes de Hamás y generar provocaciones que desemboquen en una escalada de violencia que justifique la embestida israelí. La reciente expulsión de 40.000 palestinos de Yenín y Tulkarem constituye, en este sentido, un indicio de que la primera fase del plan ya está en marcha.

Este es, entonces, el trasfondo de este segundo año de guerra.

De esta forma, la guerra se convierte en un medio para concretar, si no el sueño absoluto, ya que desplazar a cinco millones de residentes palestinos es inviable, al menos el sueño del Gran Israel, aquel que se extiende del Mediterráneo al Jordán. Esta es la obsesión que propulsa la continuidad de la

guerra. Y es también la razón por la cual la agresividad supera cada día lo imaginable: dado que el plan maestro no avanza, sino que, al contrario, la causa Palestina gana legitimidad internacional, Israel intensifica la destrucción con la esperanza de que con un poco más de presión Gaza desaparezca y, tras ella, la Autoridad Palestina. Este es el mismo mecanismo de aquellos jugadores compulsivos que, después de perder en el casino, siguen apostando convencidos de que la próxima partida les traerá la victoria. De igual manera, Israel incrementa sus ataques convencido de que unas bombas más bastarán para llevar a Hamás a la derrota. De modo que Gaza no es el objetivo: Gaza es el primer paso hacia la desaparición de la Autoridad Palestina. No nos equivoquemos, la intención de Netanyahu no es hacer desaparecer a Hamás, sino destruir la idea de un futuro Estado palestino y aprovechar la crisis para expulsar a la mayor cantidad de población palestina.

La pulsión de venganza, la ambición de anexión y la intención de expulsar marchan juntas. Y juntas nos arrastran hacia el desastre total.

De este modo, pasiones primitivas y supersticiosas se apoderaron de este país. Ya ni siquiera se cuestiona el estatuto de la verdad. La forma recurrente en que círculos religiosos traen a colación el mandato bíblico de exterminar a Amalek —aquel pueblo que, de acuerdo a la mitología, acosó a los hebreos una vez liberados de la esclavitud en Egipto— para justificar el exterminio total de Hamás evidencia hasta qué punto esas pasiones son retrógradas. Y estos delirios nos arrastran de guerra en guerra.

En estos dos años de guerra hemos creado los motivos que nos traerán las próximas contiendas, y cada muerto palestino ha engendrado otros tantos combatientes abocados a vengar la masacre de sus seres queridos. La historia nos ha enseñado que cuando finalice la contienda actual, comenzará a gestarse la próxima, que será más sangrienta que la anterior.

LA FASE GENOCIDA

A estas alturas de la contienda, el conflicto palestino-israelí ha sufrido un giro sustancial y dramático. Los parámetros que lo definían hasta el 7 de octubre se han trastocado, pasando de ser un conflicto básicamente territorial

—donde la pugna giraba en torno a fronteras y límites estatales— a convertirse en un conflicto en el cual Israel niega el derecho a existir del contrincante. En otras palabras, de un politicidio pasó a ser un genocidio. Lo que está en juego ya no es ni la derrota de Hamás, ni la eventual creación de un futuro Estado palestino, ni sus fronteras, sino la propia existencia, el derecho a la vida. En otras palabras, lo que se manifiesta hoy en día es una intención criminal.

Por cierto, el conflicto árabe-israelí es multifacético y está compuesto por múltiples factores —nacionales, religiosos, políticos y demás— que se retroalimentan mutuamente. Durante la primera década después de la creación del Estado de Israel, el ingrediente genocida no formaba parte de la agenda nacional, aunque sí ha existido un componente urbanicida, que no está lejos del genocidio propiamente dicho[10]. Ben-Gurión, Dayán y demás dirigentes laboristas hablaban de expulsarlos, pero no de exterminarlos —a pocos años después del Holocausto, esas ideas no figuraban en el repertorio nacional—. Crímenes de guerra no faltaron, a tal punto que ciertos israelíes moderados llegaron a calificarlos de "acciones propias de nazis"[11]. Por cierto, en el subconsciente colectivo siempre ha habido una intención de borrar a los palestinos del mapa, sin embargo, nunca ha habido una política premeditada de exterminio total. Las relaciones mejoraron durante la época de Oslo, a principios de la década de los noventa, cuando Arafat y Rabin reconocieron mutuamente el derecho de cada pueblo a coexistir, dando espacio a un modelo de mutua convivencia, complejo pero prometedor. Esta dinámica, cabe aclarar, alude a la vertiente pragmática de ambos pueblos, mientras que en círculos marginales deambulaban posturas que negaban al palestino el derecho elemental de existencia.

Tras el asesinato de Rabin (1995) y la posterior hegemonía de la derecha liderada por Netanyahu, aquella orientación fue debilitándose. Durante el breve paréntesis en que el laborismo regresó al poder con Ehud Barak a la cabeza (1999-2001), ha habido una intención de recomponer las relaciones, pero el fracaso de Camp David ("no hay interlocutor con quien hablar") precipitó una nueva degradación que se intensificó en los sucesivos gobiernos de Netanyahu a tal punto que aquellos extremistas que en aquel entonces

eran considerados marginales hoy día dirigen la coalición nacional. Efectivamente, la derecha israelí está imbuida en un profundo odio a todo lo que sea palestino, sin embargo, dado el amplio apoyo a la causa palestina en las Naciones Unidas, Israel nunca se atrevió a negar el derecho palestino a existir.

Toda esta construcción se desplomó el 7 de octubre. La guerra ha reinstalado el plano criminal, la lógica de suma cero: todo o nada. Una guerra que remite al exterminio supremo, visceral. Para garantizar mi existencia, preciso que el otro salga irrevocablemente de mi vista. Si en el plano territorial aún era posible imaginar un acuerdo que girase en derredor a demandas sobre líneas fronterizas, recursos o intercambios de tierras, el plano genocida no admite términos medios —la lucha es total, absoluta y obsesiva, dirigida contra la totalidad del ser—. Así como las fuentes hebreas demandan exterminar totalmente a Amalek. Ya no hay espacio en el que se pueda llegar a acuerdos ni compromisos posibles. Así como no hay una forma parcial de existir, tampoco hay una forma parcial de coexistir, lo que implica que la guerra se vuelva eterna. Y quienes suponen que esta afirmación es metafórica pueden prestar atención a la declaración del general David Zini, recientemente nombrado jefe de los servicios de inteligencia (Shabak), quien, haciendo referencia al antagonismo bíblico entre ambos hijos de Abraham, Isaac (arquetipo del pueblo hebreo) e Ismael (arquetipo del pueblo islámico), afirmó explícitamente que el destino de Israel es luchar hasta la eternidad[12].

El paso de un conflicto territorial al plano genocida no es solo un cambio de intensidad, sino de naturaleza. En un conflicto territorial, el adversario es concebido como un protagonista con el que se disputa algo concreto y con el que eventualmente se puede llegar a un acuerdo, hoy este privilegio ya no existe. En esta fase genocida, el contrincante carece de estatuto, deja de ser un factor legítimo, se convierte en un "nadie". Esta diferencia es significativa: en un conflicto con "alguien" se puede llegar a un acuerdo, pero en un conflicto con "nadie" no hay forma de encararlo ni de acabarlo. La mera existencia del otro es incompatible con la propia existencia. El conflicto ya no gira en torno a lo que uno pretende obtener del bando contrario, sino en torno a lo que el otro es. Esto transforma el lenguaje, las aspiraciones

políticas, las emociones colectivas y, sobre todo, los límites morales en componentes irreconciliables.

Hoy esa mutación del conflicto se refleja con nitidez en varios planos superpuestos. Comienza con el discurso político, donde se imponen las voces que niegan toda posibilidad de coexistencia, para continuar con bombardeos indiscriminados, desplazamiento de poblaciones enteras y destrucción sistemática de viviendas e infraestructuras para llegar a lo que en este momento parecería ser el *summum* de la crueldad humana: hambruna premeditada y falta de asistencia médica, para que quien no muera abatido por las balas o bombardeado muera lentamente de hambre y enfermedad. Dado que la intención no es vencer, sino exterminar, llegamos indefectiblemente al genocidio. Nunca antes Israel ha estado tan desfigurado, tan deshumanizado, tan atrofiado. Efectivamente, la guerra genocida necesita negarle al otro su condición humana para justificar la furia con la que ataca a civiles. Sin embargo, al negar al prójimo su condición humana, negamos también la nuestra.

En este marco, la política deja de ser el arte de lo posible para convertirse en una teología destructiva. Tal como advirtió Gershom Scholem, toda tentativa de convertir conceptos políticos en teológicos conduce al desastre, dado que en el ámbito teológico no hay margen de negociación, ni de acuerdo, ni de entendimiento. Cuando el pensamiento político se carga de axiomas absolutos, ya sean religiosos o ideológicos, se vuelve indefectiblemente destructivo[13]. Los discursos cargados de sentido absoluto o redentor tienden a volverse ciegos al sufrimiento humano. Israelíes y palestinos, atrapados en relatos excluyentes, se conciben mutuamente como encarnaciones del mal, como obstáculos ontológicos. Es entonces cuando toda ética desaparece. La violencia ya no requiere justificación: se autojustifica en nombre de dogmas y doctrinas absolutas. Achille Mbembe ha escrito que, al apelar a la muerte de todo lo que no es incondicionalmente nuestro, estamos reproduciendo sin cesar todo cuanto constituye la tragedia humana de quienes, presos del odio, son incapaces de liberarse de él[14]. Este lúcido pensamiento hoy resuena más que nunca en esta guerra insensata.

‘HAMASTIZACIÓN’

> “Para vencer a Hamás debemos ser más crueles que ellos. Pero entonces dejaremos de ser lo que somos”.
> CAROLINA LANDSMAN, *Haaretz*, 27 de octubre de 2023

En febrero de 2025, el presidente Donald Trump, en el marco de sus recurrentes amenazas a Hamás, exigió la restitución de los cadáveres israelíes retenidos, afirmando que “¡solo personas enfermas y retorcidas conservan los cuerpos, y ustedes están enfermos y retorcidos!”. En este tema, estoy absolutamente de acuerdo con Trump, pero quiero recordarle que no solo Hamás retiene cadáveres. Israel, en este preciso momento, retiene cientos de cadáveres gazatíes con la intención de usarlos como carta de negociación. Ambos bandos se transformaron en mercaderes de una feria morbosa y perversa. Este fenómeno horripilante evidencia no solo un acto de cobardía política, sino que representa, sobre todo, una señal de degeneración moral que requiere ser analizada.

Tal vez uno de los fenómenos más alarmantes que han atrapado a la sociedad israelí en el último año sea el proceso de “hamastización”, que ha penetrado profundamente en su estructura mental. Una irrupción de salvajismo incontrolable ha emergido por inercia, legitimada por una larga historia de victimización que, amparada en el Holocausto, justifica toda barbarie. “No queremos ser como los peores de nuestros enemigos”, escriben dos veteranos aviadores en un artículo dirigido a sus colegas en servicio; si bien su intención es buena, han despertado tarde[15]. Este proceso no surge de la nada; sus antecedentes se remontan a la guerra de Independencia de 1948, la Nakba, en la que se perpetraron no pocas atrocidades —tal como acontece en toda guerra a lo largo de la historia—. Sin embargo, a pesar de que nunca hemos sido “santos”, en el pasado hemos sabido poner límites a la violencia. Basta recordar que en septiembre de 1982 un comité jurídico destituyó a quien fuera en aquel entonces ministro de Defensa, Ariel Sharon, a quien responsabilizó por la matanza de palestinos perpetrada por milicias cristianas ligadas a Israel en los campos de refugiados del Líbano, Sabra y Shatila. Hoy, en cambio, toda aquella inhibición ha desaparecido y las (pocas) líneas rojas

vigentes hasta ese entonces son traspasadas cotidianamente con plena impunidad.

Esta dura acusación ha sido planteada por el profesor Nimrod Aloni, en un severo artículo titulado "Nos hemos convertido en Sodoma, nos asemejamos a Hamás"[16]. Con el paso del tiempo, dice Aloni, la sociedad israelí ha pasado un proceso de degeneración colectiva. A diferencia de guerras anteriores, hoy la mayoría pretende arrasar con todo y desentenderse de todas las normas vigentes en una sociedad civilizada. Para gran parte de la sociedad estamos ante una guerra santa, legitimizada por la religión, algo similar a la yihad en el islam. Argumentos religiosos y versículos de la Torá son cada vez más frecuentes en el discurso nacional, y para ambos bandos, la guerra se considera un mandamiento divino.

Por eso, tanto para Hamás como para Israel, la sacralización de la muerte ha adquirido un estatus sagrado, superior al de la vida misma. En Hamás esta visión siempre ha estado vigente. Sin embargo, en Israel esta línea de pensamiento es reciente: desde siempre prevaleció el principio judaico de la santidad de la vida. Sin embargo, este principio ya no cuenta, como lo evidencia la forma en que transformamos a los rehenes secuestrados en personas "descartables" o "sacrificables", en aras de metas imposibles de lograr. La mejor evidencia de la similitud con Hamás es el hecho de que Israel está abocada totalmente a la maldad. Nos estamos convirtiendo en un país criminal impregnado de odio y venganza, sediento de sangre. Lo que hace tiempo era característica de un minúsculo grupo de colonos extremistas pogromistas se ha convertido en norma nacional. Esta actitud se manifiesta a lo largo de una amplia gama de prácticas que van desde la represión policial contra opositores al Gobierno —incluso contra familiares de secuestrados—, pasando por torturas a prisioneros palestinos, hasta la matanza en masa y la transferencia de habitantes de la Franja de Gaza y Cisjordania. El hecho de haber adoptado la mentalidad de Hamás, escribe Aloni, no debe sorprendernos. Yshaiahu Leibovich profetizó que la conquista de los territorios palestinos traería aparejado un proceso de corrupción moral y degeneración nacional. Leibovich sabía lo que decía.

Este proceso de mimetización mutua, que René Girard ha acuñado bajo el

nombre de "teoría del mimetismo", afirma que, durante enfrentamientos virulentos de larga duración, cada bando se ve inevitablemente condicionado por el entorno en el que opera. Israel ha mimetizado estructuras mentales yihadistas, así como también Hamás ha adoptado características mentales israelíes. "El hombre está hecho a imagen del hombre", escribe Gil Briol, "todos están confeccionados de la misma estofa". Por lo tanto, agrega, "todas las guerras son guerras civiles: es siempre otro sí mismo a quien se mata en la guerra"[17]. Hanna Arendt desarrolló este tema al hablar del "síndrome bumerán" en su clásico libro *Los orígenes del totalitarismo* (1951), donde, basándose en la experiencia colonial, demuestra que la violencia ejercida en las colonias vuelve luego como un bumerán a la metrópolis misma. La violencia nunca se queda confinada en los márgenes del imperio y cada agresión efectuada "afuera" termina reproduciéndose tarde o temprano dentro de la propia comunidad.

En el caso de Israel, este fenómeno es evidente: su inmersión en el contexto palestino ha moldeado inexorablemente su mentalidad y comportamiento (en particular entre descendientes de emigrantes de países árabes, quienes han adaptado con suma naturalidad ciertos aspectos de la cultura levantina), al igual que recíprocamente ciudadanos árabes de Israel y palestinos de Jerusalén Oriental han asimilado patrones de conducta propias de la población judía. Michael Sfard afirma que, sin comprender la ocupación en toda su magnitud, difícilmente podemos entender no solo lo que aflige a los ocupados, sino también lo que nos aflige a nosotros mismos. Pues la ocupación —la que administramos desde 1967 y, más aún, la que perpetuamos en los últimos años— no modela únicamente a sus sometidos, sino también a quienes la ejercen[18].

Frantz Fanon y Albert Memmi, ambos inspirados en la "dialéctica del amo y el esclavo", de Hegel, exploraron las dinámicas entre colonizador y colonizado, concluyendo que la violencia no solo oprime al colonizado, sino que transforma a ambas partes. La opresión y la resistencia se reflejan mutuamente, escribe Fanon en *Los condenados de la tierra*, y agrega que en conflictos prolongados ambos bandos acaban reproduciendo rasgos del prójimo, no solo en sus tácticas, sino en su cosmovisión. En grados distintos,

sigue Fanon, la guerra transforma a todos los bandos en "estatuas de odio", vaciándolos de todo sentimiento humano, al igual que de la capacidad de conmoverse por el dolor ajeno[19]. Esa falta de sensibilidad no solo enceguece, sino que también obstruye la capacidad de reconocer la propia vulnerabilidad y finitud. Es así que el israelí no capta su propio cautiverio y no ha asimilado la lección que la historia ha demostrado con creces: que nadie será libre en Israel mientras continúe la ocupación, o, parafraseando a Milovan Djilas, nadie puede arrebatar la libertad a otro sin perder la suya. Memmi, en *Retrato del colonizado y del colonizador*, añade que tanto el colonizador como el colonizado quedan atrapados en una relación anómala donde ambos dependen del conflicto para definir su identidad.

Achille Mbembe reconoce en esta amalgama la cristalización de un modelo de existencia que denomina "comunión de los mártires", la cual fusiona en un mismo molde invertido a los mártires judíos de ayer con los mártires palestinos de hoy[20]. Este fenómeno puede ser también abordado a través de la teoría marxista de las equivalencias, asociada con Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, la cual sostiene que en todo marco social, y en particular en conflictos nacionales, ambos bandos en disputa, a pesar de sus diferencias, encajan dentro de una cadena de equivalencias que se retroalimentan mutuamente. De acuerdo a esta tesis, todo vínculo entre dos o más entidades, desde vínculos amorosos hasta bélicos, transforma la identidad de cada uno de los vinculados. Las relaciones de equivalencia son constitutivas e inherentes, conforman un tejido social que cubre a todos sus componentes bajo un mismo manto. De modo que todos en esta región nos movemos dentro de un mismo paradigma; nos guste o no reconocerlo, todos estamos subordinados a una misma guerra. En Oriente Medio, cada bando ha consolidado su identidad en torno a la lucha, y con el tiempo todos terminan pareciéndose más de lo que estarían dispuestos a admitir. Esto plantea una sugerente paradoja: cuanto más pelean, más se parecen en su forma de actuar, pensar y justificar sus acciones. A pesar de considerarse opuestos absolutos, israelíes y palestinos parecen estar atrapados en un espejo distorsionado donde cada uno se convierte en una versión radicalizada del otro.

De este modo, a raíz de esta guerra, Hamás e Israel se parecen más que nunca, como dos gemelos, comparten los mismos rasgos de crueldad y se complementan en una suerte de comunión perversa, apoyándose mutuamente para alcanzar sus objetivos más oscuros. Antes del 7 de octubre, el Gobierno israelí necesitaba a Hamás para justificar el estancamiento de la negociación con la Autoridad Palestina y avanzar en la anexión de Cisjordania, mientras, a su vez, Hamás necesitaba a Israel para perfilarse como la fuerza predominante del pueblo palestino. Esta colaboración implícita se manifiesta no solo en las astronómicas remesas de dinero que Israel permitió ingresar a Gaza antes del estallido de la guerra, sino que se revela incluso en estos días. Aunque resulte paradójico, el ejemplo más elocuente es la forma en que Israel mantiene a Hamás en el poder. Al rechazar todo plan futuro que implique introducir en Gaza una fuerza panárabe que incluya a la Autoridad Palestina, a falta de alternativa, Hamás continúa siendo la única fuerza organizada que controla la zona. Esta forma de manejar conflictos es clásica en Israel: con una mano lucha contra Hamás y con la otra lo refuerza, todo con el fin de evitar que la opción de dos Estados pueda llegar a ser relevante. Al impedir solución alguna que incluya la posibilidad de que una fuerza árabe tome las riendas de Gaza, el Gobierno israelí contribuye a consolidar el monopolio de Hamás.

LA OMNIPRESENCIA DE LA CATÁSTROFE

Otro factor que ha emergido durante este último año es la omnipresencia de la muerte en nuestra cotidianidad. Me refiero a esa nueva costumbre de enaltecer la memoria de los soldados caídos en combate a través de pegatinas (*stikers*) con la imagen del soldado y alguna frase que lo caracterice. Esta práctica se ha generalizado y ha invadido todos los espacios urbanos.

En realidad, la muerte ha sido siempre parte integral de nuestra existencia. Todos conocemos alguna familia que ha perdido seres queridos en alguna guerra o atentado, nuestras ciudades están llenas de placas y monolitos que rememoran a los caídos en aras de la patria. Pero, a diferencia de esas placas, en las que figura tan solo el nombre del caído y las fechas de su nacimiento y

muerte, que ya no logran estremecernos, la pegatina refleja un rostro humano, generalmente sonriente, unos ojos que te están mirando, que te interpelan de forma casi personal. A partir de esta guerra, en cada escaparate, en cada poste, en estaciones de autobús o portones, en cada espacio posible, las calcomanías de soldados muertos nos persiguen sin darnos tregua: nadie puede eludirlas. La proliferación de pegatinas es impresionante. Ahí donde te dirijas, te toparás con caras de jóvenes que de alguna manera te recuerdan a algún joven conocido y te llevan a preguntarte qué será de nuestra existencia. Imágenes que producen angustia, con justa razón, pero paralelamente generan intransigencia, ya que el mensaje tácito detrás de esas pegatinas es que hay que seguir luchando para que su muerte no haya sido en vano. El recuerdo del caído no interpela a la paz, sino a la perseverancia en el conflicto. No es una imagen para ser llorada, sino para ser obedecida. De ahí que el espacio urbano se haya convertido en un ámbito de demagogia política, populismo nacionalista y de capitalización del miedo.

El espacio público israelí se ha transformado en un escenario saturado por la presencia visual y emocional de la muerte, una estetización de la catástrofe que no solo recuerda, sino que moldea, subjetividades y decisiones políticas. En distintos regímenes totalitarios, desde el fascismo italiano hasta el nacionalsocialismo, pasando por el estalinismo, la figura del mártir ha ocupado un lugar central en la mitología estética del régimen. Todo este conglomerado de imágenes ha convertido al modelo de vida israelí en lo que Mbembe denomina "necropolítica", un sistema que administra los cuerpos muertos como fuerza simbólica. En este contexto, las calcomanías, más que homenajes, son dispositivos ideológicos que reafirman una lógica sacrificial. Lo que en un principio pudo haber parecido una manifestación legítima de duelo colectivo se ha convertido en una ocupación simbólica del espacio público por parte de la muerte. No se trata ya de una conmemoración sobria o espontánea, sino de una omnipresencia visual que convierte a cada calle, cada esquina, cada semáforo, en un altar improvisado a la memoria de los caídos. Esta estetización de la muerte tiene efectos colaterales: normaliza la violencia y convierte el sacrificio en virtud cívica.

Lacan[21] nos recuerda que la mirada tiene un lugar privilegiado en la

economía del goce. No se trata simplemente de ver, sino de ser visto por una mirada que goza del sujeto, que lo introduce en una escena donde está llamado a ocupar un lugar. En este caso, el rostro sonriente del soldado opera como una mirada que, desde el más allá de la muerte, parece decir "¿qué vas a hacer tú con mi sacrificio?". El efecto que produce en el transeúnte no es de empatía ni de tristeza solamente, sino de culpa, de deuda simbólica. Este dispositivo visual genera un fantasma colectivo en el sentido lacaniano del término: una escena donde habita una instancia simbólica que transforma el mandato "no traicionarás a los muertos" en un imperativo moral.

Lo trágico es que esta estructura sacrificial no permite el duelo. El rostro del muerto no desaparece —se multiplica—, y en lugar de permitir elaborar la pérdida, fija la pulsión de la muerte en el espacio público. Las pegatinas no dicen "aquí hay un muerto", sino "aquí hay un héroe", "mira este rostro y actúa en consecuencia". La pegatina sirve para reclutar, no para detenerse a pensar. Lo real del trauma es sustituido por su simulacro glorificado, y la imagen cumple una función movilizadora: no deja espacio para la duda o la crítica. Por eso, la política se transforma en necropolítica no solo por la forma en que se administra la muerte, sino porque el sacrificio de esos jóvenes que nos interpelan en las calcomanias se vuelve el soporte del lazo social.

Lacan advierte en su crítica a la estetización de lo trágico que cuando lo trágico se convierte en belleza, se pierde su capacidad de subvertir. Ya no hay confrontación con lo real de la muerte, sino una imagen edulcorada que tapa su horror con una sonrisa congelada. Esto es precisamente lo que el Gobierno precisa para continuar reclutando carne de cañón.

RESULTADOS PARCIALES:
NADIE GANA, TODOS PIERDEN

Desde el 7 de octubre, la pregunta que cada israelí se hace dos o tres veces al día es siempre la misma: ¿cómo va la guerra?, ¿estamos avanzando, retrocediendo o estamos estancados? La pregunta se encara como si se tratara de un partido de fútbol, pero uno muy peculiar: dos equipos desiguales, sin reglas claras, sin árbitro, sin límite de tiempo y sin fecha de finalización. El

ciudadano quiere saber cuántos "goles" hemos marcado hoy, si ganamos o perdemos. No duda de que, en el campo de batalla, Israel lleva las de ganar; pero, al ver como en el terreno internacional se pierden puntos a un ritmo acelerado, surge la incertidumbre: ¿cuál será el resultado final de esta contienda? Por lo pronto podemos afirmar que si efectivamente estuviéramos ganando, no cabría una pregunta de esa índole. El poeta Amos Madar escribe: "Hemos perdido. Si por lo menos supiéramos para qué".

Resulta prematuro responder a esa pregunta y la respuesta es más complicada de lo que parece, dado que depende de la conjunción de múltiples parámetros y, sobre todo, depende de quien la responda, podemos aventurar una respuesta provisional.

La postura oficial israelí sostiene que, tanto en el plano militar como en el estratégico, Israel lleva la delantera. "Esta guerra ha sido un gran éxito: hemos cambiado el equilibrio de fuerzas en Oriente Medio como no ocurría desde 1967. Hemos desarmado a la 'coalición del mal' liderada por Irán. Atacamos a Hamás, a Hezbolá, a los hutíes en Yemen e incluso a Irán. Hemos logrado victorias fabulosas", se jacta Netanyahu sin pestañear.

Algo de esto es cierto. El triunfo militar era previsible: el poderío bélico de Israel es indiscutible, especialmente contando con el respaldo ilimitado de Estados Unidos. Por más motivación que tengan, unas milicias no pueden competir con la maquinaria militar israelí, y lo mismo puede decirse del aparato bélico iraní que no ha podido competir con la superioridad tecnológica y logística israelí.

En el plano estratégico los resultados son ambiguos. Por un lado, salvo un par de países proisraelíes, la comunidad internacional critica a Israel severamente y aplica gradualmente sanciones a nivel nacional e individual que afectan su imagen global. Israel nunca ha estado tan aislada y excluida en el ámbito internacional. Sin embargo, este bloqueo no es hermético. Israel ha logrado introducir esta guerra dentro del marco del llamado "choque de civilizaciones" y convencer a buena parte de Occidente de que la guerra contra Hamás, Hezbolá e Irán forma parte de una lucha global contra el islamismo radical. En mayo del 2024, Netanyahu lo afirmó explícitamente: "Nuestra victoria es vuestra victoria: la de Israel contra el antisemitismo, la

de la civilización judeocristiana sobre la barbarie"[22]. La comunidad internacional —que arrastra sus propias cuentas pendientes con el islam político— ha adoptado este relato y, en la práctica, le ha dado a Israel carta blanca para actuar a su antojo, aunque a nivel declarativo hayan criticado el carácter desmedido de la respuesta israelí. Un ejemplo de este doble mensaje europeo ha sido la complacencia con que festejaron el colapso de Hezbolá, y la posterior caída de Bashir el-Assad en Siria, debilitando consecuentemente a Irán y Rusia. A raíz de este proceso, la imagen de Israel en la arena internacional ha mejorado de manera considerable, ya que indirectamente Israel ha terminado con dos de los problemas más serios de occidente: el programa nuclear iraní y la política belicista de Rusia[23]. Este argumento ha resultado tan persuasivo que incluso países árabes moderados —que también se sienten amenazados por la yihad islámica— optaron por no respaldar a la población de Gaza y, en cambio, prefirieron mantener sus relaciones diplomáticas con Israel. El ejemplo más elocuente es la actitud de Arabia Saudí y de los principados del golfo Pérsico, quienes pudieron haber condicionado sus acuerdos económicos con la Administración Trump a cambio de la finalización de la guerra en Gaza. Estos países eligieron no incluir el tema palestino en la agenda de negociación. Si algo ha defraudado profundamente a la población de Gaza no ha sido tanto la impotencia de Europa, sino la actitud de sus propios "hermanos" árabes, quienes optaron por no ejercer presión real para detener la ofensiva israelí.

No cabe duda de que Israel ni planificó ni anticipó plenamente este desenlace geopolítico; sus cálculos rara vez se proyectan tan lejos. Sin embargo, por azar o por la coyuntura, estas maniobras le han resultado rentables, permitiéndole jactarse de logros que ni siquiera había previsto de antemano.

No obstante, todo aquel que no se deja impresionar por la fanfarronería de Netanyahu percibe con claridad la distancia entre las metas finales que Israel se propuso —"la derrota absoluta de Hamás"— y el triunfo que el Gobierno se atribuye. Después de tanta retórica bélica, cualquier resultado que no sea la rendición total de Hamás constituirá para Netanyahu un fracaso. Solo una foto de sus líderes saliendo de sus guaridas con las manos en alto, temblando

de miedo y con la mirada perdida será considerada una victoria definitiva. A estas alturas de los acontecimientos, ninguna de las metas ilusorias que se anunciaron ni ninguna de las declaraciones presuntuosas lanzadas a lo largo de la guerra se han materializado. Hamás ha recibido sin duda un golpe severo, pero Israel no ha logrado aniquilarlo. Gaza está devastada, pero no se rinde. Hamás no tiene necesidad de "ganar" la batalla, solo tiene que resistir para que su lucha sea considerada un triunfo. Paradójicamente, no solo no ha sido exterminado, sino que, al contrario, Hamás se perfila como quien no se ha doblegado ante las bombas israelíes. El ceremonial que Hamás lleva a cabo con cada liberación de secuestrados israelíes, al mejor estilo de Hollywood, con un despliegue de fuerzas pertrechadas y uniformadas, si bien grotesco, ha demostrado que el grupo armado continúa siendo la única fuerza relevante en la Franja de Gaza. El intento maquiavélico de crear una milicia armada proisraelí que controle la Franja ya finalizada la contienda no es más que un intento cínico de generar conflictos internos destinados a fracasar.

Nuevamente vemos como un país puede ganar una batalla y a la vez perder la guerra. El triunfo no se mide por la cantidad de muertos desparramados a lo largo del camino, sino por la imagen que queda impregnada en la memoria de cada pueblo[24]. Shlomo Ben Ami, una autoridad en el tema, afirma categóricamente que el gran triunfo de Hamás es haber convertido el supuesto paraíso que Israel pretende erigir en un infierno. Y agrega:

> Aunque Hamás fuera derrotada, el golpe que infligió al ocupante —su arrastre a una guerra prolongada, las pérdidas en combate, los miles de heridos, el elevado número de soldados suicidas, la liberación masiva de prisioneros de alta peligrosidad, el sacudón económico debido a los costes astronómicos de la guerra, el aislamiento internacional, la fijación del estigma de un Estado fuera de la ley, la profundización de la fractura interna y el resurgimiento de la cuestión palestina— constituye una victoria en el plano de la conciencia que permanecerá grabada durante largos años en la memoria colectiva del pueblo palestino[25].

Este aspecto debe ser acentuado para comprender el golpe bajo que Hamás ha acertado en la estrategia geopolítica israelí. En contraposición a la estrategia destinada a abortar la creación de un Estado palestino independiente, Hamás ha logrado reubicar al tema palestino en el foco de la

agenda internacional después de haber sido desplazado por la guerra de Ucrania. Ahora más que nunca la comunidad internacional comprende que el tema palestino requiere de una solución inmediata y no se puede permitir que Israel haga impunemente lo que le plazca en los territorios conquistados. De modo que, desde esta perspectiva, Hamás ha logrado un éxito que Abu Mazen no ha podido lograr en todos sus años de gobierno. Un viejo proverbio israelí advierte que "otro triunfo como este y estamos perdidos". Parafraseando este mismo proverbio en forma invertida, Hamás puede afirmar que "otra derrota como esta y ganamos la batalla". Tal vez haya en esto un atisbo de ironía: la gran potencia de Oriente Medio no ha logrado exterminar a una milicia indigente y tarde o temprano deberá retirarse de la Franja de Gaza con el rabo entre las piernas.

Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad de que en algún momento Hamás acepte desarmarse y sus líderes exiliarse, lo que podría ser interpretado por Netanyahu como el gran triunfo anhelado. No obstante, aunque un escenario de esa índole se lleve a cabo, ello no implicaría la derrota de Hamás, puesto que tal como ya hemos mencionado, el rechazo israelí a evaluar alguna alternativa política, como la impulsada por Egipto y Arabia Saudita de introducir fuerzas panárabes lideradas por Abu Mazen, ha creado un vacío gubernamental en el cual penetrará la única fuerza organizada disponible en Gaza, o sea, el mismo Hamás. El rechazo israelí a generar alguna alternativa a Hamás es lo mejor que puede sucederle a Hamás. Paradójicamente, quien bloquea el camino a Abu Mazen perpetúa el gobierno de Hamás. Como si esto fuera poco, la liberación de más de mil prisioneros palestinos, no solo activistas de Hamás, sino de todas las fracciones palestinas, ha posicionado al grupo terrorista como el gran liberador del pueblo palestino. Lo que Fatah no ha logrado en 50 años de ocupación lo ha logrado Hamás ya por segunda vez luego de que en el 2011 más de mil prisioneros palestinos fueran canjeados por el soldado Gilad Shalit. En los festejos celebrados en toda Cisjordania por la liberación de estos prisioneros se destacan las banderas de Hamás mientras la gente no deja de alabarlos. De modo que, nuevamente, se repite el modelo de acción tan propio de Israel, con el cual vuelve a actuar contra sus propios intereses,

reforzando la misma fuerza contra la cual está combatiendo.

EL PUEBLO AVESTRUZ

En una banqueta de mi habitación tengo acumulada una pila de periódicos esperando ser leídos en cuanto se presente una oportunidad. Buscando material para este libro, me topé con la edición del *Haaretz* del 27 de septiembre de 2023, fecha en la cual el calendario gregoriano conmemoró el sagrado Día del Perdón, Yom Kipur, el cual rememora también la triste guerra que estalló en Yom Kipur en 1973, cuando Egipto y Siria atacaron súbitamente a Israel.

Dado que se trataba del 50 aniversario de aquella guerra, *Haaretz* dedicó a este tema un lugar destacado en su portada, donde junto a una imagen de soldados atrincherándose, el titular de la nota advertía: "La próxima sorpresa está por ocurrir. ¿Está Israel preparado?". La nota alertaba de que, al igual que en 1973, tampoco hoy en día el país estaba preparado para un ataque sorpresa que acontecería tarde o temprano. Vuelvo a repetir el contenido y el contexto de esta nota periodística porque resulta inverosímil: dos semanas antes del feroz ataque sorpresivo de Hamás, el periódico *Haaretz*, advierte que a pesar del tiempo transcurrido desde 1973, Israel no ha aprendido la lección de aquel traumático evento, por lo cual algo similar podría volver a ocurrir. La alarma que resonaba desde las páginas del periódico pasó desapercibida por la cabeza de políticos y militares, razón por la cual el sábado 7 de octubre, a las 6:29 de la mañana, alarmas verdaderas nos despertaron a una realidad atroz que resuena en nuestras cabezas hasta el día de hoy. Ninguno de aquellos que debían prevenir ataques como los que acontecieron en 1973, tanto en el Gobierno como en el Ejército, tomaron en cuenta la advertencia de *Haaretz*, ya que es más fácil ignorar problemas que enfrentarlos. Vale recordar, para quienes lo hayan olvidado, que en los días que precedieron al ataque, mientras Hamás preparaba su embestida, el Gobierno israelí continuaba empecinado en impulsar una estrafalaria reforma judicial, abocada a disputas estériles y pueriles, absolutamente desconectado de los acontecimientos fronterizos. Esto evidencia una aguda incapacidad de

captar procesos que se gestan bajo sus propias narices. Este ejemplo condensa el drama del Estado de Israel: la incapacidad de distinguir entre lo crucial y lo trivial, lo fundamental y lo circunstancial, entre el problema crítico del país —la ocupación— y una maraña de disputas secundarias que preferimos reciclar antes que afrontar lo realmente urgente.

Esta ceguera, lejos de ser circunstancial, es el resultado inevitable de una política que ignora al pueblo palestino. El pueblo israelí sabe muy poco acerca de los palestinos. A sus ojos, los palestinos carecen de historia, de biografía, y tampoco poseen un relato personal digno de ser escuchado. Pocos son aquellos que siguen leyendo los relatos estremecedores de Gidon Levi o de Amira Hass en *Haaretz*. Su presencia aparece como fugaz y estereotipada, reducida a una imagen sin profundidad. En los canales de televisión, la ocupación no pasa de ser una escenografía de fondo, nunca un problema crucial. Al ignorarlos, o peor aún, al deshumanizarlos, no solo negamos sus legítimos derechos, sino que tampoco reconocemos sus angustias, a lo cual no debe asombrarnos que el Gobierno no haya previsto la posibilidad de que en algún momento aquella congoja acumulada pueda explotar. La historia ha demostrado que ignorar conflictos nacionales solo pospone lo inevitable: volver a enfrentarlos en condiciones cada vez más difíciles. Tras dos años de guerra, el grueso de la sociedad es incapaz de aprender aquello que la historia demuestra una y otra vez: que es imposible mantener a un pueblo sometido hasta la eternidad. Por lo cual, es incapaz de entender que indistintamente del resultado de la actual contienda, tarde o temprano el pueblo palestino volverá a rebelarse, hasta el fin de la ocupación.

A la par de esta incapacidad intrínseca de reflexionar y aprender de la historia, lo cual nos está costando caro, en el curso de este último año se han manifestado una serie de factores que, a pesar de no ser novedosos, no hemos sido conscientes de su gravedad. Al fundar el movimiento sionista, no hemos sido lo suficientemente precavidos como para comprender que todo nacionalismo contiene los gérmenes que, en situaciones propicias, contaminarán su existencia. Todo nacionalismo tiende a degenerar, en particular, cuando está basado en concepciones étnicas, carece de tradición democrática, sus bases humanistas están debilitadas y no ha desarrollado

mecanismos propios de equilibrio y contención. Somos testigos, perpetradores y víctimas de las fatales consecuencias de un nacionalismo virulento que hemos instaurado con nuestras propias manos y cuyos síntomas podíamos haber previsto tiempo atrás.

Sin embargo, hemos preferido negarlo, así como también en estos días negamos las barbaridades que cometemos con nuestras propias manos. Una intrincada simbiosis se ha consolidado entre un Gobierno que no quiere informar y un pueblo que no quiere saber. El pueblo avestruz continúa con sus rutinas sin mirar a su alrededor, negando, contra toda evidencia, que marchamos por mal camino. Los bares repletos reflejan tal vez un estado de pura inconsciencia, o tal vez un mecanismo de evasión o de compensación por toda la miseria acumulada. A pesar de saber que estamos embarcados en un Titanic que avanza inexorable hacia su naufragio, cada cual, sumido en la estúpida confianza del "todo poderoso" (llámeselo como plazca), piensa que la parca no tocará su puerta, mientras que tantas madres viven atormentadas sin saber ya qué hacer para proteger a sus hijos y, como en la escalofriante novela de David Grossman, huyen de sus casas para evitar la posibilidad de que un oficial de mirada fúnebre, golpee la puerta para anunciar la caída de su hijo. El israelí no comprende que así no se puede vivir, que esto no es vida. Aunque si lo comprendiera, inmerso en una sumisión gregaria, no sabría qué hacer para cambiar de rumbo.

Este aspecto de la realidad israelí es todavía más complejo de lo que parece, dado que para saber qué está pasando es necesario recibir información verosímil e Israel está reñida con la verdad. Una cultura de ocultación y de calumnia se ha propagado por todos los ámbitos e introducido por todas las rendijas. A medida que se van abriendo archivos históricos, encontramos documentos que evidencian que a lo largo de todas las operaciones militares, oficiales han ocultado información a la cúpula política, así como también entre ellos mismos. Ariel Sharon, siendo general o siendo ministro, se ha destacado en el arte de mentir a sus superiores. Es comprensible que en época de guerra el Gobierno no puede informar de todo lo que se cocina en los foros operativos. Pero esto va más allá de lo normal durante el fragor de la batalla. Fui testigo de una situación insólita en la que

el comandante encargado de la administracion civil de Cisjordania mandó a un oficial vestido de civil a las oficinas de una de las agencias encargada de recolectar información para las Naciones Unidas-OCHA a recoger información de lo que sucedía en Cisjordania, porque sabía que los oficiales del ejército en el terreno ocultaban información. Este fenómeno está relacionado con el cambio generacional entre generales laicos y liberales de la vieja estirpe y los nuevos oficiales religiosos que los círculos derechistas han infiltrado en el ejército. Si esta incomunicación ya ha penetrado las filas del ejército, podemos suponer lo distorsionada que está la información que llega a los círculos civiles. De modo que aunque el israelí quisiera saber qué sucede, difícilmente podría tener acceso a información verídica.

Esta obsesión por "no saber", reforzada por reflejos intrínsecos de sumisión voluntaria, se expande por todos los ámbitos de la sociedad. Lo más sorprendente es que la academia, donde supuestamente se educa hacia una visión crítica de la vida, no está exenta de esa falta. La cultura de la negación estructural ha ocupado también sus aulas evitando toda polémica sobre la guerra bajo el pretexto de "no introducir política en la universidad". En realidad, lo que hay detrás de esta actitud pasiva es el hecho de que el ejército está íntimamente apegado a la academia a través de programas a los que envía a las mentes más brillantes a cursar estudios científicos sofisticados para luego enrolarlos en las unidades más tecnológicas y más secretas del ejército. Los beneficios económicos que estos estudiantes-soldados reportan a la academia son inmensos y nadie en la universidad quiere arriesgarlos. Por ello, un grupo de académicos pacifistas agrupados en el marco de una nueva iniciativa denominada Academy for equality publicó un documento titulado "El semestre que no fue", cuya traducción plasmo a continuación:

> "El semestre que no fue" ha sido el semestre durante el cual la academia israelí no dirigió su mirada hacia Gaza. El semestre en que, en los departamentos de estudios de Oriente Medio, no investigamos cómo llegó Gaza al 7 de octubre, y en las clases de Filosofía y Ciencias Políticas no nos preguntamos cómo llamar a lo que allí sucede. En los cursos de Medicina no hablamos sobre la influencia de la nutrición en el cuerpo humano, no indagamos quién es la persona merecedora de alimento y quién es la persona que lo arrebata de las manos del hambriento. En las clases de Historia de este

> semestre no trazamos la línea que une nuestras memorias de hambre con los gritos de hambre de *ellos*. En las facultades de Arquitectura no nos detuvimos a examinar la esencia del vínculo entre la destrucción de viviendas y el asesinato de sus residentes, y en los programas de desarrollo internacional no investigamos cómo es posible que existan organizaciones de ayuda que disparan a quienes buscan auxilio. En las clases de Derecho del semestre que no fue, no abordamos la justicia. En los cursos de Literatura aún no nos detuvimos a captar el lenguaje del clamor de la gente de Gaza hacia nosotros ni llegamos a preguntar cómo sonaría.

Esta incapacidad de captar la magnitud de los hechos, debo admitir, no me ha sido ajena. Yo mismo he pasado momentos en los cuales negué la gravedad de los acontecimientos que transcurrían bajo mis narices. Cuando tomé conciencia, durante este año, de la cantidad de militares de orientación derechista-religiosa que ocupan los altos mandos del Ejército, me di cuenta de que a pesar de haber sabido que estos círculos están abocados sistemáticamente a copar la cúpula militar, nunca antes había comprendido la dimensión de este fenómeno. Por cierto, en épocas de relativa tranquilidad nadie se pregunta quién comanda las tropas, pero en época de guerra saltan a la vista los nombres y los perfiles de los comandantes, y de pronto reconocemos que aquellos que conducen las tropas pertenecen a los círculos extremistas que tienen interés en prolongarla, convirtiéndonos a todos nosotros en artífices de su agenda política derechista. Lo militar y lo mesiánico se han entrelazado, marchan tomados de la mano, al son de algún cántico mesiánico. Sin percatarnos, esta gente ha conformado una red de oficiales que no solo se apoyan mutuamente, sino que se ayudan a ocultar las barbaridades que cometen *in situ*. Se trata de oficiales que en esta guerra no tienen inconveniente en cumplir órdenes gubernamentales, dado que el Gobierno está copado por políticos con su mismo perfil, pero todos sabemos que están supeditados a mandamientos de rabinos extremistas que, en última instancia, son aquellos que rigen el destino de este país. Los nombres de estos altos oficiales están dispersos a lo largo de mis libros, pero basta nombrar al recientemente ascendido a jefe de los servicios de inteligencia David Zini, quien afirmó que el destino de Israel es luchar hasta la eternidad; el general Barak Hiram, quien ordenó hacer explotar la Universidad de Gaza

sin autorización de sus superiores; el general Yehuda Vach, quien luego de cerciorarse de que su camarada no había sido amonestado, se tomó el permiso de hacer lo mismo con uno de los pocos hospitales de Gaza que todavía funcionaban; el general Abraham Baluth, quien en represalia a un atentado terrorista ordeno extirpar 3.000 olivos de la aldea Almuraier; al brigadier Ofer Vinter, quien antes de entrar en combate imparte una "orden del día" en la que incita a sus soldados a combatir contra aquellos que blasfeman, difaman y reniegan del nombre de dios, agregando: "Dios, Señor de Israel, haz que nuestro camino sea exitoso, ya que estamos a punto de luchar por tu Pueblo, Israel, contra un enemigo que difama tu nombre", y así sucesivamente. Yo mismo reconozco que a pesar de tener información al respecto, e incluso referirme a ello en mi libro anterior, ese espíritu de negación que menciono en este apartado me atrapó también a mí y no me permitió tomar conciencia de la gravedad de esta situación.

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

> "Presa de una rabia ciega, derriba todo cuanto le obstruye el camino, como si después de ella no debiera haber ni porvenir ni paz para los hombres".
> SIGMUND FREUD, "Nuestra actitud hacia la muerte", *Obras completas*, tomo 14

Al mismo tiempo que se da la hamastización que ha impregnado a la sociedad israelí, otro de los fenómenos más significativos de este último año ha sido el abandono deliberado de las reglas que rigen el mundo civilizado. En otras palabras, Israel ha decidido salir del orden de la civilización para entrar de lleno en el marco de la impunidad. Esta afirmación inquietante puede parecer extrema, pero resulta difícil negarla a la luz de la sistemática violación de las normas básicas de conducta humana, el desprecio por las reglas elementales del derecho internacional y la arrogancia con la que rechaza toda crítica de la comunidad internacional. Todo ello evidencia que Israel ya no se comporta como miembro de la comunidad de naciones civilizadas, situándose en el plano de lo que Aimé Césaire denomina las "políticas de descivilización"[26]. De más está decir que un país que bombardea indiscriminadamente a

población civil destruye deliberadamente edificios, hospitales, escuelas e infraestructura básica, desplaza a comunidades enteras dejándolas a la intemperie, utiliza el hambre como arma de guerra, impide la entrada de ayuda médica, agua potable y asistencia humanitaria no puede ni debe ser considerado parte de la civilización.

LA RUPTURA DEL PACTO CIVILIZATORIO

La noción de civilización no remite únicamente al desarrollo tecnológico, al bagaje de conocimientos o al grado de sofisticación institucional que alcanza una sociedad. En su sentido más profundo, ser parte de la civilización implica acoplarse a un conjunto de normas compartidas que regulan la conducta de los seres humanos, incluso —y sobre todo— en tiempos de crisis. Es lo que podríamos llamar el pacto civilizatorio: un acuerdo tácito y frágil, basado en valores mínimos pero esenciales como el respeto por la vida humana, la protección de civiles en contextos bélicos, la distinción entre objetivos militares y urbanos, la asistencia a poblaciones vulnerables y la rendición de cuentas frente a crímenes contra la humanidad, todos ellos pautas de conducta elementales que en la tabla de los Diez Mandamientos que Moisés recibió de Dios y otorgó al pueblo judío fueron sintetizados en dos palabras: ¡No matarás! Este pacto, articulado históricamente en tratados internacionales como los convenios de Ginebra, la Carta de las Naciones Unidas y en el corpus normativo del derecho internacional humanitario, es la base misma del orden internacional contemporáneo, la infraestructura ética y jurídica sin la cual el sistema global caería en la anarquía. Dentro de cada una de las naciones que conforman el pacto civilizatorio se han prescrito elevadas normas morales a las cuales deben ajustarse si pretenden participar de la comunidad cultural. Tales preceptos plantean cumplidas exigencias, una amplia autolimitación y una acentuada renuncia a la satisfacción de sus instintos. Este pacto civilizatorio considera ilícito servirse de la fuerza para afrontar conflictos con los vecinos, pero si no hay otra alternativa, también en la guerra rigen normas de conducta civilizada, entre ellas, el respeto a la población no beligerante, mujeres, niños, médicos, heridos, corresponsales,

prisioneros y demás. El mundo civilizado reconoce en estas normas el fundamento de la convivencia. En contraste con todos ellos, Israel se comporta como si estuviera exento de respetar las reglas básicas de la civilización, como si haber sido la máxima víctima de la era moderna la habilitara automáticamente a ser victimario.

Volvamos a repetirlo: lo que distingue a un Estado civilizado en época de guerra es su capacidad de contener la violencia dentro de los límites de la ley internacional. Cuando un Estado se comporta como si no existieran reglas, se ubica deliberadamente fuera de ese marco compartido. En otras palabras, renuncia, de hecho, a formar parte del mundo civilizado. Avrum Burg escribe sin dudar que "Israel 2025 no es democrático, no es liberal, no es secular, no es racional, no busca la paz y ya no es parte del mundo occidental"[27]. No se trata de una metáfora hiperbólica, sino de una constatación cada vez más difícil de rebatir. Israel ha dejado de ser parte integral de la comunidad internacional, y esto lo evidencia no solo el hecho de que transgreda normas humanitarias básicas cotidianamente, sino que, a la par de aquellas violaciones, Israel ha adoptado una actitud de desprecio hacia el sistema internacional y sus mecanismos de regulación, exhibiendo con altanería su desvinculación progresiva de los marcos normativos que rigen el orden global. Los ejemplos abundan: la decisión tomada en octubre de 2024 de declarar al secretario general de la ONU, António Guterres, *persona non grata* e impedir su visita a la Franja de Gaza; el desprecio por las resoluciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad; la negativa a cooperar con misiones de investigación de las Naciones Unidas; los ataques verbales contra organismos como la Corte Penal Internacional, la Corte Internacional de Justicia o el Consejo de Derechos Humanos, a los que se acusa de parcialidad o antisemitismo cuando osan cuestionar las políticas israelíes; la negativa a permitir la visita de la Cruz Roja a prisioneros en cárceles israelíes, etc.

Esta violación sistemática de la ley internacional no es novedosa. Ya en 1948, en el curso de la guerra de Independencia, Israel conquistó tierras destinadas a ser parte del Estado palestino que debía surgir paralelamente a Israel, y a pesar de múltiples protestas por parte de las Naciones Unidas, esas

tierras fueron anexadas *de facto* y *de iure*. Lo mismo sucedió en 1967 con la anexión de Jerusalén Oriental y su proclamación de "capital indivisible del Estado de Israel" y con la confiscación de tierras palestinas y la construcción de asentamientos en Cisjordania, que se han intensificado en nuestros días aprovechando que la atención pública está centrada en Gaza. Cabe recordar que, en 2004, la Corte Internacional de Justicia dictaminó que la construcción del muro de separación en territorio palestino contradecía el derecho internacional. En aquella histórica opinión consultiva, el tribunal instó a Israel a desmantelar el muro, indemnizar a las víctimas y respetar la línea de 1967 como base del estatus territorial. Israel, con el apoyo tácito de Estados Unidos, simplemente ignoró el fallo. El muro sigue en pie, más hermético que nunca, fraguando un régimen de anexión *de facto* y socavando el principio mismo de legalidad internacional.

Desde siempre, Israel ha mantenido una relación ambivalente con la legalidad internacional: por un lado, pretende ser reconocido como un Estado democrático, plenamente insertado en el concierto de las naciones; por otro, ha incumplido reiteradamente resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, ha emprendido políticas de ocupación contrarias al derecho internacional y ha ejercido una violencia sistemática que ha sido condenada por múltiples organismos multilaterales. Pero aquel atropello que en el pasado se intentaba disimular, justificar o maquillar mediante retórica jurídica, en el presente ya no se oculta ni se encubre. Hoy Israel parece no tener reparos en declarar su indiferencia —cuando no su abierta hostilidad— hacia el sistema normativo que sostiene la arquitectura del derecho internacional.

VIOLACIONES SISTEMÁTICAS AL DERECHO INTERNACIONAL

El desprecio a la ley internacional no afecta únicamente a las víctimas directas de las acciones israelíes; erosiona también el tejido normativo que protege a todas las sociedades. Gaza constituye el epicentro de una gran eclosión, escribe Alonso Zarza, un conflicto que se ha convertido en un catalizador de las tensiones que "zarandean el planeta"[28]. Un país que no

acepta límites, que no reconoce autoridad alguna más allá de sí mismo, no está simplemente incumpliendo normas: está erosionando la idea misma de civilización. Al considerarse autorizada a actuar al margen de toda regulación, Israel mina los cimientos del orden internacional y abre la puerta a otros países que podrían invocar su ejemplo para justificar sus propias violencias.

Entonces, ¿dónde ubicar a Israel si ya no pertenece al orden civilizatorio? Si existe un rasgo que distingue de forma nítida a un Estado civilizado de aquel que ha quedado fuera del pacto civilizatorio, ese rasgo es el principio de impunidad. La impunidad es la línea divisoria entre civilización y barbarie. La impunidad es la afirmación descarada de que quien detenta la fuerza lo puede todo y no le debe explicaciones a nadie. Cuando un Estado comete crímenes documentados y no solo no los investiga, sino que los niega, los justifica o incluso los celebra, ha cruzado el umbral que separa a una nación civilizada de un país criminal. Impunidad es, por definición, incompatible con el proyecto civilizatorio. Desde el 7 de octubre, la impunidad en Israel se ha convertido en un fenómeno estructural, y la barbarie, su rasgo fundamental.

En realidad, Israel se siente muy cómoda fuera del marco de la civilización. Mientras pueda competir en la Euroliga de baloncesto o participar en el Festival de Eurovisión, mientras el israelí pueda veranear en toda playa europea que le plazca, lo mismo le da estar dentro o fuera del marco de la civilización. Esta postura tiene incluso antiguas raíces bíblicas y puede interpretarse como la cristalización contemporánea de la expresión bíblica "עם לבדד ישכון", que afirma que Israel está destinado a ser un pueblo incomprendido y aislado (Números 23:9). Dicha frase, que, a lo largo de los siglos, ha sido interpretada como una declaración de excepcionalismo judío, ha sido manipulada y traducida políticamente como un axioma que justifica actuar sin rendir cuentas. La doctrina del autoaislamiento orgulloso, fomentada por los círculos religiosos derechistas, autoriza toda transgresión, transformándose en una coartada para la impunidad.

18 DE MARZO. LA GUERRA HA REINICIADO

Sin tomar en cuenta los cálculos egocentristas de Netanyahu no podremos comprender los motivos por los cuales el 18 de marzo, después de dos meses de tregua, Israel retomó los bombardeos dejando estelas de muerte, dolor y desesperación. Este ataque ha sido inesperado: el mismo periódico *Haaretz* en su edición matinal siguió informando sobre el curso de las negociaciones por la prolongación del alto el fuego en El Cairo, sin siquiera imaginar que para cuando el periódico llegase a manos de sus lectores, aquella noticia ya habría dejado de ser relevante.

El reinicio de los bombardeos nos dejó perplejos. Una vez más la guerra nos ha despistado, y lo único que sabemos con seguridad es que aquel día murieron 400 gazatíes y que la vida de los 30 israelíes secuestrados, hacinados en los túneles de Hamás, corre más peligro que nunca. Dos o tres motivos que se entrecruzaron explican el reinicio de los bombardeos. En primer lugar, sondeos llevados a cabo aquellos días indicaban que Netanyahu había perdido popularidad y que no tenía ninguna garantía de ser reelegido en las próximas elecciones. Ante dicho riesgo, Netanyahu necesitaba renovar los ataques a fin de frenar la avalancha, devolver el electorado que se desplazó hacia el partido ultraderechista de Ben Gvir y mejorar su posición en las encuestas. Esta estrategia, basada en fomentar acciones bélicas cada vez que los sondeos dan malos resultados, es harto conocida y la derecha suele utilizarla en vísperas de elecciones con suma eficacia.

Segundo, días después de reiniciados los bombardeos, la Knesset debía aprobar el presupuesto nacional de 2025, acto que de no salir adelante implicaría la caída automática del Gobierno. Dado que los partidos ortodoxos habían anunciado su voto en contra, en represalia al incumplimiento de la promesa explícita de promulgar la ley que los exime del servicio militar, Netanyahu necesitaba más que nunca el respaldo de Ben Gvir, quien condicionó su reincorporación al Gobierno al reinicio de la guerra. En definitiva, tenemos dos fuertes motivos que explican la razón por la cual era imprescindible reanudar los bombardeos y ambos, en esencia, están relacionados con la supervivencia de Netanyahu y su coalición.

Este es también el contexto de la destitución del jefe de los servicios de seguridad (Shabak) Ronen Bar, con quien Netanyahu estaba en conflicto abierto por no dejar de cuestionar la versión oficial que acusaba al ejército por el fiasco del 7 de octubre. Esta destitución, le aconsejaron sus asesores, le devolverá popularidad entre el electorado derechista. De modo que, cuando la popularidad de Netanyahu disminuye, tenemos buenos motivos para presumir que de un momento a otro nos organizará una nueva guerra como cortina de humo para mejorar su imagen y recuperar popularidad.

Sin embargo, uno de los aspectos más vergonzosos que se evidencian tras el reinicio de la guerra es la naturalidad con la que la sociedad israelí acepta los argumentos oficiales que justificaron la reanudación de los bombardeos, sin mostrar la menor comprensión de sus antecedentes ni el más mínimo espíritu crítico. Israel sostuvo descaradamente que Hamás había violado las disposiciones del acuerdo firmado en el mes de enero, cuando en realidad Hamás había cumplido con su parte del acuerdo, tal vez en forma grotesca, como lo ha sido toda aquella ceremonia indignante de liberación de rehenes, pero sin duda cumplió con su parte, mientras que Israel, que debía retroceder del corredor Filadelfia y permitir el ingreso de ayuda humanitaria, se negó a cumplir su parte del acuerdo y obstruyó la entrada de camiones con dicha ayuda. Pocos en Israel captaron que quien no había cumplido con su parte del acuerdo fue Israel y no precisamente Hamás. Más aún, de acuerdo con el armisticio establecido en enero, una vez completada la primera fase de canje de rehenes, ambas partes deberían iniciar la programación de la segunda fase del acuerdo que incluiría la liberación de todos los secuestrados a cambio de la retirada israelí de toda la Franja de Gaza y la finalización total de la guerra. Israel rehusó iniciar esta fase, y no en vano ya que su intención era proseguir los combates "hasta la victoria total". De modo que, en lugar de iniciar la segunda fase de las negociaciones, Israel propone prolongar la fase primera del acuerdo, o sea, continuar el canje de prisioneros, sin entrar en las conversaciones que deberían llevar a la finalización total de la guerra. Obviamente, Hamás se negó a aceptar una propuesta de este tipo, que la dejaría sin cartas para presionar la retirada israelí. De modo que, a pesar de que Israel había violado los acuerdos, no ha tenido ningún reparo en acusar

descaradamente a Hamás, mientras el grueso de la sociedad israelí aprueba automáticamente todo lo que el Gobierno manifiesta.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA CON IRÁN

Junio nos ha deparado una nueva guerra. ¡Aleluya! Esta vez, una guerra como Dios manda: entre dos Estados, no entre un país superarmado y un puñado de milicias extenuadas: Hamás en Gaza, Hezbolá en el Líbano y los hutíes en Yemen. A lo cual, este nuevo suceso requiere ser evaluado de manera distinta, usando parámetros diferentes a los utilizados hasta ahora.

Tal como era previsible, la mayoría absoluta en Israel apoyó y justificó el ataque. Para el israelí de la calle, la sola idea de un Irán pertrechado con armas nucleares es una pesadilla. Después de más de 30 años sembrando pánico respecto al peligro que representa una bomba atómica en manos de los ayatolás, no debe sorprendernos que el ataque haya gozado de un amplio consenso a lo largo y ancho del país, y que fuera considerado un acto legítimo de defensa. Lo que sí me sorprendió fue constatar que incluso sectores del llamado movimiento pacifista se sumaron a la lista de quienes avalaron este ataque[29].

Irán representa para Israel, sin duda, una amenaza estratégica. Negarlo sería una irresponsabilidad. En los últimos años, el régimen iraní ha adoptado una retórica hostil hacia Israel y ha respaldado a milicias armadas antisraelíes en el Líbano, Siria y Gaza. El suministro de armamento a Hezbolá, el apoyo al régimen hostil de el-Assad en Siria y la presencia militar iraní en el sur de Siria —al borde de la frontera israelí— han generado una atmósfera de amenaza permanente.

Pero que una amenaza exista no implica que todas las respuestas sean válidas. Justamente ahí radica la diferencia entre un estadista con visión de futuro y un político incapaz de comprender que no toda guerra neutraliza la amenaza, sino, al contrario, la exacerba. Si el estadista es preferible al político es porque su principal interés no es conservar el poder, escribe Shlomo Ben Ami y agrega: “Si Netanyahu fuera un estadista, hace mucho tiempo que habría declarado la victoria y habría tratado de alcanzar un

acuerdo político"[30]. La historia está llena de ejemplos que evidencian que las guerras preventivas terminan generando consecuencias más graves que los peligros que pretendían evitar.

Y he aquí el quid de la tragedia israelí. Si bien, tal como hemos mencionado, la guerra con Irán difiere de las contiendas con Hamás o Hezbolá, a pesar de las diferencias entre los diversos escenarios bélicos, podemos distinguir un claro denominador común que atraviesa todos los conflictos en los que Israel está involucrado: la convicción de que los problemas solo se resuelven por la fuerza. En otras palabras, una incapacidad estructural para concebir soluciones que no pasen por la violencia. Este es el hilo conductor que atraviesa la historia del país y constituye su verdadera patología. Israel descarta soluciones diplomáticas, porque estas, por definición, implican compromiso, concesión, reconocimiento de la alteridad. Pero la mirada militarista predominante no tolera compromisos ni acepta el principio de reciprocidad: se vive en una guerra perpetua contra enemigos eternos y toda tregua es provisional. Así, la normalización de la violencia —y de la muerte— no es una deformación, sino un componente estructural de esta cosmovisión.

Israel sostiene que en Irán no hay interlocutores válidos, y la prueba está en que las negociaciones emprendidas por Europa destinadas a limitar el enriquecimiento de uranio no han dado sus frutos. Este argumento tiene algo de cierto, aunque podamos contemplar que mientras Irán se sienta amenazado por Israel, no tendrá incentivos para renunciar a su plan atómico. Pero debemos comprender que la guerra no ha sido un designio de Dios, sino el resultado de decisiones políticas, bloqueos ideológicos y oportunidades diplomáticas desperdiciadas. Presentar la guerra como una fatalidad es una forma cómoda de borrar la cadena de decisiones que la hicieron posible. La política americana de la "máxima presión" (Trump) demostró ser contraproducente. Tanto Israel como Estados Unidos sacrificaron la diplomacia por cálculos domésticos mezquinos. Es probable que las negociaciones no hubieran satisfecho plenamente a Israel, pero Israel desconoce la lógica que sostiene que la diplomacia, aunque imperfecta, es preferible a la guerra. La diplomacia siempre resulta menos costosa que la

ilusión de resolver amenazas reales a golpe de fuego.

Israel ha optado por el camino que mejor maneja: atacar y derramar sangre. Este resulta más accesible, más inmediato y perfectamente al alcance de las capacidades militares de Israel. Bombardear es más fácil que negociar. Pero lo que Israel no parece comprender es que la derrota de Irán será solo el preludio de una futura guerra peor que la actual. Rencor y humillación son el combustible para la venganza, y esa venganza acelerará la carrera armamentista que, tarde o temprano, nos arrastrará a todos a la perdición. Este fenómeno lo estamos viendo en estos días en los que analistas debaten entre ellos en qué medida los bombardeos han destrozado la capacidad atómica de Irán y cuánto tiempo pasará hasta que Irán vuelva a la carrera atómica. Es decir, que incluso el mayor ataque aéreo llevado a cabo contra el reactor atómico iraní no ha logrado desterrar la amenaza iraní. Entonces, cabe preguntarse el porqué de todo este despliegue bélico. Sin una solución pacífica al conflicto palestino no habrá distensión posible. Pero esta opción no figura en el repertorio israelí y solo podría abrirse paso si la comunidad internacional impusiera sanciones significativas.

La única forma de desactivar el conflicto de fondo es transformar las condiciones que lo alimentan. Y eso requiere por parte de Israel modificar su postura frente a los palestinos. La ocupación perpetua de Cisjordania y el asedio de Gaza refuerzan el discurso iraní. Si se quiere neutralizar el eje Teherán-Hezbolá-Hamás, no basta con bombardear instalaciones: hay que desactivar políticamente su causa de legitimación.

Una guerra de esta magnitud que no concluya con algún tipo de acuerdo será, en el mejor de los casos, un triunfo a corto plazo y un fracaso colosal a mediano y largo plazo. “Pan para hoy y hambre para mañana”, reza una voz popular. La extrema derecha israelí lo sabe, y es por ello que no se contenta con los resultados, sino que exige continuar bombardeando hasta derrocar el régimen de los ayatolás e implantar un nuevo Gobierno de orientación occidental. Pero Israel, atrapado en su lógica militarista, es incapaz de pensar más allá del impacto inmediato y no mide el daño que está autoinfligiéndose.

BAJAS CIVILES

A medida que pasan los días y los medios revelan nuevos detalles sobre las deliberaciones previas al ataque a Irán, emergen aspectos que dejan en evidencia cuán bajo ha caído el precio de la vida humana en Israel. El dato más impactante de todo lo que se ha filtrado es que, durante la planificación del ataque, las fuerzas armadas advirtieron —basándose en la capacidad de misiles balísticos a disposición de Irán— que, en una eventual represalia iraní, el número de bajas civiles podría superar las 800 personas[31]. En la práctica, aquella estimación resultó totalmente errónea y el saldo mortal se limitó a 30 bajas. Sin embargo, lo que me deja atónito es la disposición a sacrificar una cantidad impresionante de vidas civiles para impedir que Irán obtuviera la bomba atómica. Por cierto, sabíamos que dentro del abanico de opciones israelí la vía diplomática estaba prácticamente descartada, pero aun así suponíamos que todavía existían líneas rojas que no se cruzarían: que el Gobierno jamás emprendería una operación que expusiera a tantos ciudadanos a una muerte segura.

No puedo dejar de preguntarme cuán bajo ha caído el valor de la vida, si el mismo Gobierno que debería velar por la seguridad de sus ciudadanos emprende sin titubeos una aventura que provocará la muerte de cientos, o incluso miles, de personas sin explorar seriamente una alternativa no militar.

Este proceso refuerza la tesis previamente acordada respecto a la hamastización de Israel: al igual que Hamás emprendió su embestida sabiendo que la población civil pagaría un alto precio, el Gobierno israelí bombardea Irán a sabiendas de que su propia población pagará también un precio altísimo. A ambos Gobiernos —el de Hamás y el israelí— poco o nada les importa la suerte de sus habitantes. Sabemos que, antes de lanzar el ataque, la dirigencia de Hamás era consciente de que la represalia israelí sería potente, pero sostenía que después de tanto sufrimiento daba igual una dosis adicional de dolor. No me sorprendería que un razonamiento similar haya pasado por el inconsciente de los ministros que tomaron la decisión de atacar a Irán, quienes pensaron que, si desde el 7 de octubre murieron aproximadamente 2.000 israelíes, civiles y soldados, ¿qué más daría otros

cientos muertos en un ataque a Irán?

Esta disposición a asumir tantas muertes civiles revela algo aún más perturbador: la erosión moral de una sociedad que, poco a poco, acepta decisiones políticas que hasta hace poco habrían sido intolerables. Lo que en otro tiempo hubiera encendido alarmas éticas y provocado protestas masivas, hoy se acepta casi con resignación. La vida humana, que en el judaísmo es considerada valor supremo, ha sido degradada y desplazada por un delirio combinado de militarismo, nacionalismo y mesianismo. Esta es la lógica mesiánica que se ha instalado en el Gobierno, una lógica que sostiene que, en aras de un objetivo sagrado, está permitido inmolar vidas humanas cuyo sacrificio no solo es necesario, sino que también acerca a la redención. Así, se va instalando un peligroso sentido común por el cual ciertas pérdidas humanas son inevitables, incluso deseables, si aseguran triunfos heroicos. Bajo este relato, la muerte deja de ser una tragedia colectiva para convertirse en un daño colateral administrable. "Cuando talas un árbol", dice un proverbio popular, "vuelan astillas". Nosotros en este caso no valemos mucho más que astillas. Vuelvo a repetir, dado que este aspecto es crucial para entender la deriva nacional, que la erosión moral y la normalización de la muerte no surge de un vacío: se alimenta de la impronta mesiánica derechista que hoy marca la agenda política de Israel. En este marco ideológico, la vida humana concreta se vuelve secundaria frente a la promesa de una redención nacional y la realización de un destino histórico que se percibe como sagrado e innegociable.

DEFORMACIÓN LINGÜÍSTICA

Muchos conceptos han cambiado de sentido a lo largo de esta guerra. Palabras o expresiones que hasta el 7 de octubre tenían cierto significado actualmente ya tienen otro. El significado se desprendió del significante. Este desplazamiento lingüístico ha suscitado la iniciativa de dos jóvenes eruditos, Adam Raz y Asaf Bondi, a publicar un libro esclarecedor: *Léxico de la brutalidad*, en el que evidencian cómo la guerra ha deformado incluso la lengua hebrea. Palabras de uso cotidiano no solo han cambiado de

significado, sino que han logrado distorsionar la experiencia diaria. La lengua se ha convertido en víctima de una manipulación colosal: algunas palabras se han vaciado de contenido, otras han perdido su valor moral y muchas han sido arrastradas al universo del Holocausto, generando un discurso cargado de violencia que a veces lanza sus flechazos contra palestinos y otras veces contra israelíes disidentes.

Por ejemplo, la expresión "nunca más", que para el pueblo judío desde el final de la Segunda Guerra Mundial contenía una promesa implícita de que crímenes como el Holocausto no volverían a repetirse, ha perdido ese sentido. Para muchos, el ataque del 7 de octubre se vivió como una suerte de mini-Holocausto: una irrupción de odio genocida en el corazón de la vida israelí. Hoy esta expresión suena menos como una promesa y más como una amarga constatación de que todo es posible, todo es frágil, todo puede desmoronarse en cualquier momento. Más grave aún, hubo un tiempo en que "nunca más" sonaba como un compromiso solemne con toda la humanidad: jamás permitir que se repitieran horrores como el Holocausto, en ningún lugar y contra nadie. Hoy somos nosotros los transgresores.

Lo mismo ocurre con la palabra "solidaridad". Antes del 7 de octubre, en Israel, esta palabra había alcanzado el rango de imperativo casi religioso: una obligación moral inquebrantable, siempre asociada a la hermandad, a la responsabilidad colectiva, a un rasgo distintivo de la identidad nacional. Sin embargo, hoy el Gobierno es capaz de dejar morir y sufrir a los secuestrados sin mostrar la menor misericordia, todo en nombre de fantasías militares. Y aun si aceptáramos la lógica oficial —es decir, que los objetivos bélicos son críticos y urgentes—, no hay razón válida para no postergarlos hasta garantizar la liberación de todos los rehenes. De hecho, sabemos que, aunque Israel se comprometa a finalizar la contienda a cambio de la liberación de los rehenes, una vez completado el trueque, no faltará algún pretexto para reanudarla. Mientras tanto, la palabra solidaridad ha dejado de significar lo que solía nombrar.

Asimismo, tomemos, por ejemplo, lo acontecido a la palabra "humanitario". Israel exige a la población de Gaza trasladarse a cierta "zona humanitaria", que no es más que una franja cercada de la que no podrá salir

salvo abandonando Gaza, en la que estarán hacinados en carpas con mínimas infraestructuras de agua, alimentación y sanidad, o, en otras palabras, en una cárcel a cielo abierto. ¿Qué tiene esto de humanitario? Si nos acogemos al *Diccionario de la lengua española* de la RAE, constataremos que este concepto está relacionado con una acción que tiene como finalidad "aliviar los efectos causados por la guerra u otras calamidades en las personas que las padecen". En otras palabras, para que una acción sea calificada de humanitaria, debe haber una buena intención, un propósito caritativo. Nada de ello se encuentra por detrás de la "ciudad humanitaria" que Israel intenta impulsar, sino todo lo contrario. ¡Qué triste ver que la palabra "humanitario" y el humanitarismo entero han sufrido tal degradación!

También la palabra "héroe" ha sufrido una devaluación desconcertante. Desde pequeño me enseñaron que héroe era todo aquel que cometía un acto de heroísmo, sacrificando su vida por la patria o por alguna causa digna. Hoy día, todo soldado que muere, aunque no haya hecho nada altruista, por el solo hecho de estar uniformado, será calificado automáticamente de héroe. Estamos colmados de héroes que no han hecho nada para justificar tal distinción, pero esta nueva etiqueta es parte de una técnica cínica destinada a incrementar la motivación de los jóvenes, al mismo tiempo que atenuar el dolor de las familias.

Un término profundamente trastocado es la palabra "terrorista". Tradicionalmente, el terrorista era quien atentaba deliberadamente contra civiles y personas no involucradas en enfrentamientos bélicos. Sin embargo, desde el 7 de octubre, mujeres, ancianos y niños son igualmente etiquetados de terroristas. Médicos, periodistas, enfermeros han sido ascendidos de golpe al rango de "terroristas" o, si son menores de edad, a la categoría de "futuros terroristas". Para el Gobierno israelí, en Gaza ya no hay inocentes: incluso los niños son calificados de potenciales terroristas, lo que justifica matarlos antes de que tengan oportunidad de concretar su designio. La palabra terrorista, entonces, ha mutado en algo completamente nuevo, que amplía peligrosamente el alcance de lo eliminable.

Otro concepto que ha sufrido una metamorfosis tan radical que hoy apenas lo reconozco es el de "valores". En su acepción tradicional, la expresión "es

una persona con valores" aludía a alguien guiado por principios éticos y morales. Encontrarse con alguien así —íntegro, compasivo, respetuoso— era todo un honor en tiempos en que dichos valores escasean. Sin embargo, en el discurso público israelí actual, esta frase responde a una lógica muy distinta. Hoy, quien suele ser señalado como "persona con valores" es, por lo general, una figura religiosa nacionalista, a menudo un colono asentado en territorio palestino, y cuantos más palestinos haya contribuido a expulsar de su tierra, mayor será su reputación de persona "con valores". Bajo esta lógica perversa, también entran oficiales del ejército que, no por coincidencia, residen en asentamientos ilegales en Cisjordania y utilizan sus armas y su rango para propulsar la agenda de su propio grupo de pertenencia: el nacionalismo religioso. Así, la noción misma de valores ha sido secuestrada. Aquello que solía significar integridad moral, respeto por la dignidad humana y búsqueda de justicia, ha sido desplazado por un ideal tribal, autorreferencial, basado en la fidelidad al grupo y en la disposición a ejercer violencia en su nombre. Paradójicamente, personas con valores pasaron a ser todos aquellos que contradicen la ética universal.

Otro concepto que ha cambiado es aquel relacionado con la palabra "juntos" o su acepción paralela "unidos". Desde el inicio de la guerra, el lema "Juntos venceremos" se transformó en uno de los más populares en pancartas, en medios periodísticos y en el coloquio callejero. No hay político que no lo introduzca en cualquier discurso, aunque hable del clima o de cocina. Podría comprender la idea de que frente a una amenaza de envergadura, el pueblo debe presentar un frente unificado. Hasta aquí puedo aceptar la llamada a la unidad. Pero lo que no comprendo es el motivo por el cual marchar juntos significa que la izquierda debe despojarse de sus principios, adaptarse al discurso derechista y decir "amén" a toda barbaridad que el Gobierno comete. Se supone que para juntar dos polos hay que llegar a algún punto medio. Cada bando deberá renunciar a parte de sus convicciones para que ambos se unieran en aras de un objetivo común. Pero el "juntos" que el Gobierno tramita implica una unidad en la que todos marchamos unidos al son del discurso derechista, o, en otras palabras, implica la desaparición de toda postura disidente. De modo que en el marco de los

cambios y trueques que la guerra ha impuesto al orden de la lengua hebrea, debemos redefinir también estas dos palabras tan simpáticas que ya no expresan lo mismo que en el pasado.

En esta línea es sumamente singular observar qué ha sucedido con la palabra "amigo". Más de una vez, conversando con jóvenes alumnos enrolados en las fuerzas reservistas, después de escucharlos detallar los daños que el servicio militar les produce en la vida familiar, en el trabajo o en los estudios, ante la pregunta ineludible: "entonces, ¿por qué presentarse a Servicio?", ya que bien podrían encontrar más de una excusa para eludirlo, la respuesta frecuente es algo así como "no puedo hacerle algo así a mis amigos". Dicha respuesta hace alusión al hecho de que cuando un reservista no se presenta a Servicio, recaen sobre otros jóvenes de la unidad más patrullas, guardias y demás actividades militares. En épocas de relativa tranquilidad, esta disposición a presentarse a Servicio "para no abrumar a los amigos de la unidad" constituía sin duda una molestia, pero no implicaba para el reservista mayor peligro. Pero esto ha cambiado totalmente durante la guerra actual, en la cual la posibilidad de volver a casa dentro de un ataúd es real y concreta. La camaradería es la fuerza que impulsa a jóvenes a arriesgar sus vidas y perjudicar a sus familias, sus empleos y sus estudios con tal de mantener la fidelidad a sus amigos castrenses. Matar y morir en nombre de la amistad. Qué romántico, qué caballeroso, ¡qué quijotesco! La obligación moral frente a aquellos amigos es tan sólida que cada joven está dispuesto a pagar un alto precio para no defraudarlos. De esta forma, la maquinaria bélica se mantiene intacta. Esto es inaudito, todo un sistema destinado a matar y a morir sustentado en la idea de la amistad. El israelí se presenta cuando lo reclutan no solo por motivos ideológicos o por amor a la patria, sino en gran medida "porque no puedo defraudar a mis amigos". Los vínculos sociales atan a la gente de tal modo que son capaces de cometer cualquier barbaridad con tal de no decepcionar a los amigos. Indudablemente hay amistades que matan.

Este vaciamiento y distorsión del lenguaje no es un mero fenómeno lingüístico: es una estrategia política y moral que erosiona las bases mismas de la convivencia. Cuando las palabras pierden su anclaje en la realidad,

cuando ya no nombran lo que nombraban, la lengua deja de ser un espacio común de significado y se convierte en un arma que legitima lo inaceptable. Lo inquietante de este fenómeno es su impacto en el propio tejido moral de la sociedad israelí: una lengua que justifica todo termina, tarde o temprano, justificando cualquier cosa.

David Grossman describe con elocuencia cómo las lenguas moldean la realidad y ocultan aquello que resulta incómodo: el lenguaje que los ciudadanos utilizan para describir su situación en un conflicto se deteriora a medida que este se prolonga. Se convierte en una sucesión de clichés y consignas. Todo comienza con el lenguaje que generan los distintos sistemas que lidian directamente con el conflicto —el ejército, la policía, los diversos ministerios gubernamentales— y rápidamente se traslada a los medios de comunicación, que informan sobre el conflicto y elaboran un lenguaje avanzado, incisivo, cuyo objetivo es contar la historia más conveniente que el público objetivo pueda digerir. De ese modo se trazan las líneas entre lo que el Estado hace en la zona gris del conflicto y la imagen que los ciudadanos prefieren tener de sí mismos. Este proceso acaba por filtrarse incluso en el lenguaje privado e íntimo de los ciudadanos, aunque estos lo nieguen con vehemencia. Y mientras más insoluble parece la situación, más se degrada el lenguaje que la describe y el discurso público también empobrece. Lo que queda, al final, son los clichés con los que describimos al enemigo y a nosotros mismos. Es decir, los rebotes de prejuicios, temores mitológicos y groseras generalizaciones en las que quedamos atrapados, y con las que atrapamos también al otro[32].

En este contexto, vale la pena recordar el concepto de "neolengua" acuñado por George Orwell en su novela *1984*. Orwell advirtió que un poder totalitario no solo impone su autoridad mediante la violencia o la vigilancia, sino también mediante el control del lenguaje. La neolengua no miente: redefine. No prohíbe: limita. Su objetivo no es tanto ocultar la verdad como hacerla impensable. Al eliminar palabras o vaciarlas de su sentido original, impide formular pensamientos que desafíen al poder. Así, expresiones como "nunca más", "solidaridad", "humanitario" o "persona con valores" siguen usándose, pero suenan cada vez más lejanas de lo que alguna vez

significaron. Se transforman en simulacros, en espejismos verbales que ocultan la brutalidad que legitiman. Un buen ejemplo de esta manipulación lingüística nos ha sido brindada por Netanyahu, quien, después de que el gabinete decidiera atacar la ciudad de Gaza, anunció en rueda de prensa que Israel no iba a conquistar Gaza, sino a "liberarla" (liberarla de Hamás). En la misma línea, Israel no deporta: reubica; no encierra: protege; no transfiere: ofrece una oportunidad de abandonar la Franja.

En este sentido, la guerra no solo devora cuerpos: también devora el idioma. Y con él, la posibilidad misma de imaginar otra realidad.

CAPÍTULO 2

LO INDECIBLE

"Paralelo a las palabras de un lenguaje hay otro lenguaje de los reflejos detenidos en los huecos de las palabras que faltan".
ROBERTO JUARROZ, "Decimocuarta poesía vertical", *Poesía vertical*, 2012

He mencionado en el prólogo la dificultad de describir lo indecible. He aquí, a continuación, tres ejemplos de fenómenos que no logro enmarcar en ninguna lógica predecible.

HIJOS PÓSTUMOS

Desde el comienzo de la contienda en 2023, uno de los rituales más inquietantes ya convertido en costumbre entre soldados antes de entrar a Gaza consiste en depositar en manos de la secretaria de su unidad cartas destinadas a ser entregadas a sus padres en caso de morir en combate. Esta práctica —inédita en la historia israelí—, que mientras tanto ya se ha perfeccionado y ahora hay quienes dejan su mensaje póstumo filmado, me dejó perplejo y ya le dediqué algunas reflexiones en mi libro anterior[33].

¿Cómo es posible que jóvenes en el esplendor de la vida estén dispuestos a redactar su propio testamento a los 18 años? Desde una perspectiva racional, este fenómeno resulta incomprensible. Sí podemos comprender —a medias— la forma en que, después de tantos años de adoctrinamiento, el joven israelí se ha convertido en carne de cañón y perdido todo atisbo de libre albedrío. Pero este delirio ha ido aún más lejos. De pronto, nos encontramos ante actitudes imposibles de explicar en términos razonables de jóvenes soldados

que, antes de marchar al frente, deciden congelar su esperma para que, en caso de morir, puedan engendrar hijos póstumos. Quieren dejar descendencia y nietos a sus padres, como si esos hijos futuros pudieran suavizar la ausencia, sostener la memoria.

¿Cómo se explica un fenómeno de esta categoría? ¿Acto de nobleza o insensatez en su enésima potencia? Cómo descifrar la actitud de jóvenes suficientemente lúcidos para saber que pueden caer en combate, que no solo redactan testamentos, sino que también dejan esperma congelado para que, aun muertos, nazcan hijos condenados a ser recordatorios vivientes del mártir, a ser una extensión simbólica del sacrificio, materia prima para la próxima guerra. Freud sostuvo que una actitud de esa naturaleza es absolutamente inverosímil, ya que la naturaleza humana, en particular la de los jóvenes, tiende a evitar toda planificación anticipada de la muerte y en el fondo "nadie cree en su propia muerte […] y en el fondo todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad"[34]. Entonces, ¿qué clase de sociedad engendra jóvenes dispuestos a legar hijos huérfanos antes incluso de haber vivido? ¿Qué horizonte ético queda cuando la continuidad biológica se convierte en sustituto de la vida plena y la muerte se asume como un destino casi sagrado, adornado con testamentos y bancos de esperma? Necropolítica pura, en palabras de Mbembe.

Estos hijos no nacen del deseo de amar, no son fruto de un proyecto vital compartido, sino de una promesa fúnebre destinada a perpetuar la sangre, prolongar el linaje, calmar la culpa de los padres y del Estado. Se trata de una paternidad invertida, donde la vida no se afirma, sino que se administra desde la tumba.

Quizás, en el fondo, este fenómeno revela la derrota más íntima de nuestra cultura: hemos engendrado una generación para la que lo principal no es vivir, sino morir adecuadamente, dejando algún recuerdo atrás, aunque no sea más que un niño que jamás conocerá a su padre, un testimonio vivo de que ha habido un soldado que obedeció y cayó por la patria.

Este acto es mucho más que un "sacrificio", es un pacto macabro entre la idolatría de la patria y el vacío de sentido.

SACRIFICIO DE HIJOS

A lo largo de este libro he intentado analizar las posturas de derecha e izquierda dentro de parámetros que la razón puede abarcar. Sin embargo, en el siguiente punto debo confesar mi imposibilidad de explicar la postura derechista mesiánica. A decir verdad, el pensamiento mesiánico pertenece al orden de lo místico; aunque conserva una lógica interna que incluso un agnóstico es capaz de seguir, excede los márgenes de lo racional. No obstante, hay aspectos que escapan a cualquier esquema que haya intentado aplicar, a lógicas que se sitúan en el terreno de lo indecible.

Dos ejemplos que no me dan tregua: el primero es el de un joven estudiante, residente en un asentamiento en Cisjordania, que, al llegar a clase, cuenta que en el camino su vehículo ha sido baleado. Ante la pregunta de sus compañeros de curso si sintió miedo, responde que no, porque confía en Dios. Hasta aquí todo bien. Pero cuando le preguntan si no teme por la vida de sus hijos —que transitan a diario por rutas peligrosas—, vuelve a responder que confía en Dios y añade que si algo les pasara (o, en otras palabras, si fueran asesinados), ello acercaría la llegada del Mesías.

El segundo caso que me zarandea fue publicado en el periódico ultraderechista *Besheva*. En su edición de julio, entrevistó a dos madres de soldados secuestrados en Gaza, ambas colonas religiosas y nacionalistas, que expresaron —como toda madre— su angustia por el hijo cautivo y sus plegarias por su regreso, pero agregaron que más importante que liberarlos es derrotar a Hamás.

Entre ambos casos existe una diferencia sustancial. Las madres no eligieron que sus hijos fueran capturados. No podemos reprocharles el haber puesto a sus hijos en situación de riesgo. El estudiante, en cambio, decide conscientemente exponer a sus hijos a un peligro cotidiano, convencido de que Dios lo ampara, y si se produjera una tragedia, esta formaría parte de un plan divino. La postura del estudiante refleja una actitud imperdonable que podría costarle la vida a niños inocentes que nunca eligieron vivir en esas zonas. En el caso de las madres, estamos frente a una postura ideológica que, aunque siniestra, no incluye una actitud activa que exponga a sus hijos a un

peligro directo. Estos casos pertenecen a un ámbito cultural que me resulta ajeno e incomprensible. Ningún denominador común me liga a padres y madres dispuestos a inmolar a sus hijos en aras de la redención o la victoria. Es cierto que, ante la pérdida de un ser querido, la mente humana busca desesperadamente darle sentido a la muerte a fin de soportar lo insoportable. Creer que la muerte ha servido para un propósito superior —redimir al pueblo, proteger la tierra, cumplir un mandato divino— puede convertirse en una tabla de salvación emocional. No se trata solo de fe religiosa, sino de una necesidad humana profunda de darle sentido al dolor. La religión, con su lenguaje de trascendencia y sacrificio, ofrece a estos padres un relato que amortigua la angustia y da consuelo. No tengo ningún reproche al respecto. Pero ello no habilita a ningún padre a exponer a sus hijos a peligros mortales. Este razonamiento no está en el repertorio de esta gente.

Recuerdo que este tema me acompaña desde la infancia, cuando nos narraron la historia de Abraham y su disposición a sacrificar a su propio hijo Isaac por mandato divino. Ya entonces esa historia me hervía la sangre, a pesar de su desenlace feliz cuando un ángel detiene el sacrificio (o mejor dicho "asesinato") en el último instante. Y aquello que tanto me enfureció a los 9-10 años vuelve a atormentarme seis décadas más tarde. Estamos plagados de gente dispuesta a sacrificarse y sacrificar a sus hijos en nombre de Dios o la patria, convencidas de que el dolor se transforma en gloria cuando sirve a una causa trascendente. Tal vez ahí resida una de las características más inquietantes de este país: que el amor absoluto por un hijo pueda ceder ante una lealtad aún más absoluta que justifica la entrega de lo más querido.

Debería finalizar este párrafo en este punto. Pero siento que este tema necesita un contrapunto. Hanoh Levin responde a estos padres con un poema estremecedor: *Padre mío querido, cuando te pares sobre mi tumba*.

Padre mío querido, cuando te pares sobre mi tumba,
viejo, cansado y muy solo,
y veas cómo cubren mi cuerpo con tierra
mientras tú estás ahí, sobre mí tumba, padre,
no te quedes tan erguido y

no levantes la cabeza con orgullo, padre.
Ahora no somos más que carne frente a carne,
y es momento de llorar, padre.
Deja que tus ojos lloren por los míos,
no contengas tu llanto en mi honor.
Algo más importante que el honor
está ahora tendido a tus pies, padre.
Y no digas que ofreciste un sacrificio,
porque quien se sacrificó fui yo.
No pronuncies discursos altisonantes,
yo ya estoy demasiado abajo, padre.
Padre mío querido, cuando te pares sobre mi tumba,
viejo, cansado y muy solo,
y veas cómo me cubren con tierra,
pídeme entonces perdón, padre[35].

CAMPOS DE CONCENTRACIÓN HUMANITARIA Y POGROMOS

Este apartado ha sido, sin duda, uno de los más difíciles de abordar. Me he esforzado por conservar un tono equilibrado, evitando superlativos desmesurados, pero sin suavizar la gravedad de los hechos. Y, sin embargo, ¿cómo describir con propiedad el plan presentado por el ministro de Defensa, Israel Katz, de establecer una "ciudad humanitaria" en Gaza donde se confinaría a unos 600.000 gazatíes sin posibilidad de salir, salvo que acepten abandonar la Franja de Gaza por completo?

La sola formulación de este plan evidencia hasta qué punto sus promotores están desconectados de la historia judía. Quien recordara con un mínimo de seriedad los capítulos dedicados a los campos de concentración, difícilmente se atrevería a proponer algo semejante. Una amnesia colectiva y selectiva parece haberse apoderado de buena parte de la dirigencia israelí, al punto de concebir un proyecto que ha causado escalofrío incluso entre sectores de derechas que, aun apoyando al Gobierno, no han logrado eludir la resonancia histórica que este plan evoca.

Uno no puede dejar de preguntarse cómo funcionaría dicho campo. ¿Alambradas de púas electrificadas? ¿Torres de vigilancia con proyectores, soldados armados y perros a la espera de su presa? ¿Y si alguien trata de escapar, será baleado impúdicamente? Estas imágenes perversas no provienen de películas cinematográficas, sino que resuenan en nuestra memoria histórica, porque hay estructuras del horror que reconocemos, aunque vengan disfrazadas de "soluciones humanitarias". Muchos israelíes han reaccionado con una dosis de humor negro, quizás como único mecanismo evasivo ante semejante barbaridad. Una carta de lectores propuso instalar una orquesta en la entrada del campo, aludiendo al campo de Theresienstadt, en el que los nazis mantenían una orquesta para engatusar a la Cruz Roja. Otros sugirieron colgar en la entrada un cartel con la frase "El trabajo os hará libres", como en la entrada a Auschwitz. Cuesta tomar este plan con la seriedad que exige, justamente, porque es demasiado serio, demasiado real.

La zona en la que el Gobierno prevé instalar este campo es sumamente interesante, dado que evidencia su meta final. La ubicación prevista en Rafah, lindando con la frontera egipcia, no es casual, ni mucho menos humanitaria, sino que responde a la vieja fantasía transferista de buena parte del *establishment* político israelí. La idea es que masas de refugiados, empujadas por la desesperación, atraviesen la frontera hacia Egipto y abandonen la Franja para siempre. Más aún, un proyecto israelí-estadounidense en vías de concretarse contempla ofrecer a cada refugiado dispuesto a emigrar un incentivo económico de 4.000 a 6.000 dólares para que abandonen la Franja camino a cualquier país musulmán dispuesto a recibirlos[36]. Esto es lo que se denomina en la jerga política transferencia voluntaria. Ya hay cerca de 30.000 gazatíes refugiados en Egipto, ¡ahora resta promover la evacuación voluntaria de otros 2,4 millones y solucionamos el problema gazatí! Así de simple.

Todo esto resuena cínico, pero la propuesta tiene un carácter perversamente seductor: después de meses sin acceso a techo, alimento, agua potable ni atención médica, y bajo el constante riesgo de ser bombardeados, muchos gazatíes podrían aceptar casi cualquier cosa que garantice

simplemente la supervivencia. Israel ha generado una situación tan insoportable, tan invivible, que el confinamiento forzado aparece, paradójicamente, como un alivio. En este contexto, el campo deja de ser una imposición para convertirse en una aparente opción razonable. Es aquí donde la dimensión maquiavélica del proyecto revela toda su crudeza: no solo se impone una solución deshumanizante, sino que se logra que las propias víctimas la acepten como mal menor.

Efectivamente, la información que nos llega de Gaza a través de voluntarios de organizaciones internacionales constata que gran parte de los gazatíes estaría dispuesta a recibir con alivio su propia reclusión. La desesperación ha llegado a tal límite que esa cárcel a cielo abierto es mucho mejor que lo que les espera fuera de ella. Y nadie puede reprenderlos. Hemos transformado la vida en tal pesadilla que incluso un campo cerrado, vigilado y controlado es preferible al mundo exterior. Aterra pensar no solo en el contenido de esta calamidad, sino la naturalidad con que ha sido formulada. Lo que era impensable poco tiempo atrás, hoy día ya es normal, como si fuera legítimo plantear la reclusión masiva de una población entera cuyo único pecado es vivir en Gaza.

Lo más inquietante del plan propuesto por el Gobierno israelí no es solo su contenido, sino el marco de pensamiento que lo hace posible. No se trata de una aberración improvisada, sino del producto lógico de un discurso prolongado que ha deshumanizado sistemáticamente a la población de Gaza. Aquí hay una lógica que hace posible lo impensable. Tras años durante los que no dejaron de repetirnos que "no hay inocentes en Gaza", que "todos son cómplices de Hamás", que "es imposible convivir con ellos", ahora el confinamiento masivo ya no supone un crimen, sino una solución razonable. El plan no es producto de un lapsus, sino la conclusión coherente de un proceso discursivo que ha normalizado el castigo colectivo como herramienta de gobierno. El plan de confinamiento es un síntoma más del deterioro moral de la dirigencia israelí. La idea de que una población civil entera puede ser confinada o empujada al exilio, sin juicio, sin proceso, sin crimen comprobado, choca frontalmente con todo el corpus del derecho internacional y del pensamiento ético moderno. Sin embargo, en el clima actual, todas las

categorías que alguna vez sirvieron de mecanismos de contención han perdido su poder normativo, y cuando los límites éticos se diluyen, todo es posible.

Una de las estrategias discursivas más perversas del plan es su justificación en nombre de valores humanistas. Al mejor estilo orwelliano, se propone construir una "ciudad humanitaria", con tiendas de campaña, agua, alimentos y atención médica como un acto de misericordia, no de violencia. Esta inversión perversa del lenguaje recuerda a otras formas de biopolítica contemporánea donde lo intolerable se vuelve tolerable si se enuncia en clave humanitaria. Nuevamente, se pone en evidencia que, en manos de Israel, el humanitarismo ya no es la antítesis de la violencia, sino su forma más sofisticada.

Indudablemente, para que semejante proyecto pueda ser formulado sin provocar conmoción, algo tuvo que fallar en el ámbito de la memoria histórica. La historia de los campos de concentración, o de exterminio, está grabada en la piel del pueblo judío. Pero esa memoria ha sido desvinculada del presente. Se ha atrofiado la capacidad de reconocer en el presente señales que deberían activar alarmas éticas inmediatas. Como si la memoria histórica hubiera sido amputada de su contenido universal.

Entonces, retomamos la pregunta que nos acompaña desde el prólogo hasta el final de este libro: ¿cómo se escribe lo que no debería existir? Hay momentos en los que el lenguaje parece claudicar. Uno se sienta a escribir y descubre que las palabras más precisas son aquellas que prefiero no utilizar para no ser tildado de exagerado, pero las más suaves resultan cómplices por omisión. No hay un adjetivo que no suene excesivo o insuficiente. Todo parece ya dicho, o dicho mil veces de forma tal que al repetirlo uno siente que traicione la singularidad del presente. Este es uno de esos momentos.

POGROMOS

En memoria de Odeh Hadalim, activista por la paz asesinado el 29 de julio de 2025 en su aldea, Umm el Khir, por un colono criminal.

Como si este exceso de racismo no fuera suficiente, uno de los fenómenos más alarmantes que han sacudido a la sociedad israelí durante el último año ha sido el agudo incremento de ataques perpetrados por colonos contra comunidades palestinas en Cisjordania. Aprovechando que la atención pública y mediática está centrada en la Franja de Gaza, y sabiendo que cuentan con el apoyo de Ben Gvir —ministro a cargo de la Policía—, grupos ultranacionalistas llevan adelante una campaña sistemática de acoso a campesinos palestinos expulsándolos de sus tierras, destruyendo sus cultivos y rebaños, incendiando sus viviendas, vehículos y propiedades, y agrediendo —incluso hasta matar— a quienes se resisten. Desde octubre de 2023 hasta el mes de julio de 2025, matones derechistas han matado a 964 palestinos civiles, en sus aldeas o mientras pastoreaban sus rebaños.

Este fenómeno alarmante no es nuevo: ataques de esta índole ya se habían registrado en el pasado. El más dramático ha sido el ataque a la aldea Duma en julio de 2015, en el que colonos le prendieron fuego a la casa de la familia Dawabshe matando a un bebe y sus dos padres. Sin embargo, durante los dos últimos años, la violencia de los colonos ha alcanzado dimensiones alarmantes. Estos asaltos serían imposibles sin el apoyo activo de la policía y el ejército, que siempre llegan tarde, raramente detienen a los agresores judíos, a los que liberan al poco tiempo, y con frecuencia terminan arrestando a las propias víctimas. En más de una ocasión, incluso disparan a matar contra palestinos que intentan defenderse de estos ataques, como ocurrió en la aldea Malik el 27 de junio de 2025, en la cual unos soldados mataron a tres habitantes mientras los colonos incendiaban casas y campos. Estos atropellos no son meras desviaciones extremistas, sino la expresión de una deriva política y, sobre todo, moral, que legitima y fomenta la expropiación violenta de tierras palestinas. Este es otro canal por el cual Israel lleva a cabo una política de hechos consumados y limpieza étnica racista.

Ehud Olmert, quien fuera primer ministro entre 2006 y 2009, escribe en *Haaretz* que, a la par del peligro representado por Irán, Hamás y Hezbolá, Israel enfrenta otra amenaza conformada por grupos de matones, organizados en milicias y armados con fusiles que el ejército les proveyó supuestamente para defenderse del terrorismo palestino. “No nos equivoquemos” —advierte

Olmert— "estos terroristas judíos no son simples bandas de pendencieros, sino agentes del propio Gobierno, que ejecutan lo que el Gobierno desearía hacer, pero no se atreve a realizar directamente". Lo que realmente pretende el Gobierno es expulsar a todos los palestinos de sus tierras, y eso es exactamente lo que estas milicias están llevando a cabo sabiendo que cuentan con respaldo oficial. Después de cada pogromo que llega a los medios de información, la dirigencia de los colonos veteranos en Cisjordania se apresura a criticar públicamente a estos matones, pero —advierte Olmert — "no nos dejemos engañar: estos líderes los apoyan y los alientan. Hoy matan palestinos" —concluye Olmert— "pero si el Gobierno no detiene estos ataques, mañana no dudarán en disparar contra israelíes que se opongan a sus barbaridades"[37].

Este tema no logra llegar a las portadas de la prensa salvo cuando estos matones agreden a soldados que intentan impedir esos ataques. Esto sucedió el 28 de junio de 2025, cuando unos soldados fueron apedreados por esos matones al intentar detener el ataque a la aldea Malik. Al respecto, el periódico *Haaretz* escribe que era de esperar que estos grupos que actúan fuera de los marcos de la ley desplacen su violencia hacia soldados que intentan frenarlos. El mismo ejército que durante años permite estos atropellos e incluso apoya estos ataques es quien ahora sufre las consecuencias de esta política[38]. Entonces, y solo entonces, la prensa presta atención a este fenómeno, aunque las denuncias se diluyen rápidamente entre noticias aún más dramáticas, relegando el asunto a las páginas interiores.

Una vez más, en este fenómeno resuenan ecos dolorosos de los pogromos que nuestros padres y abuelos sufrieron en Europa. La imagen grabada en la memoria judía de los pogromos en Ucrania, Rusia o Polonia, organizados por turbas antisemitas con respaldo gubernamental, representa uno de los capítulos más trágicos de nuestra historia moderna. Quien conoce este pasado debería sentir vergüenza de repetirlo. Sin embargo, estos matones, junto a los ministros, jefes de Policía y mandos militares que los amparan demuestran no solo ignorancia histórica, sino también una alarmante ausencia de conciencia moral. He aquí otro ejemplo de la degradación moral que la ocupación sigue infligiendo a la sociedad israelí.

CAPÍTULO 3
ANATOMÍA DE UNA GUERRA INTERMINABLE

Por deseo y por miedo, por redención y por venganza, por memoria y por destino…

Con el paso de los días no dejamos de preguntarnos por qué la guerra se perpetúa. Esta pregunta, aparentemente ingenua —casi como si saliera de boca de un niño—, es una de las más complejas de abordar. Este apartado no pretende agotar todas las causas, sino esbozar algunos de los factores que podrían explicar por qué el conflicto se prolonga sin perspectivas de cierre, incluso ahora, cuando más del 70% de la población está a favor de finalizarlo a fin de que sean devueltos los 20 rehenes que aún siguen con vida.

De Sigmund Freud aprendimos que la conducta humana está regida por una serie de pulsiones, entre las que destacan las pulsiones destructivas o de muerte. A lo largo de la historia, el ser humano ha logrado contenerlas gracias a un largo proceso evolutivo-cultural mediante el cual, a través de estímulos, castigos y recompensas, se sustituyó la gratificación instintiva por una inclinación al bien. La civilización se ha consolidado sobre la base de renunciar a la satisfacción inmediata de los instintos y su preservación exige mantener esa renuncia. Freud advertía que "no se trata de eliminar del todo las tendencias agresivas humanas, se puede intentar desviarlas al punto que no necesiten buscar su expresión en la guerra"[39].

En la práctica, el ser humano trae consigo —como herencia de generaciones anteriores— cierta disposición a transformar instintos destructivos en constructivos. Sin embargo, Freud constató que la pulsión destructiva nunca desaparece por completo. En el inconsciente conviven

instintos opuestos que incluso pueden complementarse. Todo estadio evolutivo anterior persiste junto al que surge después de él. El ánimo destructivo puede permanecer latente durante años hasta que un estímulo adecuado lo reactive con todas sus fuerzas. El ataque de Hamás del 7 de octubre responde a ese modelo: fue el detonador de una pulsión destructiva que se desató sin control.

Pero aquella pulsión no basta, por sí sola, para emprender una guerra de esta envergadura: hace falta un dispositivo que la materialice. En este caso, el dispositivo ha sido la conjunción de un Gobierno de extrema derecha obsesionado con un delirio mesiánico y la figura de Netanyahu, interesado en prolongar la guerra para mantenerse en el poder, entre otros motivos, para frenar el proceso judicial en el que está imputado. Esta combinación de factores circunstanciales, sumada a la pulsión destructiva, explica no solo el estallido de la guerra, sino también el grado de violencia alcanzado. Freud denominó a este fenómeno "regresión", y no es exclusivo de Israel. Como él mismo señaló: "Por ahora, los pueblos obedecen mucho más a sus pasiones que a sus intereses; en todo caso, se sirven de sus intereses para racionalizar sus pasiones".

En la misma línea psicoanalítica, cabe incorporar otra tesis: el fenómeno perturbador por el cual un niño maltratado puede convertirse en un padre que maltrata, o una hija abandonada por su madre puede abandonar a sus propios hijos. Si bien es necesario ser cautos al trasladar conceptos del plano individual al colectivo, este patrón —en el que la víctima se transforma en victimario— arroja cierta luz sobre la conducta israelí hacia los palestinos. Desde esta perspectiva, quien ha sufrido un daño temprano tiende a estructurar su visión del mundo en términos dicotómicos: víctima o agresor. Ronald Fairbairn y Melanie Klein mostraron que, para la víctima, solo existen dos caminos: volver a ser víctima o transformarse en agresor. La psicoanalista israelí Ruth Stein habló de "trauma transgeneracional" como herencia afectiva y simbólica que moldea el imaginario colectivo y puede derivar en políticas agresivas si no se trata a tiempo. Más recientemente, Miki Goldin desarrolló la misma idea en el diario *Haaretz*.

Esta interpretación se enlaza con el concepto freudiano de compulsión a la

repetición (*Wiederholungszwang*): la tendencia inconsciente a revivir traumas mal elaborados como intento de reelaborar el dolor desde el lado opuesto. Si trasladamos esta lógica al plano colectivo, Israel puede entenderse, en parte, como un "niño maltratado" histórico: un sujeto colectivo cuyos primeros pasos estuvieron marcados por persecuciones, pogromos y, en último término, la Shoá. Desde esta óptica, las respuestas a amenazas —reales o imaginadas — quedan atrapadas en el guion repetitivo víctima/agresor. Además, esta neurosis colectiva tiene un valor añadido: gracias a la hostilidad internacional, Israel puede refugiarse en el cómodo espacio histórico del victimismo.

Una explicación sociológica sostiene que las guerras persisten porque una de las partes —o ambas— las necesita. Alguien se beneficia de su existencia. En un país tan complejo y culturalmente diverso como Israel, ante la falta de un denominador común, necesita un enemigo externo que actúe como aglutinante nacional. Achille Mbembe señala que, así como en el pasado las sociedades se dividían entre amos y esclavos, hoy las democracias dependen de la división entre aliados y enemigos[40]. Que el enemigo exista o no es irrelevante: basta con inventarlo. Así, la guerra se convierte en pegamento identitario. De hecho, si los palestinos no existieran, habría que inventarlos.

A este factor estructural se suman otros más mezquinos: la necesidad de mantener el estado bélico para conservar el poder. En su escala de prioridades, Netanyahu antepone preservar la coalición de Gobierno a finalizar el conflicto. Y lo que para él es más grave: si la guerra concluyera, tendría que enfrentarse a las preguntas engorrosas de una comisión de investigación sobre el 7 de octubre, perdería su investidura y el blindaje judicial que lo protege. A todo esto, podemos agregar el beneficio económico que Israel obtiene de la guerra, como lo demuestra el crecimiento de la bolsa de Tel Aviv impulsado por empresas de tecnología militar. En un país donde lo nacional y lo personal están tan entrelazados, separar ambos planos es casi imposible.

Más aún: una de las lecciones que aprendimos de la historia es que Israel sabe cómo iniciar sus guerras, pero no cómo terminarlas. La primera guerra del Líbano, iniciada en junio de 1982, ofrece un ejemplo revelador. Para

finales de agosto de aquel año, el ejército israelí ya había alcanzado sus metas militares: las fuerzas de Fatah se replegaron de Beirut hacia Túnez y el ejército sirio retiró sus tropas del sur del Líbano a sus bases en Siria. Sin embargo, embriagado por una victoria militar rotunda, Israel decidió ampliar sus objetivos geopolíticos: reemplazar al régimen libanés por un Gobierno aliado, encabezado por las falanges cristianas. Esa apuesta precipitó un caos interno del cual el Líbano aún no se ha recuperado. Al no retirarse a tiempo, Israel quedó empantanado durante 18 años consecutivos en un conflicto que, en su fase final, ya no respondía a sus intereses iniciales.

Algo similar ocurre hoy. Israel no sabe cómo poner fin a la guerra. O, para ser más preciso, no quiere finalizarla. La falta de una estrategia de salida no es simple incapacidad técnica, sino ausencia de visión a largo plazo. Preguntas como "¿cuándo y cómo terminará esta guerra?" o "¿qué será de Gaza después?" siguen sin respuesta. Salvo el plan irrisorio de Trump de transformar Gaza en una Riviera y los delirios mesiánicos que claman por la expulsión de todos los gazatíes y la anexión del territorio, el Gobierno no ha sido capaz —incluso dos años después del inicio de la contienda— de formular un solo plan realista. Lejos de buscar una salida, agrava el estancamiento y hunde aún más al país. La decisión de "conquistar la ciudad de Gaza" fue cuestionada por el propio jefe del Estado Mayor, quien advirtió que el ejército no está en condiciones de llevarla a cabo y que pondría en riesgo la vida de rehenes y soldados. Una carta abierta firmada por decenas de generales retirados reforzó esa advertencia, pero el Gobierno, sordo, sigue adelante.

Esta imposibilidad de cerrar guerras se conecta con otro factor psicológico: políticos y generales atrapados en conflictos imposibles de ganar prolongan la lucha para no reconocer que la sangre derramada fue en vano. Es la "trampa del sacrificio" descrita por Kenneth Boulding, y lo que Barbara Tuchman llamó "marcha de la locura": seguir tomando decisiones desastrosas, ignorando advertencias, por temor a parecer débiles. Hoy, los ejemplos se llaman Putin o Netanyahu. Cuanto mayor es el precio pagado, mayor el apego a la causa perdida.

Netanyahu, tras prometer la "derrota total de Hamás", es incapaz de

admitir que ese objetivo es inalcanzable. Ha fracasado no solo militarmente, sino también políticamente: su pretensión de enterrar la idea de un Estado palestino ha terminado por reimpulsarla en la agenda internacional. Si el Holocausto jugó un papel central en la creación del Estado de Israel, el genocidio palestino podría desempeñar un papel similar en la fundación del futuro Estado palestino.

Por último, un rasgo estructural: Israel sufre de bulimia territorial. Nada sacia su apetito por tierras que, una vez conquistadas, no sabe digerir ni puede expulsar. Gaza está hoy incrustada en la garganta de Israel como una espina que amenaza con asfixiarlo.

ENTONCES, ¿QUÉ PRETENDE ISRAEL?

A estas alturas de los acontecimientos, podemos aventurarnos a presentar la tesis, ya mencionada en el primer capítulo, que sostiene que, sobre todo, Netanyahu intenta destrozar de una vez y para siempre la opción de un Estado palestino. La guerra en Gaza pasa a ser entonces una oportunidad de desgastar a la Autoridad Palestina hasta hacerla sucumbir bajo su propio peso y, con ella, sepultar definitivamente la consigna de "dos Estados para dos pueblos". La evidencia más clara de sus intenciones ha sido la nominación de Betzalel Smotrich, líder de la extrema derecha mesiánica, ministro a cargo de la Administración Civil en Cisjordania. Este personaje, con una alarmante agenda expansionista, pasó a ser el encargado de administrar la vida de los palestinos en Cisjordania o, mejor dicho, de amargarles la vida a fin de generar las condiciones que facilitaran su posterior anexión. Esta idea es la que está detrás de la reciente decisión gubernamental de construir un nuevo asentamiento en la zona denominada E1, que une la ciudad de Maale Adumin con Jerusalén, cortando de ese modo la continuidad territorial entre la parte norte de Cisjordania y la parte sur, proyecto que Smotrich coronó como un paso histórico hacia "el fin de la autoridad palestina". El dúo Smotrich-Ben Gvir está detrás de la sucesión cotidiana de agravios y atropellos con los que los palestinos en Cisjordania se enfrentan regularmente, incluyendo confiscación de tierras y construcción de

asentamientos, frecuentes estados de sitio, la expulsión de más de 40.000 residentes de los campos de refugiados en Yenín y Tul Karem, la destrucción de sus viviendas, los pogromos de matones religiosos extremistas incluyendo asesinatos, bajo la mirada cómplice de la policía y el ejército. Todas estas medidas reflejan la intención del Gobierno israelí de apoderarse de Cisjordania inmediatamente después de destrozar Gaza.

Netanyahu ha sido consistente en este proyecto. La muestra más perversa de esta estrategia fue el respaldo otorgado a Hamás antes del ataque del 7 de octubre, autorizando a Catar a introducir sumas millonarias en Gaza a fin de sostener su aparato administrativo mientras debilitaba económicamente a la Autoridad Palestina reteniendo sus fondos fiscales. La lógica maquiavélica de Netanyahu consistía en fracturar a Palestina en dos entes antagónicos —Fatah versus Hamás—, a fin de justificar el argumento de que Israel quisiera negociar con la Autoridad Palestina, pero Abu Mazen no representa al pueblo palestino, sino tan solo una parte de él. Aunque hoy parezca insólito, Netanyahu necesitaba a Hamás y estaba dispuesta a apadrinarlo con tal de eludir toda negociación con Ramala que pudiera favorecer la creación de un Estado palestino.

Desde el 7 de octubre, después de que la coartada anterior dejó de ser relevante, Israel continuó sacando provecho de Hamás para precipitar el desplome total de la Autoridad Palestina. Lo mejor que podía ocurrirle a Netanyahu es la creciente popularidad que va ganando Hamás en Cisjordania, motivo que le permite afirmar que Fatah y Hamás son dos caras de una misma moneda y justificar una próxima campaña contra Ramala, luego de acabar con Gaza. Mientras tanto, todo lo que Netanyahu necesita es provocar una situación caótica destinada a precipitar el desplome total de la Autoridad Palestina. Y para ello, Smotrich, Ben Gvir y los pogromos cotidianos llevados a cabo por sus bandas de matones le vienen como anillo al dedo.

Esta estrategia clarifica el motivo por el cual Israel boicotea la posibilidad de que Abu Mazen asuma el control de Gaza, dado que ello supondría reforzar a la Autoridad Palestina. Israel bien sabe que, una vez finalizada la contienda, quedarán en el terreno más de dos millones de gazatíes que

alguien deberá alimentar y administrar. El plan promovido por la extrema derecha de instalar en Gaza un régimen militar similar al de Cisjordania parecería inviable —Israel no está en condiciones de asumir un proyecto de este calado—. Sin embargo, ya hemos visto situaciones insensatas que, en manos de políticos insensatos, de pronto cobran vida propia. Netanyahu tampoco permitirá que Ramala entre en Gaza, ni siquiera dentro de una fuerza panárabe liderada por Arabia Saudita y países árabes contiguos, dado que de esa manera podría llegar a convertirse en un ente político central en la región. El argumento de que Abu Mazen ya es anciano y carece de capacidad para gobernar Gaza tiene algo de cierto, pero ello es producto directo del sabotaje israelí, y si ese fuera el problema real, hay múltiples formas de apuntalarlo. La Unión Europea colaboraría con gusto en el proyecto de afianzar a la Autoridad Palestina y, de hecho, ya mismo se están proyectando elecciones en el curso del próximo año con ese mismo propósito. Estas elecciones fracasarán. Israel boicoteará toda posibilidad de que sea elegida una dirigencia que pueda llevar adelante el proyecto de dos Estados para dos naciones. Para que las elecciones fracasen, Israel tiene dos cartas para jugar. En primer lugar, no permitirá que los palestinos de Jerusalén Oriental participen. En segundo lugar, y más importante, Israel no liberará a Marwan Barghouti, quien se perfila como la única figura reconocida por ambas facciones que podría constituirse en el líder del Estado palestino.

Así, Israel ha creado un callejón sin salida y trata de sortearlo recurriendo a toda clase de enredos como, por ejemplo, impulsar la formación de milicias rivales a Hamás, como la liderada por Yasser Abu Shabab, que eventualmente pudieran asumir el Gobierno local, pero es evidente que este plan maquiavélico está condenado al fracaso. Si la comunidad internacional no interviene de inmediato, Netanyahu podría lograr su objetivo: borrar ambas partes de Palestina del mapa. Si así fuera, volveríamos a recordar las tenebrosas palabras de Walter Benjamin: ni siquiera los muertos estarán a salvo.

CAPÍTULO 4

METAFÍSICA DEL ANTAGONISMO

En mi libro anterior, sostuve que los pilares que moldean la identidad israelí contemporánea son tres: el miedo, el militarismo y el mesianismo[41]. La combinación de estos factores (a los que denominé "las tres M") ha erigido una estructura identitaria férrea, atrapada en una red de significados que condena al país a un asedio permanente.

Desde la perspectiva de la sociología del antagonismo, examinaremos cómo estos tres vectores se manifiestan en los relatos actuales, así como también la manera en que han exacerbado traumas anquilosados y la forma en que estos factores dictan estrategias políticas que conducen al país hacia un callejón sin salida. En este tema no hallaremos giros dramáticos respecto al periodo anterior: las estructuras sociales se deslizan lentamente, como placas tectónicas que se desplazan a ritmo milimétrico. Los relatos y los traumas que moldean nuestra cotidianidad estaban ya presentes antes del 7 de octubre, aunque en intensidades diferentes. Sin embargo, el peso insoportable de dos años de guerra ha exacerbado las fisuras existentes, algunos rasgos se han hipertrofiado, otros se han cargado de una violencia renovada, erosionando aún más los frágiles cimientos del ya debilitado liberalismo israelí.

EL RELATO NACIONAL

Cada sociedad produce su propia "verdad" mediante discursos autorizados, prácticas educativas y sanciones. Todo pueblo, toda nación, toda colectividad necesita un relato que lo respalde. Sin un relato que certifique, constate y

justifique sus procederes, ningún pueblo podría reivindicar derechos sobre la tierra que habita ni legitimar políticas de expropiación y expulsión de sus habitantes originarios. Cuanto más remota sea esa historia, mayor será su fuerza legitimadora, y si el relato logra remontarse hasta la Biblia, nada puede resultar más convincente: ningún rival podrá disputar derechos inscritos en las sagradas escrituras.

Este arquetipo, conviene subrayar, es universal. Toda nación a lo largo del planeta construyó su propio relato, en su mayoría pura ficción imaginaria e inofensiva. Sin embargo, cuando se trata de un país en conflicto crónico con sus vecinos, en el cual ambas narraciones se contradicen, el relato histórico deja de ser un mero recurso cultural y se convierte en un arma más del arsenal bélico. En el caso israelí, este relato se ha impregnado de los efectos traumáticos que dos años de guerra han dejado en el fondo de la sociedad. Desde aquel entonces, el relato sionista se reconfigura en torno a dos vectores centrales: la tierra, concebida como garantía de supervivencia, y la fuerza, presentada como único seguro frente a la amenaza palestina. Cuando la identidad nacional gira en torno a estos dos vectores —tierra y fuerza—, el círculo vicioso es inevitable: la violencia se autogenera y la realidad se percibe a través del prisma identitario. El discurso nacional y hasta el habla cotidiana conducen una y otra vez a las mismas conclusiones, retroalimentando el conflicto sin descanso.

La tierra adquirió un peso desproporcionado. Basándose en la convicción de que si durante la Segunda Guerra Mundial el pueblo judío hubiese contado con un Estado propio, la Shoá no habría ocurrido, el Estado de Israel ha llegado a la conclusión de que permanecer dentro de la Franja de Gaza es la única forma de garantizar que un nuevo 7 de octubre no vuelva a suceder. Tierra equivale a seguridad, por lo cual Israel rechaza totalmente toda posibilidad de volver a las fronteras del 6 de octubre —lo que imposibilita todo acuerdo que finalice la guerra en Gaza y la liberación de los rehenes—. En la misma línea de pensamiento, Israel rechaza toda posibilidad de devolver Cisjordania a sus legítimos dueños palestinos, imposibilitando todo acuerdo que finalice el conflicto palestino. Este razonamiento es sumamente extraño. En lugar de llegar a la conclusión más razonable, que si el 7 de

octubre el ejército hubiera estado debidamente preparado, los servicios de inteligencia no se habrían dormido, y si las fuerzas armadas hubieran estado adecuadamente emplazadas a lo largo de la valla, aquel ataque no habría ocurrido, el Gobierno atribuye a la tierra el valor categórico de ser el único factor estratégico capaz de evitar futuras catástrofes.

Esta lógica refleja una de dos posibilidades: o se trata de una incapacidad aguda de comprender las condiciones que facilitaron aquel ataque y las fallas operativas que lo posibilitaron o se trata de un relato embustero que encubre intenciones territoriales mesiánicas destinadas a perpetuar la ocupación israelí de la Franja.

En realidad, estas dos posibilidades nos acompañan desde los albores del sionismo. El derecho a la tierra anclado en la historia y en la Biblia constituye uno de los mitos fundacionales más potentes del relato israelí. El Acta de Independencia de 1948 lo formula sin ambigüedad: "La Tierra de Israel fue la cuna del pueblo judío. Aquí se formó su identidad espiritual, religiosa y nacional. Aquí vivió como pueblo libre y soberano; aquí creó una cultura con valores nacionales y universales [...]. Por tanto, el Estado de Israel se establece en virtud del derecho natural e histórico del pueblo judío". Sin embargo, ya en ese preámbulo hallamos una trampa conceptual: al comienzo se invoca la Tierra de Israel y, a continuación, se proclama el Estado de Israel. Pocos se percataron de que ambos conceptos no son equivalentes. El Estado de Israel es una entidad política con fronteras delimitadas por la ONU, mientras que la Tierra de Israel remite a un territorio bíblico mucho más amplio. En la práctica, los sucesivos Gobiernos —de derecha y de izquierda— se resignaron al Estado, aunque en el subconsciente nacional palpitaba la aspiración a la Tierra de Israel —la tierra prometida.

Esa tensión entre los límites del Estado y los de la Biblia explica la ansiedad con la que, tras la guerra de los Seis Días en 1967, sectores religiosos e incluso laicos ligados al laborismo se aferraron a los territorios conquistados en Cisjordania. Se consolidó entonces un nuevo relato político-teológico, en abierta contradicción con el derecho internacional, que afirmaba que esos territorios no eran conquistados, sino liberados, ya que desde

siempre habían pertenecido al pueblo judío por designio divino y su recuperación era un acto de justicia histórica frente a la usurpación árabe en tiempos de debilidad nacional. A ese argumento religioso se sumó el laborismo con un razonamiento de corte militarista que sostenía que esas tierras eran necesarias para garantizar la seguridad de Israel, ya que por fin Israel gozaba de "fronteras defendibles". Gradualmente, la fascinación por los paisajes bíblicos degeneró en devoción desmedida hasta que la tierra adquirió mayor importancia que los seres humanos que la habitaban.

Lo que esos sectores tan aferrados a la tierra ignoraron es que todo proyecto colonizador exige un aparato coercitivo que lo sostenga, y tarde o temprano ese aparato cobra su precio. Cada colina en la que se erige un asentamiento exige la instalación de una unidad militar, y a partir de allí el choque con la población local se vuelve cuestión de tiempo. Las dos intifadas (1987 y 2000) son testimonio de esa lógica inexorable.

Ese mismo esquema de pensamiento explica los motivos por los cuales la extrema derecha religiosa habla hoy día del "milagro que estamos viviendo" y considera la reconquista de Gaza como un paso más en un largo proceso destinado a completar el mapa prometido por Dios.

De modo que, si bien este fenómeno nos acompaña desde siempre, en el contexto de la guerra actual adquiere un protagonismo desmesurado. La obsesión por ocupar la tierra se sustenta en un doble relato: motivos de seguridad junto a un mandato divino. A este argumento se acopla el imperativo de reforzar el poderío militar dado que, de acuerdo a esta versión, se ha constatado que los palestinos persiguen la aniquilación del pueblo judío y que, por tanto, su destino es luchar hasta la eternidad.

El segundo vector del relato nacional que ha ganado relevancia gira en torno a la importancia de la fuerza. Se basa en la convicción de que los palestinos no solo pretenden liberarse de la ocupación israelí —ya que, si así fuera, deberían haber atacado solo puestos militares y no poblaciones civiles —, sino que pretenden aniquilarnos. Desde esta perspectiva, el conflicto no sería político ni territorial, sino civilizador: un choque entre el islam y el pueblo judío. Este relato, que a partir del 7 de octubre adquirió dimensiones gigantescas, justifica, en nombre de la supervivencia, la necesidad de

acorralar al enemigo antes de que pueda ejecutar sus planes genocidas. Bajo esta lógica, el islam es representado como una amenaza ontológica, un enemigo absoluto que no deja lugar a negociaciones, treguas ni compromisos. En este marco discursivo, ellos son siempre agresores y nosotros, siempre víctimas obligadas a actuar en defensa propia. Golda Meir fue una de las virtuosas constructoras de este argumento cuando declaró que estábamos dispuestos a perdonar a los árabes por habernos matado, pero que ¡no perdonaríamos que nos hayan obligado a matarlos! Esta construcción narrativa convierte cada bombardeo en un acto de legítima defensa, ya que, como es bien sabido, la mejor defensa es el ataque, habilitando de esa manera una política de ataques preventivos. El resultado de este relato es la creación de un aparato bélico todopoderoso, legitimado no solo por la necesidad estratégica, sino por un *ethos* identitario. Las acciones militares se tornan inevitables, casi rituales, destinadas a garantizar la seguridad de los ciudadanos, pero también a reafirmar la cohesión simbólica de la nación.

Este planteamiento, de raíz fatalista y victimista, se entrelaza con el relato religioso ya mencionado sobre la lucha eterna del pueblo hebreo, pues así ha sido desde tiempos bíblicos. Sorprende constatar que entre los versículos que estos sectores suelen invocar para validar esa postura se encuentra una declamación de 2 Samuel 2:26, donde se lee: "¿Consumirás la espada permanentemente?" (en otras versiones: "¿Devorarás la espada sin cesar?"). Quienes citan esta frase como prueba de que la guerra es el destino ineludible de Israel, pasan por alto un detalle crucial: la oración está formulada como pregunta, no como una sentencia. La Biblia no decreta que ese sea nuestro destino: interroga si acaso ese debe serlo. Pero esa minúscula diferencia —apenas un signo de interrogación— es sistemáticamente ignorada por quienes necesitan de la Biblia para justificar sus ansias de combate. En esta visión, la guerra deja de ser una tragedia o una elección política para convertirse en una condición estructural de la existencia judía. Y si bien el precio es alto, consuelan: "Dios no nos abandonará", pues todo sacrificio conduce a la redención. Volveré a tocar este tópico a continuación, cuando entre en el tema de la teología belicista que se ha impuesto en estos días.

La combinación entre un victimismo secular y un providencialismo religioso presenta el conflicto como un destino inevitable, no como una construcción histórica que podría ser modificada. El efecto de esta lógica totalizante es la producción de una "verdad de Estado" que clausura toda posibilidad de negociación. Cualquier postura crítica es rápidamente deslegitimada como traición, ingenuidad o colaboración con el enemigo. De esta manera, se neutraliza todo disenso, ya que una verdad revelada no puede ser discutida. Pensar y hablar desde otro lugar se vuelve entonces un acto de resistencia, especialmente cuando el lenguaje mismo tiembla ante el estruendo de los cañones.

TRAUMAS

El tercer vector que adquirió dimensiones desmesuradas a lo largo de este último año es el trauma que ha dejado no solo el ataque del 7 de octubre con su secuela de muertes nunca antes padecido, sino también la forma en que el Gobierno y los medios de comunicación la ligan al mismo Holocausto. Estos dos últimos años han grabado en el cuerpo de Israel una serie de traumas que se niegan a saturar y se suman a una carga emocional colosal. Clifford Geertz sostiene que Israel es uno de esos países que tras liberarse del colonialismo desarrollaron un estado psicológico caracterizado por un fallo en los nervios, una especie de nudo psicológico, un trauma psíquico caracterizado por la obsesión por los signos, los más de ellos ilusorios, de que algo dramático está a punto de ocurrir y la inamovible convicción, generalmente visceral, de que de cualquier manera, el desastre está por sobrevenir[42].

Desde la Inquisición, pasando por los pogromos en Europa, hasta su punto culminante en el Holocausto, la historia moderna del pueblo judío ha sido una sucesión de catástrofes que han dejado una huella indeleble en su psique. Cuando creíamos que este capítulo histórico ya estaba superado y confiábamos en que en el Estado de Israel estos golpes no podrán suceder, estalla el ataque que nos retrotrae varias generaciones. Con semejante lastre se hace sumamente difícil erigir un futuro constructivo. El desenlace de todo lo que emprendamos está condicionado por este trauma que nos remite

nuevamente a los dos únicos medios capaces de protegernos: el ejército y la religión. Este fenómeno explica en gran medida el auge del militarismo y del mesianismo.

Este trauma nos remite siempre a la Segunda Guerra Mundial. Netanyahu quiere ser el Churchill que derrota al Hitler actual y no el Chamberlain que negocia con el enemigo. No es exagerado afirmar que somos una nación en estado postraumático, donde la combinación de traumas abiertos con traumas pasados que no hemos logrado cerrar restringe la forma en que los israelíes perciben el mundo y su lugar en él. La sensación de que algún desastre acecha en el horizonte es omnipresente. Esta ansiedad colectiva, heredada y reforzada por la historia, moldea actitudes individuales y políticas diametralmente opuestas: algunos adoptan un enfoque escapista, bajan sus expectativas y llevan una vida alienada, aferrándose a un perfil bajo en un intento de evitar nuevos golpes del destino. Otros, en cambio, buscan compensar su sensación de vulnerabilidad, adoptando una actitud agresiva como mecanismo defensivo y como respuesta directa al miedo cósmico profundamente arraigado de volver a ser víctimas.

En este contexto, el superyó colectivo dicta que mantenernos pertrechados y en estado de alerta constante es una necesidad ineludible. No podemos darnos el lujo de replegarnos, ni de bajar la guardia, ni de confiar en los árabes. De esta forma, el trauma refuerza una mentalidad fantasmática, distorsionada, patológica, que oscila entre la paranoia y la histeria, donde la lucha eterna se convierte en un imperativo absoluto.

Desde la perspectiva de la psicología moderna, los individuos tienden a dividirse entre neuróticos o psicóticos. Israel, en muchos sentidos, encarna ambos trastornos. El conflicto de Oriente Medio, escribe Slavoj Zizek, ha adoptado la forma de un síntoma neurótico, como si hubiese una especie de beneficio patológico libidinal en su persistencia[43]. Esta tensión nerviosa, junto a la percepción de un mundo hostil, ha generado una doctrina basada en la acción preventiva y en el uso de una fuerza desproporcionada que afecta no solo a nivel individual, sino que se proyecta en la forma en que la sociedad se relaciona consigo misma y con el entorno, y en la manera en que se perpetúa el conflicto impidiendo que el trauma deje espacio para la

confianza y la reconciliación.

CAPÍTULO 5

UNA MIRADA SOCIOLÓGICA

Describir verazmente a la sociedad israelí es una tarea compleja, ante todo por la profunda diversidad que caracteriza a sus ciudadanos. Poco tienen en común israelíes laicos con ortodoxos, derechistas con liberales (he evitado izquierdistas dado que están en vías de extinción), procedentes de culturas orientales con aquellos que provienen de países europeos, y así sucesivamente, sin contar el entramado de múltiples subculturas que componen este país. Durante épocas relativamente tranquilas, todo este tejido ha logrado sostener cierto *modus vivendi* que ha permitido convivir en relativa armonía. Sin embargo, en épocas de tensión todo aquel frágil equilibrio se desmorona, dejando al descubierto las diferencias encubiertas, las tensiones latentes, las fracturas nunca del todo cerradas. Freud, ya en *El malestar en la cultura*, sugería que, si bien el bagaje cultural que el ser humano fue acumulando a través de generaciones ha logrado reprimir las pulsiones destructivas innatas y preservar el orden social, el estallido de la guerra, en cambio, suspende ese orden cultural, desactivando mecanismos de contención simbólica y liberando las pulsiones más oscuras que habitan nuestro interior. En términos lacanianos diríamos que, en tiempos de guerra, el "semblante", o sea, esa apariencia de normalidad, cae, se desvanece, mientras que lo real irrumpe, abriendo camino a una violencia sin ley. Y efectivamente, en estos precisos momentos afloran los conflictos más crudos que conoce la sociedad israelí, que se han ido articulando en derredor de dos ejes paralelos. Por un lado, derechistas-mesianistas, que demandan continuar bombardeando hasta la victoria total, contra liberales que exigen acabar con esta guerra y liberar a los rehenes secuestrados. En la jerga callejera

“patriotas” contra “quintacolumnistas servidores de los intereses de Hamás”. Por otro lado, se va agudizando la crisis entre ortodoxos apegados al estudio de la Torá y reacios a ser enrolados, contra nacionalistas exacerbados que bajo el pretexto de “igualdad entre todos los ciudadanos”, reclaman más “carne de cañón”. De modo que, al ardor de esta guerra, el frágil tejido interno se va deshilachando, la tensión entre todos estos grupos ha alcanzado altos grados de ebullición y el fantasma de una guerra civil asoma en el horizonte. Solo en épocas de tensión podemos distinguir la verdadera característica del fenómeno israelí. La guerra desestabiliza el andamiaje nacional, desestructura el orden simbólico habitual y deja al descubierto las verdades más descarnadas de esta sociedad.

Si bien a la luz de esta guerra tan devastadora y prolongada, las diferencias entre los distintos grupos se agudizan, todavía podemos identificar un denominador común a todos ellos: todos y cada uno están cubiertos de incertidumbre. Una incertidumbre densa y corrosiva donde nadie sabe qué nos deparará el mañana. No me refiero a lo que nos deparará el futuro, sino el mañana inmediato, el dia siguiente, esta misma noche (¿nos despertarán las sirenas a medianoche o los hutíes nos dejarán dormir tranquilos?). Más allá de no poder predecir qué nos deparará el mañana, nos cubre una manta de angustia total, a tal punto que ya no sabemos en qué país estamos viviendo. Michael Sfard ha descrito esta sensación de forma precisa:

> Y entonces irrumpió el 7 de octubre. Al día siguiente, al abrir los ojos, fue como despertar tras un terremoto devastador: por un instante, nuestro entorno nos resultó irreconocible. Los edificios, las carreteras, las plazas en las que hasta hacía apenas un momento transcurría nuestra vida cotidiana, parecían haber desaparecido. Todo lo que había reposado sobre la tierra se alzó por la fuerza del cataclismo, y en muchos sentidos, aún hoy, más de un año después, sigue suspendido en el aire[44].

De alguna manera, sentimos que el orden cósmico había decaído. Efectivamente, el Israel posterior al 7 de octubre ya no es el que conocíamos antes del ataque y no sabemos a qué atenernos. Un ataque de esa envergadura no cabía dentro de nuestra imaginación, así como tampoco podíamos concebir una guerra de dos años sin perspectiva de finalización. Como ya he mencionado, las personas normales no saben que todo es posible,

escribe David Rousset tras su liberación de Buchenwald[45]. Códigos de conducta elementales, como, por ejemplo, aquella norma mítica que sostenía que "Israel no abandona heridos y prisioneros en el campo de batalla", han sido brutalmente borrados del imaginario nacional, como lo evidencia el hecho de que hasta este preciso momento el Gobierno se niega a pagar el precio ineludible para liberar a sus rehenes de los túneles de Gaza. Estamos desorientados. Todo permanece en suspenso. No podemos predecir cuándo acabará esta locura, mucho menos dónde y cuándo estallará la próxima guerra, aquella que fomentamos cotidianamente con actos de humillación y ultraje a la población palestina.

Por cierto, todo sujeto es consciente del peso de la contingencia y cada uno de nosotros lleva inscrito en su cuerpo un grado inevitable de inseguridad. Sin embargo, en un conflicto crónico, donde los patrones de conducta ya no responden a una lógica racional, sino a un mesianismo retrógrado, la congoja deja de ser circunstancial para volverse estructural.

La sociedad israelí no ha tomado conciencia del coste que conlleva vivir angustiada, sin alternativas, dejando que las cosas sigan su rumbo y creyendo que la vida es una sucesión de desdichas tan inevitables como imprevisibles. Vivimos en un régimen en el que la previsibilidad ha dejado de ser una expectativa razonable. La duda que más nos preocupa gira en derredor del futuro que les espera a nuestros hijos mientras políticos y militares nos arrastran a una guerra eterna. Religiosos mesianistas están eximidos de estas dudas; para ellos, todo sacrificio vale la pena dado que acelera la llegada del Mesías. Dichosos ellos que tienen seguro de vida eterna, si no en la tierra será en el paraíso. Pero todos aquellos que todavía mantienen la cordura y no están dispuestos a sacrificar a sus seres queridos en nombre de un proyecto infame deberán exiliarse, porque aquí ya no se puede vivir.

Las esperanzas asoman por intervalos, siempre ingrávidas, breves y de corto alcance. La gente desconoce otra forma de vida que no esté atravesada por la lucha. Algunos israelíes intuyen que existe una alternativa, y la perciben durante frecuentes viajes al extranjero, donde descubren una normalidad envidiable. Sin embargo, aunque la anhelan, no logran incorporarla a su visión del mundo. La tranquilidad que experimentan fuera

del país no resulta contagiosa; y entre quienes se preguntan, aunque sea por un instante, "¿por qué ellos pueden vivir en paz y nosotros no?", esa interrogación se disipa apenas un par de días después del aterrizaje. Sería como contemplar un paisaje de ensueño —lagos cristalinos y colinas serenas — sabiendo que no se puede trasladar a nuestro entorno. En la psique colectiva, tranquilidad e Israel siguen siendo conceptos mutuamente excluyentes.

Resulta revelador constatar que, tras 75 años de independencia y pertrechados con el ejército más poderoso de Oriente Medio, la sensación de amenaza siga siendo una constante en la consciencia colectiva israelí. Esta percepción de vulnerabilidad proviene de una matriz heredada del judaísmo diaspórico que durante siglos ha vivido bajo el temor de la inminencia del próximo pogromo. El proyecto sionista, que se propuso erradicar este temor, no ha logrado extirpar este residuo psíquico de la diáspora ni siquiera de la actual generación, nacida y criada en Israel. Este anclaje en el temor perpetuo es uno de los signos más evidentes del fracaso del sionismo, el cual, a pesar de todo el poderío a su disposición, no ha logrado liberar al pueblo judío del fantasma del asedio permanente.

Mientras tanto, la sociedad perdió esperanzas y extremó sus posturas respecto a una posible convivencia pacífica con los palestinos. El sondeo llevado a cabo por el instituto de investigación social PEW, con sede en Washington, durante el primer trimestre de 2025, ha evidenciado que el porcentaje de israelíes judíos que todavía consideran posible convivir en paz con el pueblo palestino ha bajado a un 16%, el punto más bajo desde iniciados estos sondeos en 2013, cuando el porcentaje de los optimistas rondaba el 46%.

A primera vista estos resultados insinúan que la idea de "dos Estados" ha dejado de ser relevante, al haber perdido todo apoyo popular. Si la gran mayoría no cree que ambos pueblos son capaces de convivir en paz, carece de sentido bregar por la creación de un Estado palestino independiente. En otras palabras, dentro de la sociedad israelí, nosotros, los pacifistas, ya no tenemos con quién hablar.

Sin embargo, por otro lado, el porcentaje de judíos que sostiene que Israel

debería encontrar un camino que permita la convivencia basada en la división en dos Estados gira en derredor al 21%, mientras que el 19% respondió "depende", lo que significa que no rechazan totalmente la idea de que Israel debería buscar un camino de convivencia con los palestinos. En otras palabras, si unimos ambos sondeos veremos que, si bien tan solo un 16% todavía cree en la fórmula de "dos Estados para dos naciones", el porcentaje de aquellos que querrían que el Gobierno adoptara esta fórmula gira en torno al 21%, y posiblemente sea mayor si incluimos aquellos que respondieron "depende". La diferencia entre ambos sondeos radica en que mientras el segundo se refiere a una intención de paz, el anterior se refiere a una convicción política. De modo que con una mirada complaciente podríamos afirmar que, a pesar de todo, todavía disponemos de un margen de personas con "vocación de paz", que concibe un futuro distinto del presente, por lo cual, no todo está perdido.

ENTONCES, ¿A QUÉ CONCLUSIONES HA LLEGADO EL ISRAELÍ?

Un cataclismo tan dramático como el sufrido el 7 de octubre debería haber producido algún cambio en el repertorio de las ideas establecidas en la sociedad israelí. El impacto de aquel ataque no puede haber dejado intactas las estructuras ideológicas de todos y cada uno de los israelíes. Sin embargo, por inverosímil que parezca, una vez superado el *shock* inicial, el grueso de la sociedad israelí a vuelto a aferrarse a sus argumentos anteriores y con el paso del tiempo está más convencida de la validez de su postura preexistente. Sabemos que ideologías arraigadas, aquellas que ya son parte orgánica del DNI de cada cual, no necesitan ni evidencias ni demostraciones. Sus adeptos siempre encontrarán la forma de ajustar la evidencia a sus premisas. En estos casos, lo que hace un evento traumático no es abrir los ojos, sino reforzar aún más las convicciones previas. La ideología se blinda mediante la repetición de mantras, la apelación a símbolos, el cierre emocional y la exclusión violenta de todo lo que contradiga su coherencia interna. Este anclaje estructural explica la razón por la cual la mayoría de los israelíes no solo no

han modificado sus posturas tras el trauma colectivo del 7 de octubre, sino que se han aferrado aún más a ellas. Por eso, cuestionarla no es simplemente demostrar su error, sino desmantelar el relato mismo que les da sentido, y esto ya es sumamente complicado. Este aspecto es fundamental para comprender el motivo por el cual, en la discusión con la derecha israelí, no hay forma de convencerlo de que marchamos por mal camino, que la ocupación debe acabar.

Esta resistencia al cambio responde al hecho de que el apego a su ideología no es una postura más entre tantas otras, sino que es parte constitutiva e integral de su identidad, núcleo emocional de su ser. Por ello, señalar las fisuras de su postura no equivale únicamente a demostrar un error concreto, sino a cuestionar su propia identidad. Cuestionar la ocupación no es solo impugnar una posición política: es desafiar su subjetividad, conmover su estructura mental. Los israelíes no "tienen" una ideología, sino que viven dentro de ella y ven el mundo a través de sus lentes. Al igual que la religión para los creyentes, la ideología para la población laica es lo que los constituye como sujetos. Por lo tanto, renunciar a la ocupación no es cambiar de opinión, sino conjurar los parámetros que los define como sujetos. La ideología está anclada en la estructura misma del sujeto, por lo cual es su sostén. El israelí no tiene una ideología: es la ideología lo que lo tiene maniatado de tal forma que no puede ni siquiera confrontarla con la realidad.

Es así que la sociedad israelí mantiene el mismo patrón de pensamiento previo al 7 de octubre, y cada uno de los sectores se aferra a sus posturas anteriores como si nada dramático hubiera sucedido. Yo mismo reconozco continuar aferrado a mis ideas pacifistas, aunque he debido transitar un largo trayecto hasta volver a ellas. Tras el ataque, he estado sumido en la confusión y perturbado por la reacción de colegas palestinos. Durante dos o tres meses no he podido sostener los ideales binacionales que mantenía hasta aquel trágico momento. Las palabras pronunciadas por Yoheved, la esposa de Oded Lifchips, de 84 años de edad, secuestrado y asesinado en Gaza tras dedicar toda su vida a la lucha por la paz y los derechos del pueblo palestino, quien frente a su cadáver exclamó que los gazatíes traicionaron a su marido, resuenan en mi mente con intensidad. Oded, quien, al igual que Vivian Silver

y tantos otros, hasta su último día de vida formó parte de una organización dedicada a aliviar la vida de sus vecinos gazatíes, es la versión un poco más veterana de muchos de los que dedicamos gran parte de nuestra vida a luchar por la paz. Cuando la escucho pronunciar estas duras palabras, no puedo evitar pensar que tal vez también nuestros amigos palestinos serían capaces de traicionarnos ante una situación similar. A consecuencia de ello, he estado al borde de un cambio ideológico. Sin embargo, paulatinamente he vuelto a mis fundamentos. He tenido que hacer un gran esfuerzo intelectual y emocional para comprender que, a pesar de todo, la idea básica de acabar con la ocupación y crear un Estado palestino continúa siendo relevante.

De modo que no solo las posturas se han mantenido firmes, sino que, a partir de aquella fecha fatídica, las diferencias entre los distintos sectores se han polarizado hasta tal punto que cada cual se ha transformado en una amenaza para el prójimo. Antes se trataba de un contrincante, ahora de un enemigo que atenta contra su propia existencia.

Desde la perspectiva izquierdista, la ideología derechista —aquella que insiste en continuar la lucha "hasta el fin de los días"— pone en peligro no solo el futuro del país, sino la vida misma de sus hijos. En cambio, a ojos de la derecha, la postura izquierdista que busca finalizar la guerra para alcanzar algún acuerdo político fortalece a los palestinos, debilita la seguridad nacional y por tanto pone en riesgo su propia existencia. La derecha sostiene que el Estado palestino que la izquierda impulsa se convertirá indefectiblemente en una base del islam extremista, mientras que la izquierda sostiene que la ocupación indefinida de tierras palestinas llevará inexorablemente al colapso del Estado de Israel. En otras palabras, siempre hemos tenido intereses opuestos, pero en épocas relativamente estables hemos podido coexistir, mientras que en el contexto de guerra estas divergencias son incompatibles. Esto sugiere que cuando acabe este capítulo de guerra la sociedad israelí quedará más fracturada que nunca, lo que acelerará el proceso de descomposición interna que ya está en camino.

EL RELATO DE DERECHAS Y DE IZQUIERDAS

Si bien hemos descrito, a vuelo de pájaro, las divergencias entre derecha e izquierda, vale la pena profundizar un poco más en este tema. La disputa entre ambas ideologías es multifacética, abarca todos y cada uno de los temas que engloban la vida en Israel y justificaría con creces la redacción de un libro dedicado exclusivamente a ella. La línea divisoria entre ambos bandos pasa por lo ideológico, lo político, lo religioso y sobre todo por el plano identitario, lo que transforma las relaciones humanas en un diálogo de sordos. Sin embargo, en este capítulo me centraré tan solo en dos aspectos críticos: el desarrollo de la contienda y los modelos de salida de este embrollo. Dejo para más adelante las diferencias ideológicas entre ambos bandos.

El relato derechista sostiene que el ataque del 7 de octubre confirmó la veracidad de su postura y que a partir de aquel momento la izquierda debe reconocer que no hay con quién hablar ni de qué hablar. Según esta visión, los palestinos no buscan compromiso alguno, así como tampoco ninguna fórmula de convivencia, sino que pretenden, ante todo, la desaparición de Israel. Para ellos, toda la tierra es palestina y los judíos son usurpadores colonialistas europeos cuyo destino será similar al de los cruzados que, después de 192 años de ocupación, fueron expulsados por el sultán Saladino. En este punto —aseguran— no existe diferencia sustancial entre Hamás y Fatah. Ambos movimientos han desenmascarado la ilusión pacifista y demostrado con creces que no hay interlocutor válido para la paz, y que entregar territorios estratégicos a un enemigo eterno no es un gesto de valentía política, sino un acto de irresponsabilidad histórica. Desde esta perspectiva, la posición de la izquierda —que aboga por el diálogo y la retirada—, no es sino una fantasía que debilita y pone en riesgo la seguridad nacional. Los Acuerdos de Oslo, firmados por Rabin y Arafat entre 1993 y 1995, han asestado un golpe fatal a la seguridad israelí, dado que, justo cuando los palestinos parecían estar a punto de resignarse a vivir bajo la ocupación, aquellos acuerdos despertaron nuevas ansias de independencia, avivando el espíritu de rebelión que desembocó en la segunda intifada y, finalmente, en el actual ataque de Hamás. Esta imputación llega al extremo de sostener que las manifestaciones organizadas por grupos liberales contra la reforma judicial impulsada por el Gobierno fueron uno de los incentivos

del ataque de Hamás. Según esta visión, el movimiento gazatí aprovechó la fractura nacional y la advertencia de miles de reservistas de que se negarían a presentarse al servicio mientras continuaran las reformas para lanzar su ofensiva.

En contraposición, la versión de la izquierda israelí sostiene que los acontecimientos recientes no han hecho más que convalidar su postura básica: la ocupación prolongada de los territorios palestinos es la raíz de todas nuestras desgracias. Desde esta perspectiva, la ocupación y la expansión de los asentamientos no constituyen una garantía de seguridad, sino, por el contrario, una bomba de relojería cuyo estallido es solo cuestión de tiempo. A ojos de la izquierda, el 7 de octubre no fue una confirmación de que "no hay con quién hablar", sino la consecuencia trágica de una política que ha cerrado, sistemáticamente, toda posibilidad de hablar con el enemigo. Más grave aún, Israel mismo es el que ha alimentado al tigre que salió a devorarnos al fomentar la doble política de debilitar sistemáticamente a la Autoridad Palestina asentada en Ramala y reforzar al Hamás de Gaza a fin de bloquear toda posibilidad de entablar negociaciones con los palestinos. No es solo que Hamás ha sido una creación israelí destinada contrarrestar a Fatah, sino que en dos oportunidades Israel los ha fortalecido: durante la evacuación de los asentamientos israelíes de Gaza en 2005, cuando Sharon se negó a coordinar la retirada con Abu Mazen permitiendo que Hamás ocupara el espacio evacuado y, recientemente, cuando Netanyahu consintió que Catar introdujera sumas exorbitantes de dinero destinado a mantener el aparato burocrático de Hamás. Este hecho debería ser suficiente para demostrar que la acusación derechista de que en el lado palestino no hay con quién hablar es producto de la política israelí y no fruto de la idiosincrasia palestina. Los acontecimientos demuestran que no hay más remedio que devolver los territorios conquistados, que el motivo de tanto odio es precisamente la ocupación y, si ella acaba, acabarán también los motivos de aquel odio visceral.

Respecto al desarrollo de la contienda, la derecha sostiene que, si bien efectivamente no hemos concretado todos los objetivos militares proclamados, el motivo radica en que el mismo ejército, o, mejor dicho, la cúpula militar

carece de la motivación y del ímpetu necesarios para derrotar a Hamás. Sobre el excomandante en jefe del ejército, Ertzi Halevi, quien dimitió en enero de 2025, la derecha afirma que, aunque merece ser reconocido como el artífice del contraataque, le faltó el espíritu guerrero necesario para destrozar al enemigo. Argumento similar esgrimen ahora contra el nuevo General en Jefe, Eyal Zamir, quien en reunión de gabinete ha manifestado que el ejército está agobiado, que necesita renovar sus filas con nuevos reclutas debido al alto porcentaje de reservistas que han dejado de presentarse a servicio y no estar en condiciones de sostener la "ciudad humanitaria" que la derecha está empeñada en establecer, así como tampoco la conquista de la ciudad de Gaza decretada por Netanyahu a principios de agosto. De este modo, si los objetivos no han sido logrados, no es culpa del Gobierno, sino del ejército, que no ha cumplido con las directrices gubernamentales.

La izquierda por su parte sostiene que si Israel no ha logrado concretar todos sus objetivos bélicos no se debe a la incapacidad del ejército, sino a que el Gobierno no ha sabido definir objetivos concretos, tan solo dio consignas abstractas y difusas que resuenan bien en boca de políticos populistas, pero que en el campo militar son imposibles de concretar. Destrozar a Hamás en una zona densamente poblada implica aniquilar a cientos de miles de civiles y ni siquiera así Hamás desaparecería de Gaza. Es más, las metas que el Gobierno ha establecido han sido incoherentes, ya que liberar a los rehenes secuestrados y exterminar a Hamás son dos metas que se contradicen. Conquistar la ciudad de Gaza conducirá a la muerte de los rehenes. Más grave aún, la izquierda sostiene que la fase militar ya ha concluido, que Hamás ya está derrotado y que en adelante el Gobierno continuará incitando a la lucha únicamente por motivos políticos, por lo que ya es hora de declarar el alto el fuego y negociar una solución política. Por lo tanto, el único responsable por no haber concretado aquel objetivo ficticio que el Gobierno denomina "la victoria total" es el mismo Gobierno que no ha sabido fijar metas y objetivos claros, concretos y viables.

Estas diferentes posturas evidencian que no hay un denominador común que permita algún tipo de diálogo significativo dentro de Israel. No se trata de una discrepancia académica o teorética: para cada bando la postura del

contrincante no es solo un error de apreciación, sino que representa un peligro real dado que conducirá a un desastre nacional. Esta lógica no deja margen para el diálogo o el compromiso, ceder ante la postura opuesta es percibido como un acto suicida. La derecha puede citar el nombre de algún terrorista que después de liberado ha retomado el camino violento, mientras que la izquierda puede referirse al mismo individuo afirmando que si se acabara la ocupación no tendría motivos para volver a levantar las armas. Esta divergencia habla de una sociedad al borde de un sisma nacional entre aquellos que pretenden perpetuar la guerra y aquellos que buscan acabarla.

Frente a un panorama tan intransigente, tal vez la lucha del movimiento pacifista debiera concentrarse en promover la división interna de Israel en dos entes separados, uno para la derecha religiosa y otro para los liberales. Este enfoque metafórico, pero inspirador, ha sido ya planteado en mis dos libros anteriores —el que habla del futuro de Jerusalén y el que habla del eclipse de la sociedad israelí—. El 7 de octubre no representa tan solo la clausura de una época y la apertura de otra distinta, es la cristalización de un corte tajante entre dos sociedades que ya venían divididas mucho antes del estallido de la guerra: una fundamentalista, dispuesta a luchar hasta el fin de los días, y otra liberal que ya no está dispuesta a sacrificar sus vidas en aras de valores caducos. Esta diferencia de posturas se puede percibir con suma agudeza en los velatorios de los soldados caídos que los noticieros televisivos suelen proyectar, en los cuales vemos familias laicas que no encuentran consuelo en su dolor, mientras que las religiosas-nacionalistas se consuelan con la idea de que esa muerte heroica ha de acelerar la llegada del Mesías. Dos planetas no solo diferentes, sino opuestos, imposibles de enlazar.

Una de las consignas más recurrentes en el curso de esta guerra ha sido "juntos venceremos". Pues ahora es evidente que juntos no hemos vencido, que juntos no podemos convivir y que juntos estamos destinados a caer por el mismo precipicio.

El general retirado Yom-Tov Samia publicó en 2024 un libro titulado *Ajdut o Lamut* (unificación o muerte), en el que afirma que ningún país árabe vecino puede hacer peligrar la existencia del Estado de Israel, mientras que la mayor amenaza al futuro del Estado es el sisma en el que estamos ya

insertos. Samia, con más de 30 años de servicio militar, no es mi intelectual favorito, pero precisamente por ser uno de aquellos militares ubicados en el centro de la opinión pública, y lejos de lo que estilamos denominar "la izquierda", exactamente por eso, su tesis adquiere importancia. A estas alturas de los acontecimientos, está claro que ningún denominador común puede unificar a este pueblo. De modo que, de acuerdo a la tesis de este exgeneral, ante la imposibilidad de consolidar un frente unificado, no cabe duda de que al fin del camino nos espera un precipicio.

TRASTORNOS SOCIALES Y VIOLENCIA FAMILIAR

> "Si ciertas culturas han sido capaces de destruir a otras… las fuerzas destructivas que ellas engendran pueden también actuar hacia dentro".
> Octavio Mannoni, *Prospero and Caliban: The Psychology of Colonization*, 1956

En el momento en que la guerra se prolonga y consume los recursos humanos del país y de cada familia, el núcleo mismo de la sociedad se va desgastando paulatinamente. A estas alturas de los acontecimientos, cuando los cañones y las alarmas siguen aturdiéndonos, se están conformando modos de encarar la vida cotidiana muy preocupantes que todavía no podemos anticipar. No cabe duda de que una sociedad cuya cotidianidad se ve atravesada por una sucesión de acontecimientos traumáticos, donde las amenazas visten diferentes atuendos y existe un estado de alerta permanente, estará marcada por serias secuelas en cada uno y cada una de sus miembros[46]. Centrarme en el impacto que la guerra produce en el seno de la sociedad israelí puede ser interpretado como una falta de ética por mi parte en comparación con la inconmensurable desesperación que se vive en Gaza, sin embargo, quien pretenda entender la progresiva desfiguración del tejido social israelí deberá tener en cuenta también este proceso anormal.

UNA COMUNIDAD ENCERRADA EN SÍ MISMA

Poco después de iniciada la guerra, cuando el mundo comenzó a criticar la reacción desmedida de Israel, la sociedad israelí se encierra en su caparazón convencida de que la crítica internacional es injusta y encubre sentimientos antisemitas. A partir de aquel momento Israel se pliega dentro de sí mismo en un encierro que acarrea consecuencias nefastas.

Desde siempre, Israel ha sido un país cerrado. Debido a sus características étnicas y a la mentalidad de gueto que los emigrantes traían de la diáspora, Israel se constituyó en un Estado peculiar —muy abierto al mundo, pero a la vez cerrado a nivel existencial—. Sus dos centros neurálgicos representan esa dualidad: Tel Aviv, abierta al mundo; Jerusalén, cerrada en sí misma. Sin embargo, pese al contraste entre los dos polos, en lo que respecta al conflicto palestino, las diferencias entre ambos centros son más estrechas de lo que parece, así como las diferencias entre Yair Lapid, líder del bando liberal, y Netayahu son más reducidas de lo que parece. Una sensación continua de amenaza convirtió al país, a nivel psicológico y social, en un gueto deliberado. Israel gira en derredor de sí mismo, autocentrado y autorreferente, inmune a las pruebas de la realidad. Todas sus significaciones responden a un imaginario estrictamente cerrado donde solo tienen cabida respuestas que encajan dentro de su relato, mientras se desecha todo aquello que no concuerda con sus ideas prefijadas. Esa estructura cerrada es básicamente autodestructiva, porque en su seno hay muy poco espacio para mentes genuinamente autónomas. Vivir en un país estructuralmente cerrado conduce a la claustrofobia y obstruye toda sensatez. Por lo tanto, una sociedad cerrada es una sociedad, sin alternativas viables, en la que otras opciones son impensables porque no pueden penetrar en su propio caparazón. Obviamente, un país cerrado es incapaz de llegar a acuerdos con sus vecinos, no hay espacio para negociar ni incentivo que conceder. Lo que subyace detrás de una sociedad cerrada es la incapacidad de reflexión, de autocrítica, de cuestionar viejas premisas, condiciones básicas sin las cuales todo marco social está condenado a decaer. “La reflexion crítica es la esencia de toda política genuina”, escribe Zygmunt Bauman[47]. Por ello, en Israel abunda la politiquería populista y es muy difícil encontrar política genuina, y mucho menos democracia en el sentido amplio de la palabra, o sea, no solo en su

estructura formal, sino en su esencia.

TRASTORNOS FAMILIARES

Está ya sobradamente documentado el hecho de que, a partir del estallido de la guerra, el nivel general de estrés y ansiedad en la población ha aumentado significativamente. Múltiples estadísticas efectuadas desde 2023 muestran un incremento del 180% en el consumo de drogas antidepresivas y del 70% en el consumo de calmantes contra dolores. Datos publicados en julio de 2025 por la clínica de asistencia telefónica Natal revelan que a partir del inicio de la contienda el número de llamadas aumentó en un promedio de 160 llamadas semanales a 1.800 llamadas diarias. A medida que la guerra se "naturalizaba", el promedio fue reduciéndose hasta llegar, a día de hoy, a un número de entre 600 y 700 llamadas semanales[48]. Durante la guerra con Irán, estos números aumentaron considerablemente.

Medios de comunicación, así como también estudios académicos, informan que desde el inicio de la guerra la violencia intrafamiliar ha aumentado drásticamente. Se trata de un fenómeno ampliamente documentado. La estrecha relación entre guerra y violencia doméstica ha sido estudiada en distintos contextos y, en el caso de Israel, analizada ya en guerras anteriores. En un entorno bélico, la tolerancia se erosiona día a día afectando a toda la sociedad, pero sobre todo a los jóvenes soldados. El grado de violencia ejercido en Gaza ha difuminado los límites entre lo permitido y lo prohibido en el uso de la fuerza. Cuando esos límites se traspasan, cuando los mecanismos de contención se debilitan y la fuerza bruta se legitima, la violencia deja de ser una excepción para instalarse como hábito en la vida civil, en las calles e incluso en el hogar. "Tarde o temprano, se cosechará en el lugar propio lo que se habrá sembrado en el extranjero", escribe Mbembe[49], y el caso israelí demuestra cuánta razón tiene.

Muchos son los soldados que, al regresar a sus hogares, carecen de la fortaleza mental necesaria para impedir que la energía letal acumulada en el frente traspase el umbral familiar. Se requiere una personalidad excepcional para dejar esa pulsión destructiva confinada en el cuartel y no trasladarla al

espacio civil durante cada asueto. Cada soldado acarrea la guerra consigo, en su mochila, junto a la ropa sucia, viaja también la pulsión que puede activarse ante el más mínimo estímulo. "Algunos soldados regresan a sus casas y sus madres los temen", afirma Daniela Shapiro, asistenta social especializada en violencia familiar[50]. En su clínica recibe a madres que cuentan que sus hijos regresan a casa ensimismados, irritables, tensos, en estado de alerta y sumamente reactivos. Cualquier cosa los sobresalta. Gritan, dan portazos, se encierran. Las madres intentan acudir en su ayuda, pero ellos no permiten que se acerquen. Algunas madres señalan que experimentan un sentimiento de temor frente a sus propios hijos, un temor derivado de conductas imprevisibles y de reacciones desproporcionadas o agresivas. En realidad, nadie sabe con precisión qué extensión tiene este fenómeno. Esposas de reservistas cuentan que sus maridos vuelven violentos, que ellas y sus hijos viven con miedo, pero que no quieren denunciarlos por el estigma que conlleva y por el temor a que pierdan su trabajo, que es la fuente de ingresos de la familia. Como el genio liberado de su lámpara, una vez terminada la guerra, resulta casi imposible devolver la pulsión destructiva a su encierro, más aún cuando el propio Gobierno insiste en que la próxima guerra ya está en camino. Esa pulsión actúa por sí sola, como un autómata —en el sentido lacaniano del término—, una repetición mecánica e insistente que escapa a todo control consciente. Demasiada tensión ha acumulado el joven soldado como para que desaparezca al llegar a casa y quitarse el uniforme. Las pulsiones no se domestican con facilidad, siguen intoxicando todo a su alrededor hasta alcanzar incluso a los seres más queridos.

Un estudio publicado por una organización de mujeres a comienzos de 2025, que analizó los niveles de violencia en parejas jóvenes en las que uno de los miembros había participado en combates, reveló que desde el inicio de la guerra la violencia verbal o física aumentó entre un 30% y un 45%. Muchos de estos hombres reconocen que ya no logran controlarse y que, ante cualquier malentendido, reaccionan con agresividad. El fenómeno también alcanza a parejas en las que ninguno de sus miembros participó directamente en combates, pero que, al permanecer expuestos de forma constante a los medios de comunicación, experimentaron la violencia a través de las

pantallas.

Los efectos de la guerra en niños y adolescentes dependen, obviamente, del grado de exposición a eventos traumáticos. Podemos identificar con claridad dos grupos. El primero está compuesto por jóvenes que han vivido de forma directa ataques, muertes o heridas, y que han quedado inevitablemente marcados para siempre, y por jóvenes que, al residir en zonas fronterizas de alto riesgo, han debido evacuar sus hogares y pasar más de un año en residencias provisionales. Estos jóvenes, a día de hoy, no han logrado recuperar la normalidad, y solo el paso del tiempo permitirá vislumbrar las secuelas reales. El segundo grupo, mucho más numeroso, incluye a jóvenes que, sin haber experimentado la guerra en carne propia, la viven a través de múltiples canales indirectos e invisibles: la tensión que invade el hogar cuando un padre o un hermano es reclutado, la angustia familiar, unida a las noticias que atañen a seres queridos, las pegatinas que recuerdan a soldados caídos, imposibles de ignorar. Esas miradas impresas te siguen a todas partes, dejando huellas de miedo, de odio o de ambos sentimientos a la vez.

Y eso no es todo. En las calles, los jóvenes ven una multitud armada: soldados cargando rifles, civiles con pistolas en la cintura. En muchos casos, dentro de su propia casa, ellos ven a sus padres salir a la calle armados. Cuando las armas se convierten en un objeto cotidiano, cuando llevar una pistola a la cintura parece lo más natural, el joven internaliza la idea de que los problemas se resuelven con ellas. Esta lógica se aplica tanto a discusiones callejeras como a disputas nacionales.

La convicción de que el conflicto con los palestinos solo puede resolverse por la vía armada nace de esa visión del mundo. El "peligro" no se limita a un terrorista armado: también puede ser una sensación subjetiva. Si un palestino se acerca con una mirada nerviosa, puedo —y debo— desenfundar el arma. Y, como escribió Borges, muchas veces es el arma la que tiene vida propia y obliga a su dueño a disparar.

También los niños están profundamente marcados por la guerra. No existe prácticamente ningún niño de cuatro o cinco años que no haya escuchado la palabra "terroristas" o "secuestrados", y aunque resulte difícil entablar con ellos una conversación estructurada sobre el tema, ello no impide que

elaboren representaciones imaginarias a partir de lo que escuchan y ven. Es igualmente raro encontrar un niño que no reconozca las imágenes de infantes y bebés secuestrados. Dichas imágenes se infiltran inevitablemente en el pensamiento del niño, que, al encontrarse con que otros niños de su misma edad han sido arrancados de su entorno protector y no han regresado, se preguntan en su fuero interno si también a ellos podría sucederles algo similar. En un entorno donde ni padres ni maestras de educación infantil saben cómo encarar un tema tan delicado, la amenaza permanece, se interioriza y se convierte en parte constitutiva de la subjetividad infantil. Los niños escuchan todo, perciben todo; tal vez, no siempre de manera consciente o racional, pero sí con el corazón, y este capta con precisión aquello que los adultos desearían preservar en silencio.

Todo ello apunta a una conclusión inquietante: Israel está entrando en un estado de trauma colectivo que le impedirá encontrar una salida al conflicto y que marcará también a las próximas generaciones.

Como si fuera poco, la guerra también ha dejado profundas secuelas en el ámbito laboral. Muchos comerciantes movilizados han debido cerrar sus negocios por largos periodos, sumando a la ansiedad propia de la guerra la preocupación por la falta de ingresos. Si bien el Estado ofrece indemnizaciones, las sumas rara vez cubren las perdidas reales.

Entre los asalariados, la reiterada convocatoria de hombres a los servicios de reserva erosiona progresivamente su seguridad laboral. Lugares de trabajo, que en las etapas iniciales del conflicto mostraban cierta comprensión, se muestran ahora menos tolerantes. Es común escuchar que empresarios, agotados por la ausencia recurrente de empleados movilizados, empiezan a verlos como una carga. Esto genera un fuerte conflicto entre el reservista que acude al servicio cada vez que lo llaman —por patriotismo o lealtad a sus camaradas— y el patrón, que le sugiere (por no decir exige) buscar excusas para no presentarse a servicio al igual que hacen otros empleados. En muchos casos, el puesto es ocupado temporalmente por un sustituto que se esfuerza por ganarse la confianza del jefe y retener el empleo a costa del reservista en servicio. El temor a perder el trabajo se instala entonces entre los reservistas, exacerbando su estrés y alimentando una espiral de tensión y furia nunca

antes vivido. Este cambio de clima representa otro golpe fatal al mito de la solidaridad que cada vez se ve más erosionado y acelera el proceso de descomposición nacional en el que estamos ya sumergidos.

CAPÍTULO 6

TEOLOGÍA DE LA DESTRUCCIÓN

Otra evidencia de que la guerra saca a relucir lo más mezquino de un pueblo es la teología que ha suscitado en su entorno y las interpretaciones místicas que ven en ella "la mano de Dios". Dejemos claro antes de entrar de lleno en el tema que el judaísmo, al igual que todas las religiones monoteístas, contiene en su interior elementos que pueden conducir tanto a extremos crueles como a visiones humanistas. La Biblia da para todo: con ella en mano, es posible justificar asesinatos indiscriminados, así como también esbozar utopías de fraternidad y paz universal.

Ya abordé en mi libro anterior este fenómeno insólito por el cual círculos mesiánicos interpretan el ataque del 7 de octubre como un signo inequívoco de la inminente llegada del Mesías. "Un milagro", exclaman emocionadas figuras centrales del ultraderechismo religioso conmovidas ante la posibilidad de reanudar la colonización israelí en Gaza, expulsar a los gazatíes y derrotar a Hezbolá e Irán —todo ello, por supuesto, por obra directa de Dios—. De acuerdo a esta visión mesianista, estos "milagros" acarrean una llamada celestial a anexar Cisjordania y eliminar, de una vez por todas, la idea herética de establecer un Estado palestino en la Tierra de Israel. Dios sabe lo que hace, explican, y agregan que las fuentes tradicionales del judaísmo confirman que hay momentos históricos en los que el Creador debe provocar un *shock* destinado a despertar a su pueblo. El ataque del 7 de octubre, sostienen, fue precisamente eso: un sacudón divino, un instrumento de redención para el pueblo judío.

El liderazgo nacional-religioso, en contraposición con la prudencia en cuestiones mesiánicas que caracterizaba a la dirigencia rabínica tiempo atrás, ha perdido ahora toda mesura. De acuerdo a su interpretación, estamos en el apogeo de una guerra santa. He aquí la "yihad judía", hermana gemela de la "yihad islámica". La derrota iraní, por ejemplo, no es un hecho fortuito, sino parte de un plan divino y prueba contundente de que el Mesías ya se encuentra a las puertas. Es hora, dicen, de despertar al pueblo y convencer a los escépticos de que estamos viviendo un milagro en toda regla.

Lo curioso es que esta misión sagrada está siendo llevada a cabo por un líder judío laico —Netanyahu—, apoyado por un líder evangélico —Trump—, y todo gracias al ataque de un grupo islamista. ¡Qué vueltas tan extravagantes da ese Dios para transmitir su mensaje!

Y como en toda teología militante, también aquí se despliega un andamiaje doctrinal que legitima la violencia. Toda la maraña de atrocidades que Israel comete en Gaza —incluida la aniquilación de civiles, mujeres y niños— no podría sostenerse sin el respaldo de una teología que la justifique.

El personaje más influyente dentro de esta corriente teológica es el rabino Itzhak Ginzburg (1944), líder espiritual de los colonos ultranacionalistas, promotor de una visión de redención judía activa que, a diferencia del mesianismo pasivo propio del judaísmo diaspórico, exige ser acelerada por obra de la acción humana —incluso violenta si es necesario—. El extremismo de Ginzburg tiene ya una larga trayectoria. En 1994, redactó un texto incendiario que alababa a Baruch Goldstein, autor de la masacre en la mezquita de Hebrón, donde fueron asesinados 29 palestinos. En ese escrito, Ginzburg sostenía que, en determinadas circunstancias, matar árabes puede ser considerado un "acto sagrado", siempre que esté motivado por la "pureza del alma" y el deseo de salvaguardar la existencia de Israel.

Ese texto ponzoñoso lo convirtió en una figura de referencia en todo lo relacionado con las reglas que el judaísmo impone en tiempos de guerra, incluyendo interpretaciones basadas en textos esotéricos que afirman que, tratándose de salvar vidas judías en peligro, el judaísmo no solo permite, sino que exige la matanza de civiles. El principio bíblico que debe guiar al pueblo, según esta visión, es aquel que ordena que "si alguien viene a matarte, adelántate a matarlo" (Talmud Babli: Sanhedrin). Este precepto, si bien responde a una lógica bélica, ha sido llevado a extremos escalofriantes. De acuerdo a la interpretación de sus adeptos, dado que todo árabe en su fuero interno alberga la intención de matar judíos, está permitido —e incluso moralmente justificado— matarlo antes de que tenga la oportunidad de concretarlo. En otras palabras, imbuidos de un odio visceral hacia todo lo palestino, estos rabinos han

otorgado licencia para matar, sin mayor remordimiento. En los bombardeos masivos sobre zonas civiles o en los discursos políticos que describen a los palestinos como enemigos ontológicos del pueblo judío, resuena con fuerza ese mandato que justifica la "aniquilación preventiva" del otro, aun sin necesidad de que haya cometido agresión alguna. A partir del 7 de octubre, este mismo rabino afirma que la crueldad que Hamás ha desatado evidencia que ellos son la versión actual de Amalek, por lo cual tenemos la obligación de actuar de acuerdo al mandamiento que exige exterminar su presencia de la faz de la tierra.

Otro ejemplo alarmante del uso de esta visión homicida es el polémico libro *Torat Hamelech* (2009), escrito por los rabinos Yitzhak Shapira y Yosef Elitzur, ambos vinculados a Ginzburg. Este libro sostiene que todas las guerras de Israel lo son por la supervivencia del pueblo judío y, por lo tanto, tienen un componente celestial que no distingue entre enemigos activos y enemigos potenciales. La ley judía, sostienen estos rabinos, permite matar civiles dado que los descendientes de Amalek "heredan el odio" de sus padres y, por lo tanto, representan un "peligro futuro". Aunque este texto fue ampliamente condenado en la prensa israelí y objeto de investigaciones judiciales, nunca se prohibió ni condenó a sus autores, quienes alegaron que dicho texto está amparado por la libertad de expresión y no intenta incitar a la matanza, sino tan solo reflejar una postura existente dentro del judaísmo.

Otro rabino influyente en círculos religiosos-nacionalistas es Uri Cherky, quien, basándose en conceptos bíblicos, sostiene que hay un solo parámetro que condiciona la guerra, un único criterio válido que determina si la guerra es justa o es injusta —si es injusta, está prohibido matar civiles, pero si es una guerra justa hay que hacer todo lo necesario para ganarla, incluyendo matar civiles—. Si se trata de una guerra justa, matar al enemigo, incluyendo toda la población civil que lo ampara, es ético y moral. Este argumento es ampliamente utilizado por aquellos que apoyan la política de la hambruna, ya que alimentar al enemigo implica fortalecerlo, acto no solo contraproducente, sino que contradice la ley judía. Es probable que entre los civiles haya gente inocente, agrega Sharky, pero dado que aquellos civiles son gente querida por los terroristas que pretenden aniquilarnos, si matamos nosotros a esos civiles quebramos el espíritu de los terroristas y debilitamos al enemigo.

El rabino Shmuel Eliyahu es otro exponente de este judaísmo homicida. En sus sermones ha llegado a manifestar que el riesgo de que los secuestrados israelíes puedan morir a raíz de los bombardeos masivos es un precio que debemos pagar para concretar el mandamiento de exterminar a Amalek. De acuerdo con este rabino, también la venganza está amparada por la Biblia, la cual exige exterminar no solo a quien cometió un crimen, sino a toda la población en la que el criminal reside, tal como figura en la narración bíblica de los hermanos Shimon y Levi, quienes mataron a toda la población de Nablus vengando la violación de su hermana Dina. Esta lógica asesina se extiende a todos los aspectos de la guerra. La distribución de alimentos que fortalecen al enemigo pone en peligro al ejército, por lo cual, el judaísmo impone evitar el ingreso a Gaza de asistencia alimentaria y médica. Este precepto ha llegado hasta tal punto de transgresión que el rabino Dov Lior formuló un edicto rabínico concediendo permiso a bloquear la entrada de transportes con asistencia médica o alimentos incluso durante el sábado, día sagrado en el que está prohibido todo acarreo y locomoción. Este rabino, es el mismo que durante la operación Margen Protector contra Gaza, en julio de 2014, formuló otro edicto virulento declarando que la Torá expresa explícitamente que cuando el pueblo judío es víctima de un ataque no se deben hacer cálculos sobre posibles daños colaterales entre la población civil, estando también permitido asentar castigos colectivos. Según este mandamiento, este rabino manifiesta una severa crítica a la aplicación de las convenciones internacionales que prohíben atacar a poblaciones civiles en tiempos de guerra, normas que contradicen la ley judía. En la misma línea, rechaza cualquier principio democrático y expresa la necesidad de transformar Israel en una teocracia judía despojada de todo vestigio democrático.

Esta visión teológica no se limita a épocas de guerra. Para gran parte de las posturas mesianistas, la mera presencia palestina contamina la Tierra de Israel y retrasa la llegada del Mesías. La posesión plena de la Tierra de Israel es un requisito previo para la redención, por lo cual, hay que desterrar al árabe o, en caso de no ser viable, permitirle residir en la Tierra de Israel como residente de segunda clase, siempre y cuando acate las ordenanzas de Israel.

Esta postura teológica va más allá todavía. No solo considera que el pueblo palestino retrasa la redención, sino también el judaísmo laico y las instituciones democráticas del Estado, que, a su juicio, apartan al pueblo del judaísmo verdadero. De acuerdo a esta interpretación, todos los que no concuerdan con su visión mesiánica somos herejes, o sea, enemigos no solo de Israel, sino también de Dios. Esta teología abre la puerta a formas de violencia

simbólica y material contra todo aquel que no se somete al proyecto mesiánico. Yo mismo, solo por mi condición de laico, soy catalogado como un obstáculo para la redención, lo que en un contexto de radicalización podría incluso justificar una agresión personal en nombre de la fe.

El uso infame de preceptos bíblicos por parte de Ginzburg y sus discípulos representa una peligrosa instrumentalización de la teología para justificar políticas de exterminio, ocupación y limpieza étnica. No es una metáfora, sino una doctrina de guerra religiosa aplicada a poblaciones reales —convertidas en una amenaza ética, política y teológica—. Esta ideología que asocia a los palestinos con Amalek se ha filtrado explícitamente en amplios círculos del sistema militar israelí; muchos son los que inspirados en estas prédicas miserables se toman el permiso de matar a diestra y siniestra. Conceptos centrales de esa ideología han penetrado en amplios sectores del Ejército israelí y en su *ethos* operativo. Quien fuera rabino mayor del Ejército, Avichai Rontzki (2006-2010), muy allegado al rabino Ginzburg, distribuyó durante la operación Plomo Fundido (Gaza, 2008-2009) panfletos que incitaban a destruir sin piedad al enemigo justificándolo como actos sagrados, hasta tal punto, que el soldado que mata en nombre de Dios eleva su alma, se aproxima a las esferas celestiales y al mismísimo Dios. El Rabino Shmuel Eliyahu, anteriormente mencionado, si bien no es militar pero sí un asiduo orador en bases militares, ha dicho públicamente: "Debemos aprender de lo que hizo el rey Saúl con Amalek. No tener misericordia con nuestros enemigos". Y agrega que nuestro modelo de conducta debe ser el de Sansón, quien tirando abajo las columnas del palacio de los filisteos, mató a todos los que allí se encontraban, sin hacer distinción entre culpables e inocentes[51].

De este modo, el problema radica en la difusa frontera entre doctrina religiosa y práctica militar. Aunque este colectivo de rabinos mesianistas son minoría, su influencia trasciende su peso numérico. El Gobierno de Israel permite y fomenta la labor de personajes que degeneraron la esencia del judaísmo y deformaron su razón de ser. Esta gente debe ser condenada por crímenes contra la humanidad no solo por la contaminación moral que generan, sino por su responsabilidad directa de las barbaridades que el ejército israelí comete en Gaza.

No hay pueblo que en algún momento de su historia no haya engendrado sus propios Torquemadas, engendros burdos y espeluznantes que creen hablar en nombre de Dios. En Israel, en los últimos años, han surgido grupos marginales de la peor calaña, prueba indiscutible de que la genética puede producir mutaciones de la más rara especie: un judío puede convertirse en nazi con facilidad. Avrum Burg escribe: "Estar con ellos es alinearse con las fuerzas ruinosas de nuestro pasado […]. Estar con ellos es abrazar los mandatos bíblicos de aniquilación de las naciones originarias y el mito del suicidio colectivo en Masada. Es seguir una cultura separatista y supremacista: un mundo donde los no judíos son despreciados y los judíos son elegidos y exaltados"[52]. Degenerados de esta índole siempre los ha habido, solo que últimamente, avalados por un Gobierno fascista, se permiten predicar en voz alta. Lo que estos círculos religiosos nacionalistas promueven es la versión más racista y más violenta del judaísmo, aquella de la supremacía, que conducirá indefectiblemente a un precipicio tanto al Estado como al judaísmo.

EL PRECIO POR LA LIBERACIÓN DE REHENES

> uando se acepta la muerte de los propios,
>
> l enemigo ya no está afuera, sino adentro.

Amparados por esta teología homicida, ciertos círculos derechistas han urdido una construcción siniestra que les permite justificar la negativa a pagar el precio exigido por la liberación de los secuestrados que agonizan en los túneles de Gaza. El argumento es simple y crudo: el precio a pagar es tan alto que no merece la pena. Según esta lógica, los miles de prisioneros palestinos que Israel debería liberar a cambio de unas decenas de rehenes vivos no tardarán en retomar la senda del terror. Así como Yahya Sinwar fue liberado en el canje por el soldado Shalit y años después planificó el 7 de octubre, hoy —dicen— estaríamos liberando al "Sinwar del mañana".

De acuerdo con esto, dado que esos mismos terroristas liberados matarían israelíes en un futuro cercano, el canje de secuestrados por terroristas es un acto inmoral[53]. El terrorista de ayer sería el terrorista de mañana, porque —afirman— el odio corre por su sangre, ya conoce la prisión israelí y no la teme, goza de prestigio y honor entre los suyos, y tarde o temprano volverá a ser liberado en un nuevo intercambio que sus compatriotas se encargarán de

forzar mediante nuevos secuestros.

Este debate se plantea dentro de una racionalidad tecnocrática de "gestión de riesgos" en la que las vidas humanas —propias y ajenas— se convierten en variables intercambiables. El núcleo de la posición derechista responde a la lógica del sacrificio anticipado: mejor perder unos pocos rehenes hoy que miles de vidas mañana. Bajo la apariencia de una decisión "dura pero responsable", se oculta en realidad una perversión moral. Quienes alegan preocupación por un futuro ataque ponen en evidencia una profunda desconfianza hacia el ejército israelí, ya que bien podrían formular la cuestión de otro modo: primero rescatar a los rehenes y, posteriormente, adoptar las medidas necesarias para impedir que un nuevo 7 de octubre vuelva a ocurrir. Para que un ataque semejante se repita, deben darse dos condiciones: terroristas dispuestos a actuar y un ejército incapaz de detenerlos. De ahí que resultaría más razonable que esos mismos sectores derechistas que hoy renuncian a los rehenes por temor al futuro concentraran sus esfuerzos en fortalecer al ejército, en lugar de sacrificar vidas concretas en nombre de amenazas abstractas. No existe contradicción entre rescatar rehenes y prevenir riesgos: basta con preparar a las fuerzas armadas para contener eventuales ataques en el futuro.

Esta lógica se aplicó sin titubeos durante la guerra con Irán en junio pasado. Según información filtrada de las deliberaciones del gabinete de guerra, las estimaciones militares calculaban que el eventual contraataque iraní costaría al menos 800 vidas civiles. Aun así, la decisión fue atacar bajo el argumento de que, de no hacerlo, el precio a pagar en el futuro sería mucho mayor cuando Irán obtuviera la bomba nuclear.

Más grave aún, la derecha no dice toda la verdad respecto a la liberación de rehenes secuestrados. La postura derechista oculta un hecho incómodo: la liberación de los rehenes lleva aparejados dos compromisos que Israel no está dispuesto a asumir. Primero, la finalización de la guerra, lo que implica la retirada de las tropas de los territorios conquistados y el retorno de los gazatíes desplazados a sus hogares. Segundo —y más decisivo—, el inicio de conversaciones sobre el futuro de Gaza, que inevitablemente abrirían la puerta a negociar sobre el futuro de la Autoridad Palestina.

Este es el punto que resulta inasumible para Israel. En el contexto geopolítico actual, con cada vez más países los que reconocen al Estado palestino, la Autoridad Palestina se ha convertido en un actor central, imposible de eludir. Para Netanyahu, esto sería un golpe fatal: se ha propuesto pasar a la historia como quien abortó, de una vez y para siempre, la idea del Estado palestino. No en vano, en una rueda de prensa a principios de agosto, declaró abiertamente que Israel busca un agente local que gobierne Gaza sin vínculos ni con Hamás ni con la Autoridad Palestina.

Para evitar llegar a esa fase de negociación, Israel sacrifica a los secuestrados sin el menor remordimiento. Este, y no otro, es el verdadero motivo por el que ha renunciado a rescatarlos.

Para dimensionar lo espeluznante de esta postura, conviene recordar que el teólogo más influyente de la historia del judaísmo, Maimónides, escribió de forma explícita que el rescate de rehenes es el mandamiento más importante de la Torá. Nada, afirma, es más relevante que salvar a un rehén, y no existe excusa que justifique eludir este deber (Mishné Torá, 8:10). Por lo tanto, los rabinos que hoy reclaman continuar la guerra y se niegan a intercambiar prisioneros palestinos por rehenes judíos están transgrediendo abiertamente los escritos de la máxima autoridad teológica del judaísmo, fuente esencial de todo el pensamiento judío contemporáneo.

Y no solo contradicen a Maimónides. El propio Talmud desarrolla una controversia entre dos conceptos jurídicos: *vaday* (seguro) y *shema* (tal vez). En situaciones de riesgo, enseña el Talmud, hay que optar por el camino seguro, no por aquel que "tal vez" pueda complicar la situación (Talmud Babli, masejet Nezikín). En otras palabras, si es seguro que los rehenes morirán en Gaza si no se los intercambia, y solo es posible —no seguro— que los terroristas liberados vuelvan a las armas, la liberación de los rehenes debe ser prioritaria. Así, la postura de estos rabinos fundamentalistas no solo viola la enseñanza de la máxima autoridad rabínica, sino que contradice las bases mismas del judaísmo normativo. Basta con estos dos ejemplos para mostrar hasta qué punto ha caído el judaísmo en Israel bajo la égida de un yihadismo judío que distorsiona las propias fuentes de su tradición.

Este razonamiento fatalista dispuesto a sacrificar a los rehenes de hoy para evitar víctimas mañana suena coherente para aquellos que son incapaces de concebir un futuro de convivencia con el pueblo palestino. En tanto el conflicto palestino-israelí siga sangrando, aquel modelo de pensamiento podría tener lógica propia. Lo que el israelí no contempla es la posibilidad de que, con un acuerdo de paz, el terrorismo pierda su razón de ser. Ningún palestino

nace terrorista: adopta la violencia cuando no ve salida a la miseria en la que vive. Para que un prisionero liberado, o un joven gazatí sediento de venganza por la muerte de sus seres queridos, abandone la lucha, es imprescindible ofrecerle un horizonte de paz y un futuro mejor para él y sus hijos.

En países sensatos, esta conclusión sería obvia. En Israel es un escenario imposible de imaginar. En el repertorio de escenarios futuros, la alternativa pacifista brilla por su ausencia. La gente no cree que sea posible alcanzar un acuerdo con el pueblo palestino, por lo cual solo resta seguir luchando, aunque ello implique la muerte de los propios rehenes. Así, el precio de 20 rehenes muertos frente a cantidades hipotéticas exorbitantes de víctimas que serán asesinadas en el futuro por prisioneros liberados se presenta como un "precio razonable". Cuando se acepta la muerte de los propios, el enemigo ya no está afuera, sino adentro.

CAPÍTULO 7

EL PANORAMA POLÍTICO ACTUAL

LA IZQUIERDA ISRAELÍ

> "Nadar. Si es preciso, contra la corriente, y seguir nadando durante todo el tiempo que haga falta para que otros nadadores se unan al esfuerzo y poder lograr, mediante el esfuerzo conjunto, que la corriente cambie de dirección".
>
> ZYGMUNT BAUMAN, *En busca de la política*, 2009

Me propongo a continuación analizar las vicisitudes del estrecho movimiento pacifista israelí. Sin embargo, para ser sincero, se trata de una expedición por los parajes de mi propia biografía. Escribo sobre mis propios dilemas, aunque en plural, ya que, en estos precisos momentos, todos y cada uno de mis compañeros de viaje estamos en la misma encrucijada.

Antes de entrar de lleno en el tema, se impone una descripción somera de su estado actual, o tal vez sería más apropiado decir "un parte médico de su deplorable estado de salud". Este análisis estará centrado en los partidos judíos y deja de lado el bloque árabe israelí, que gira en torno a diez o doce escaños en el Parlamento.

En el ámbito parlamentario, tras las últimas elecciones de noviembre de 2022, el único partido político judío-israelí de izquierda por definición, Meretz, no logró traspasar el umbral mínimo del 3,25% de los votos necesario para entrar en el Parlamento. El partido laborista, de afiliación socialdemócrata, fundador del Estado de Israel y del cual surgieron figuras emblemáticas como Ben-Gurión, Golda Meir, Rabin, Peres y demás, logró tan solo cuatro escaños. De modo que el panorama político no deja lugar a dudas

de que la izquierda se encuentra al borde de la desaparición. Sin embargo, la percepción del israelí promedio es totalmente distinta dado que la derecha denomina "izquierda" a todo aquel que se opone al Gobierno de Netanyahu, incluyendo partidos políticos situados en una escala que va desde la derecha moderada al neoliberalismo, que de izquierdas no tiene nada. El uso de esta etiqueta no es solo un error de apreciación, sino una estrategia perniciosa destinada a envilecer la imagen de todos aquellos partidos opositores valiéndose de la connotación negativa adosada al vocablo "izquierda". El término está tan desfigurado que incluso el laborismo ha modificado su nombre cambiándolo por "demócratas" en un intento (infructuoso, debemos reconocer) de perfilarse como partido de centro y ya no de izquierda. Cabe destacar que los últimos sondeos les adjudican a los demócratas de diez a doce escaños, lo que de por sí es sumamente gratificante, pero no debe confundirnos. Ellos no son izquierda, tal como lo refleja la reciente crítica de su líder, Yair Golan, a aquellos países que anunciaron reconocer al Estado palestino en la próxima asamblea de las Naciones Unidas. Crítica que contradice todo aquello que representa la clásica postura de izquierdas. En este asunto es interesante destacar que, en el curso de esta guerra, el término "izquierdista" en Israel está íntimamente asociado a "antisemita" dada la crítica que están elevando Gobiernos europeos de corte socialista, al igual que la Corte Internacional de Justicia y movimientos civiles proderechos humanos, por lo cual izquierdismo y antisemitismo son vistos como dos caras de la misma moneda.

En el ámbito de la sociedad civil podemos encontrar una docena de organizaciones que llevan adelante una labor valiosa y digna de destacar cuya resonancia va más allá de su peso político. Su presencia en las plazas es significativa y a la par que miles de manifestantes que enarbolan banderas amarillas por la liberación de los rehenes en Gaza, estas organizaciones alzan también pancartas que llaman abiertamente a finalizar la guerra y retirar a las fuerzas armadas de la Franja de Gaza, e incluso muestran imágenes de niños muertos o hambrientos en Gaza. Algunas ONG veteranas, como Peace Now o Gush Shalom, han decaído, otras como Betzelem, Breaking the Silence, Combaters for Peace, Circle of Parents, Yesh Gvul, Médicos Pro-Derechos

Humanos, continúan su labor bajo condiciones cada vez más complejas. Otras nuevas y energéticas han surgido, entre ellas destacan Omdim Beyajad (de pie, juntos: judíos y árabes), Zazim (nos movemos), una nueva e interesante organización de corte religioso moderado llamada La Izquierda Creyente, la cual intenta rescatar al judaísmo de las garras del mesianismo derechista, y una larga lista de mujeres y hombres que hacen maravillas a título personal, como Adi Ronen Argov que publica diariamente información sobre las historias más horripilantes que el ejército ejecuta en Gaza.

Una vez aclarado el panorama político, pasemos a desarrollar algunas reflexiones de fondo sobre el tema.

El trayecto del movimiento pacifista desde el estallido de la guerra hasta hoy puede dividirse en dos etapas. Durante el primer año, cuando la sociedad aún estaba conmocionada por la magnitud del ataque, la disposición a escuchar su mensaje fue prácticamente nula. En cambio, en este segundo año, a la luz de la intransigencia gubernamental frente al tema de los secuestrados, junto con la progresiva comprensión de que la guerra ha ingresado en una etapa política orientada principalmente a los intereses de Netanyahu y no a consideraciones de seguridad nacional, ha generado condiciones más favorables para la recepción de las demandas pacifistas.

Es interesante observar la estrategia utilizada por las organizaciones pacifistas para introducir su mensaje en el seno de la población. Tomemos por ejemplo la forma en que han abordado el tema de la insumisión militar. Dado que promover la insumisión está penado por la ley, las pancartas pacifistas han sorteado esta prohibición mediante un ingenioso juego de palabras: en lugar de convocar abiertamente a la insumisión, llaman a "negarse a la guerra". Formalmente, negarse a la guerra no es lo mismo que negarse a servir en el ejército; es decir, no implica necesariamente ser insumiso. En teoría, un soldado en servicio puede oponerse a la guerra, pero mientras continúe obedeciendo órdenes no incurre en ninguna falta legal. Así, el movimiento pacifista demanda poner fin a la guerra, pero evita incitar explícitamente al incumplimiento de órdenes. Esta estrategia tiene un aspecto creativo y astuto, pero conlleva también una limitación importante: el impacto simbólico y político de una llamada directa a la insumisión es

considerablemente mayor que el de la consigna suavizada que aparece en las pancartas. Tal vez sea necesario preguntarse si un mensaje más audaz, aun con riesgo de sanciones, no tendría mayor potencia para interpelar a la sociedad. De hecho, al suavizar el discurso, el movimiento pacifista podría estar cediendo a su propósito de sacudir conciencias. Este juego de palabras revela el delicado equilibrio que enfrentan los movimientos pacifistas entre actuar dentro de los márgenes legales y mantener su capacidad de denuncia y resistencia. Así, la diferencia entre "negarse a la guerra" y la insumisión explícita no es solo semántica: refleja también el temor que ha impregnado nuestras filas debido a las represalias a las que estamos expuestos con este Gobierno derechista.

LAS DUDAS

Un cuestionamiento ampliamente compartido entre activistas veteranos gira en torno a la duda de si tal vez ha llegado la hora de claudicar, desistir, reconocer que la derecha nos ha derrotado y levantar bandera blanca. Muchos sostienen, ya hace tiempo, que debemos abandonar la lucha por la paz, cada vez más lejana, para centrarnos en preservar la democracia —o lo que queda de ella— frente a las fuerzas que insidiosamente la amenazan desde dentro, objetivo compartido por un amplio sector de la población israelí. Mihal Sela, por ejemplo, directora del instituto Givat Haviva —uno de los institutos emblemáticos de la izquierda israelí— manifestó en una entrevista periodística que su objetivo era mejorar las deterioradas relaciones entre los judíos israelíes y la minoría árabe-israelí, o sea, focalizar su labor en reconstruir las relaciones internas dentro de Israel. No dudo de que este instituto también boga por acabar con la ocupación, pero este tema ya no está en el centro de la agenda de esta importante institución[54]. Por cierto, la lucha por la democracia y las relaciones interculturales entre árabes y judíos dentro de Israel es digna de por sí, pero no puede sostenerse por sí sola, ya que democracia y paz están íntimamente interconectada —Israel no podrá sostener una genuina democracia mientras persista la ocupación—. Israel gusta autodenominarse "democracia en uniforme", definición un tanto

seductora que, sin embargo, encierra la clave de su decadencia. Democracia y militarismo no conjugan: este es el problema estructural del Estado de Israel. De modo que luchar por la democracia en un país abocado a perpetuar el conflicto equivale a batallar al mejor estilo quijotesco, dándose de cabezazos contra el muro por una causa destinada desde el "vamos a fracasar". Entonces, ante un panorama sombrío en el que la lucha por la paz está perdida de antemano, y la lucha por la democracia es infructuosa en tanto persiste la ocupación, lo único que resta es replegarnos y esperar tiempos mejores.

Este planteamiento dramático, sin embargo, a pesar de su tono sombrío, debe ser tomado con debida proporción. Asumir la derrota tiene su lado positivo, implica aceptar la realidad en vez de negarla como tercos. Debemos tener presente que una causa malograda abre una oportunidad para el cambio. Esta postura, triste pero realista, nos permitiría forjar rumbos alternativos, reorientar nuestro compromiso, rescatar utopías olvidadas por las que aún vale la pena luchar. Supongo que debe haber algún consuelo en saber que dejamos de ser quijotes, o, tal vez, para ser más preciso, hemos dejado de ser la versión local del mitológico Sísifo[55].

Sin embargo, nos consume el remordimiento ante la posibilidad de dejarle un peso semejante a nuestros hijos. Sucumbir en la desesperación es fácil. La responsabilidad moral hacia ellos no nos permite rendirnos tan fácilmente y nos exige continuar luchando sin tregua. Y esa responsabilidad alumbra caminos nuevos desconocidos hasta este momento. Es entonces cuando tomamos conciencia de que más allá de desesperarnos por la situación, es de nosotros mismos de quien nos desesperamos.

Ante esta actitud de solidaridad con las próximas generaciones, precisamos reconectarnos a nuestras fuentes y redefinir nuestra función inspirados en aquella fórmula de Gramsci que habla de la necesidad de conjugar el "pesimismo de la inteligencia junto al optimismo de la voluntad". Una breve conversación con un colega religioso, que en la festividad de Purim me saluda con el tradicional "felices fiestas", me abrió una nueva perspectiva de activismo que adopto de buena gana. "Cómo se puede ser feliz en esta época de guerra", le reprocho, y en su respuesta me relata la historia

de un rabino que durante el Holocausto explicó a sus fieles que las festividades hay que festejarlas no "por" la situación, sino "a pesar" de ella. Este ligero matiz entre la penosa realidad y el concepto de "a pesar" de ella, que alude a una capacidad de ver más allá de las penas cotidianas y sobreponerse a ellas, abre una dimensión que previamente no había tomado en cuenta. Inspirado en aquellas reflexiones y desde la precariedad del recién vencido, declaro seguir creyendo en la idea de "dos Estados para dos pueblos" no porque la realidad demuestre su viabilidad sino "a pesar" de que la realidad la ha extenuado. La teoria del "a pesar" le da a la vida un toque mágico que nos permite ver más allá de la realidad y pensar que no todo está perdido. Esta es la hora del "a pesar".

Quizás la definición más acertada de nuestra función en época de angustia sea la de ser guardianes de las brasas: custodios de la esperanza. Ser los encargados de que las brasas no se consuman en tiempos tormentosos es un acto de resistencia, una tarea compartida, un acto de comunidad y compromiso. Mantener las brasas encendidas es crítico, porque llegará un momento en el que cambiarán las circunstancias, el péndulo cambiará de dirección y esas brasas volverán a irradiar su calor, iluminando nuevos caminos. No se trata de un optimismo ingenuo, sino de la convicción de que lo que hoy parece imposible puede convertirse en realidad. Max Weber, uno de los fundadores de la sociología moderna, escribió: "Es verdad probada por la experiencia histórica que en este mundo solo se consigue lo posible si una y otra vez se lucha por lo imposible"[56]. Noam Chomsky agregó: "Es de una importancia crucial saber qué objetivos imposibles queremos alcanzar si nuestra intención es alcanzar algunos objetivos posibles"[57]. En otras palabras, este es el momento de recordar que la oscuridad no es eterna, que tal como planteé en el título de mi libro anterior, estamos ante un eclipse que acabará dando paso a la luz. La derecha busca sofocar aquellas brasas a sabiendas de que en cuanto ardan, no se saldrán con la suya. Aquí estamos para impedirlo. Sin embargo, estas brasas no se mantienen solas, necesitan ser protegidas de los vientos del olvido y la distorsión. Como custodios de la esperanza, debemos tener en cuenta que, tal como lo describe Corine Pelluchon, la esperanza, en el sentido secular de la palabra, aparece cuando

ya no la esperamos y nace después de que hayamos experimentado la nada[58]. La esperanza es lo que nos permite liberarnos de la sensación de fracaso ante el avance avasallante de la derecha nacionalista y gestar las condiciones para un porvenir mejor. "Se puede decir que a partir del momento en que la más mínima esperanza se hizo posible en el ánimo de nuestros conciudadanos, el reinado efectivo de la peste había terminado", escribió Albert Camus[59]. Precisamente por no estar subordinada a los ajetreos de la realidad, por nutrirse de un idealismo inquebrantable, ella es fuente de energía. Ante las decepciones y los retrocesos, genera confianza en un futuro mejor, inevitable, irreversible, que se anuncia y que, en cierto modo, ya existe como una inminencia.

ALIANZAS

Uno de los dilemas que se nos desvelan es con quién formar alianzas, o sea, a quién unirnos a fin de ampliar la difusión de nuestro mensaje. Tenemos claro que solos no podemos avanzar, y nuestra debilidad nos obliga a anexarnos a grupos lindantes con los cuales podamos mantener algún denominador común. Un paso de esta índole es necesario, pero también arriesgado, ya que, al unirnos a grupos más grandes, corremos el riesgo de diluir nuestra agenda entre otras tantas. Tomemos como ejemplo la postura de Eva Illouz, intelectual de renombre internacional que bien puede iluminar el quid de nuestro dilema. En un artículo recientemente publicado en *Haaretz* y en el semanario alemán *Die Zeit*, se pronuncia contra la ola de manifestaciones globales contra Israel, calificando a los activistas de ignorantes, en el mejor de los casos, o de antisemitas, en el peor[60]. Ella critica abiertamente al Gobierno y declara estar a favor de la creación de un Estado palestino, motivo por el cual ambos compartimos la misma agenda política. Sin embargo, a continuación, se hace eco total del clásico relato sionista según el cual nuestro ejército es el más ético del mundo, los palestinos "empezaron", por lo cual son los responsables de la catástrofe que sufren, y si hay hambre no es debido a que Israel impida el suministro de alimentos, sino porque Hamás los roba. He aquí entonces un relato derechista que desemboca en una

conclusión izquierdista. El Gobierno maneja mal la situación, afirma Illouz, ¡pero nosotros somos los justos! Los villanos son los demás. Entonces, ¿qué clase de vínculo debe mantener la izquierda con un público con semejante perfil? Eva Illouz, arquetipo de gran parte del círculo liberal, pertenece tanto a nuestro bando como a un sector de la sociedad con el cual no tengo mucho en común. Por lo cual, la respuesta a este dilema varía de acuerdo al ángulo desde el que cada uno de nosotros lo aborda: aquellos con orientación política están a favor de acercarnos a todo aquel que ensancha las filas, mientras que aquellos cuya orientación es ideología, prefieren no mezclar posturas tan divergentes. Ambos tienen razón y parece que este será un dilema que nos acompañará un largo trecho.

Esta ambivalencia se ha reflejado claramente durante las manifestaciones multitudinarias que estallaron a principios de 2023 contra la reforma jurídica que el Gobierno intentaba fomentar y a las cuales el movimiento pacifista se adhirió con sus propias consignas, pero pasó absolutamente desapercibido tanto por el público como por los medios de comunicación. En tanto la consigna general era "salvar la democracia", el eslogan pacifista que llamaba a "acabar la ocupación" no encajaba con el grito unánime de los manifestantes. Este clima de desafecto cambió gradualmente tras el ataque del 7 de octubre, cuando comenzaron a organizarse las primeras manifestaciones reclamando la liberación inmediata de todos los secuestrados. En este contexto, activistas pacifistas se adhirieron a los manifestantes esgrimiendo pancartas que a la par del llamado a la liberación de todos los secuestrados agregaron un llamado por finalizar la guerra. Un mensaje mucho mejor acogido por el público, dado que ambas consignas se complementaban. Esta afinidad retrocedió durante la tercera ola de manifestaciones que estallaron entre febrero y marzo de 2025 contra la dimisión del jefe del Shabak y de la asesora legal del Gobierno, cuando los organizadores de estas manifestaciones pidieron a los pacifistas replegar sus pancartas para no desviar el mensaje de la protesta. A pesar de la decepción y a pesar de que la agenda de los "kaplanistas" —término acuñado por la derecha haciendo alusión a la avenida en la que estas manifestaciones se concentraban— no coincidía con la de los grupos pacifistas, ellos tomaron la

decisión de no abrirse del grueso de manifestantes, entre otros motivos por constatar que el Gobierno los quiere fragmentados, y de no estar dispuestos a darle ese gusto. Esta situación fue cambiando gradualmente. A medida que el tema de los secuestrados fue adquiriendo peso, y el pueblo tomaba conciencia de que la liberación y la finalización de la guerra estaban ligadas la una a la otra, la consigna del movimiento pacifista fue ganando volumen.

A partir de junio, los sondeos revelaron que el 60% del pueblo apoyaba la finalización de la guerra para restituir a los rehenes. Sin embargo, es importante aclarar que, a pesar de que la distancia entre la agenda pacifista y la kaplanista se va reduciendo, las diferencias todavía son sustanciales. Los kaplanistas, entre los que destacan exmilitares y activistas con una clara impronta sionista, no descartaban la posibilidad de retomar la lucha una vez completado el intercambio de prisioneros. Si bien es cierto que abogaban por el alto el fuego, esta posición no surgió de una crítica ética a la destrucción masiva en Gaza, ni de un reconocimiento del derecho palestino a una vida digna, sino de un cálculo utilitario: hay que acabar con la guerra para salvar a los rehenes y rescatar a Israel de su creciente aislamiento internacional. El sufrimiento palestino aparece apenas como un dato secundario, no como una preocupación ética. En otras palabras: no se trata de una objeción moral a la guerra, sino de una objeción estratégica al modo en que está siendo conducida.

En cierta medida, puede decirse que la agenda pacifista ha logrado permear el debate público, aunque limitada a la exigencia de poner fin a la guerra en Gaza y sin extenderse aún a la ocupación de Cisjordania. Este fenómeno sugiere que, para que se produzca un cambio de paradigma que acerque a la sociedad a una agenda si no plenamente pacifista al menos antibelicista, suele ser necesario enfrentarse a un golpe traumático de la magnitud del secuestro de los rehenes. Una vez más constatamos que "por las buenas" el pueblo difícilmente advierte la urgencia de poner fin a la ocupación, y abundan los ejemplos que lo confirman. Con todo, más allá de los motivos, lo significativo es que una mayoría social se pronuncie hoy por acabar con la guerra en Gaza, lo que eventualmente podría abrir el camino hacia la agenda de "dos Estados para dos naciones".

ENCRUCIJADAS

A la par de las vicisitudes y los desafíos que esta guerra ha generado en el seno del movimiento pacifista israelí, la contienda ha suscitado situaciones inéditas y encrucijadas nunca antes experimentadas. Una de las más punzantes gira en torno a las prioridades que deberían dirigir nuestras acciones políticas y humanitarias. Durante los primeros meses de 2025, activistas israelíes lograron entablar contactos virtuales con residentes de la Franja de Gaza, y paulatinamente comienzan a llegar solicitudes implorando que intercedamos ante las autoridades israelíes para facilitarles su salida de Gaza. Este tipo de solicitudes produjo entre los activistas israelíes un profundo dilema moral. Desde una perspectiva humanista, la conciencia nos demandaba hacer lo posible para ayudarlos a evacuar el infierno en el que están atrapados. Desde una perspectiva política, esto implica jugar el juego que la derecha ha impuesto, o sea, colaborar con el plan derechista de desplazar a los palestinos de sus tierras a fin de vaciar el territorio y permitir su anexión definitiva.

Sabemos que Smotrich está empeñado en promover la evacuación de la población palestina de Gaza. Inspirado en el disparatado plan de Trump de convertir la costa en una Riviera, Israel proyecta levantar un gran gueto bajo la ficción de "ciudad humanitaria", destinada a concentrar a toda la población cerca de la frontera con Egipto, como antesala de una expulsión masiva. La estrategia es clara: hacer la vida en Gaza tan insoportable que sus habitantes se vean forzados a pedir por sí mismos la salida, cada cual hacia el destino que logre alcanzar. Este plan, al igual que las fantasías de Trump, carece de viabilidad. Sin embargo, un sector de la población, en particular aquel que dispone de recursos para costear las sumas exorbitantes que los intermediarios egipcios recaudarían por permitir la salida al Sinaí —sumas que giran alrededor de los 5.000 dólares por persona, si efectivamente evacuaran la Franja—, sería comprensible que intentaran salvar a la familia y alejarla de semejante tormento. La consecuencia social y política que esto conllevaría es que en Gaza quedaría solo la población más empobrecida, más débil, más frágil. Una población a la que le sería sumamente difícil levantar

cabeza en algún futuro próximo.

Ante esta eventualidad, parte de nuestra gente opina que no debemos caer en la trampa que Smotrich ha tendido y colaborar con la evacuación de la Franja de Gaza. Desde una perspectiva política, esta postura tiene su lógica. Pero desde una perspectiva humanista, cómo es posible negarle la ayuda a quien naufraga e implora salvar a su familia. Siempre hemos querido creer que nuestra postura política está basada en criterios humanistas, por lo cual ambos aspectos se complementan. Nunca antes pensamos que podían contradecirse. De modo que, por primera vez, nos enfrentamos a una duda existencial: ser fieles a la voz de la conciencia humanista o ser leales a nuestra postura política. El debate interno fue, como era de esperar, apasionado. Lo más impresionante de este debate, lo más sorprendente, fue que mientras la tendencia de la mayor parte de los activistas israelíes ha sido colaborar con los gazatíes, han sido los activistas palestinos de nacionalidad israelí quienes han optado por la línea política radical negándose rotundamente a "trabajar para Smotrich". La sorpresa fue mayúscula. Confieso que nunca se nos habría pasado por la cabeza que, precisamente para ellos, asistir a familias que intentan salvar sus vidas fuera una forma encubierta de colaborar con el despojo político que Smotrich está llevando a cabo. Esta situación nos dejó atónitos. Los mismos palestinos optaron por ser más papistas que el papa. Esta postura despertó en los activistas israelíes cierta incomodidad: si los propios palestinos consideraron que la ayuda humanitaria implicaba una complicidad política inadmisible, ¿con qué legitimidad podríamos nosotros intervenir?

Una nueva grieta emergió así entre quienes luchamos juntos desde hace años contra la ocupación. Como si no bastaran los frentes de fricción ya existentes, este dilema ha abierto uno más. Justo cuando más necesitamos unir fuerzas para resistir la guerra y la ocupación, se multiplican los desacuerdos que dificultan la creación de un frente común. Cuanto más extrema se vuelve la violencia del sistema, más difícil se vuelve articular una respuesta colectiva.

Dicha intransigencia, por cierto, no es exclusiva de los palestinos. La historia del colonialismo conoce situaciones semejantes. Fanon[61] advierte

contra el paternalismo humanitario del colonizador bienintencionado que al ayudar a la población indígena sin descolonizar las estructuras de poder, puede, inintencionalmente, reproducir la estructura de la ocupación. Jean-Paul Sartre es más tajante en este tema. En el prefacio al libro de Fanon, denuncia el humanismo europeo como hipócrita, acusándolo de ser útil al poder colonial. Edward Said plantea el mismo dilema, pero logra amalgamar ambas posturas, la humanista y la política. Por un lado, Said concuerda con Fanon y Sartre que el humanitarismo despolitizado puede ser contraproducente. Durante los acuerdos de Oslo, donde la comunidad internacional invirtió mucho dinero en ayuda a Palestina, Said afirmó que aquella ayuda humanitaria no debía desligarse de su contexto político, de otro modo, aliviaría a corto plazo y causaría daños a largo plazo. La ayuda humanitaria (o "la caridad", como se estilaba denominarla despectivamente), cuando no denuncia las estructuras de poder, sirve para lavar la conciencia de los donantes, crea la fantasía de que las cosas en el terreno funcionan correctamente, libera al ocupador de la obligación de garantizar la vida de sus vasallos y se convierte en instrumento útil para la potencia ocupante. "La intervención humanitaria, si no es crítica del poder que causa el sufrimiento, corre el riesgo de convertirse en la otra cara de la dominación", afirma en *Humanismo y critica democratica*[62]. Sin embargo, Said también desconfiaba de las políticas puristas, aquellas que en nombre de la coherencia política terminan siendo insensibles al sufrimiento humano. Por ello, me atrevo a sostener que, si Said se hubiera topado con una familia gazatí que implorase ayuda para escapar de ese infierno, no dudaría en ayudarlos, aunque denunciando públicamente el contexto político que lo ha llevado a aquella decisión. En otras palabras, de Said aprendimos que no hay contradicción entre humanismo y política, siempre y cuando ubiquemos la postura humanista en su contexto político correspondiente.

EL LIBERALISMO EN TIEMPO DE CRISIS

Hemos mencionado ya que en Israel no hay izquierda, que ha desaparecido del panorama político como lo evidencia el hecho de que en las últimas

elecciones de noviembre de 2022 Meretz no logró entrar a la Knesset, mientras que el laborismo (al que ya entonces no le quedaba mucho de izquierda) alcanzó solo cuatro escaños (¡4 de 120!). A partir de la disolución del izquierdismo, tres de los cuatro partidos judíos que componen la oposición al Gobierno de Netanyahu se autodenominan liberales o de centro, ya que el término "derechista" está ya copado por el Likud y sus satélites, mientras que el de "izquierdista" repele votantes. De este modo, se apropiaron del vocablo "liberal", que estaba vacante, a pesar de que movimientos homólogos europeos pondrían en tela de juicio el derecho de estos grupos a usar esta categoría.

Antes del estallido de la guerra, los grupos liberales demostraron una capacidad portentosa de movilizar masas contra la reforma judicial que el Gobierno se proponía introducir. Decenas de miles de personas llenaron las plazas bajo la consigna "Salvemos la democracia", en un esfuerzo heroico de evitar que el Gobierno se saliera con la suya y lograra disolver todas las instituciones que garantizan la solidez del sistema democrático. No solo eso, sino que la facilidad con la que los partidos ortodoxos lograron obtener presupuestos y beneficios sectoriales a cambio de su apoyo a la coalición derechista aumentó el malestar popular y la sensación de que gradualmente el país se estaba convirtiendo en un "Vaticano judío" en el que se irá estrechando gradualmente el margen de acción de la población laica. Pocos se percataron de que paralelamente a la reforma judicial, o precisamente aprovechando la atención concentrada en aquella cruzada, el Gobierno se empeñó en debilitar a la Autoridad Palestina a fin de provocar su debacle y posterior anexión a Israel. Las manifestaciones multitudinarias de los "kaplanistas" estaban absolutamente centradas en el proceso jurídico o en el intento de detener "el asalto" de los partidos ortodoxos, pero no reparaban en lo que sucedía en Cisjordania.

Las prioridades de estos sectores liberales revelan que en este país los márgenes de humanismo se estrechan aceleradamente. Esta disociación entre democracia y ocupación no es nueva, pero se ha profundizado al punto de volverse obscena. La impresionante capacidad de movilización que el campo liberal demostró en 2023 contra la reforma judicial —una auténtica revuelta

civil con manifestaciones masivas y un sentido de urgencia democrática— se desvanece por completo cuando se trata del futuro del tema palestino. Este fenómeno tiene raíces estructurales. Una parte significativa del liderazgo liberal proviene del estamento militar: exjefes del Estado Mayor o del Mosad: hombres habituados a ver el conflicto desde la mira telescópica del rifle. Su crítica al Gobierno no cuestiona la guerra como tal, sino su gestión. No se oponen a la violencia *per se*, sino a su uso inadecuado. Muchos de ellos asumieron durante las manifestaciones el rol de voceros extraoficiales del ejército, dado que los militares de servicio no tienen permitido expresarse públicamente, mucho menos contra el Gobierno. Un lazo de solidaridad une a estos "ex" con los militares en servicio activo, por lo cual sintieron la obligación moral de apoyarlos frente a la campaña orquestada por el Gobierno que cargaba sobre los hombros del ejército toda la culpa del 7 de octubre como si la cúpula política no tuviera nada que ver. De modo que esta línea de continuidad entre los manifestantes liberales y el aparato de seguridad nacional ha generado un liberalismo "castrado", incapaz de cuestionar los fundamentos violentos del régimen. Este es el perfil de la oposición a Netanyahu, lo que implica que, si ellos ganaran las próximas elecciones, el destino de la cuestión palestina no sería muy diferente del implementado actualmente.

La disociación moral se vuelve así aún más perversa cuando estos grupos liberales afirman con suma naturalidad estar en contra de la guerra y, al mismo tiempo, oponerse a la creación de un Estado palestino. Entonces, el fin de la guerra no es visto como una condición de justicia, sino como un medio para rescatar a los rehenes secuestrados y reposicionar a Israel en el concierto de las naciones. Para ellos, es legítimo protestar contra el autoritarismo interno, pero no contra el colonialismo en los territorios ocupados. Exigen transparencia institucional dentro de la "línea verde", mientras que los atropellos en los territorios conquistados no tienen mayor importancia. Para ser más preciso, debo aclarar que ciertos círculos liberales contemplan la posibilidad de un acuerdo territorial, aunque bajo la condición de que, antes de devolverlos, los palestinos reviertan previamente su hostilidad hacia Israel. Esta gente, inteligente pero demasiado sionista, es

incapaz de comprender que el primer paso debe ser dado por la parte más poderosa de la ecuación, es decir, primero debemos devolver los territorios para que entonces, y solo entonces, pueda esperarse un cambio en la actitud palestina.

Y así, mientras los tanques avanzan y las bombas causan estragos, el campo liberal sigue marchando bajo la ilusión de que todavía es posible mantener paralelamente tanto a la democracia como a la ocupación eternamente, sin comprender que la reforma jurídica que la derecha promueve es hija legítima de la ocupación.

EL DERECHISMO

La ideología predominante en Israel desde la década de 1980 hasta nuestros días es el derechismo en sus variantes tanto laicas como religiosas. Su peso se ha vuelto tan hegemónico que, como ya se ha señalado, incluso las fuerzas de oposición se sitúan en ese mismo espectro, aunque en una versión menos grotesca que la encarnada por Netanyahu y sus aliados más radicales. El derechismo constituye una cosmovisión totalizante que abarca lo cultural, lo político y lo económico, y cuyos distintos componentes se hallan entrelazados de manera orgánica.

Su rasgo más categórico es el apego ilimitado a un nacionalismo de carácter étnico-racial, que, en el caso israelí, se traduce en un sionismo intransigente y feroz. En un contexto bélico, este nacionalismo se convierte en dinamita: para la derecha, todo —desde la economía hasta la educación, desde la religión hasta la política exterior— debe subordinarse a la supremacía de la nación judía. El pueblo judío es colocado en el centro excluyente del proyecto nacional, mientras que los demás grupos quedan relegados y supeditados a los intereses del Estado.

En este trabajo no nos proponemos agotar el análisis de la ideología de la derecha israelí, que exigiría abordar cuestiones como su proyecto teológico-político, su alianza con el neoliberalismo económico o su relación con los discursos identitarios globales. Aquí nos concentraremos únicamente en uno de sus aspectos fundamentales: su concepción respecto de los territorios

palestinos conquistados y su proyección sobre el futuro de la contienda en Gaza. De la manera en que la derecha defina este punto dependerá, en gran medida, el porvenir del Estado de Israel.

En lo que atañe a la relación con los palestinos, el derechismo laico parte de la premisa de que Israel está sitiada por enemigos que buscan su aniquilación. Bajo esta lógica, cualquier acuerdo que contemple la retirada de los territorios ocupados y la creación de un Estado palestino independiente es considerado una amenaza existencial. El derechismo religioso, por su parte, se apoya en un fundamento diferente: a su entender, esos territorios pertenecen al pueblo judío por designio divino y, por tanto, no pueden ser restituidos bajo ninguna circunstancia.

Aun cuando sus justificaciones difieren —una basada en el cálculo estratégico y la otra en el dogma teológico—, ambas corrientes convergen en un mismo resultado: la negativa absoluta a ceder territorios y, en consecuencia, la clausura de toda posibilidad real de acuerdo pacífico entre israelíes y palestinos. Esta convergencia revela que, en la práctica, la distinción entre derechismo laico y religioso es menos relevante que su coincidencia en el rechazo a la autodeterminación palestina.

A continuación, dos ejemplos que reflejan la lógica derechista que rechaza todo acuerdo con los vecinos por temor a un supuesto peligro futuro. En un extenso reportaje publicado en *Haaretz*, el profesor Gidon Sapir —considerado el intelectual más destacado de la derecha israelí— declara que, en teoría, no descarta la idea de "dos Estados", pero sostiene con firmeza que, en la práctica, esta propuesta es peligrosa, pues lo más probable es que un eventual Estado palestino se convierta en un Estado terrorista. Resulta llamativo que incluso un intelectual brillante pase por alto la falla central de su propia lógica: la mayor parte del pueblo palestino lucha precisamente porque se le niega el derecho a la autodeterminación; si contara con un Estado propio, carecería de motivos para seguir combatiendo. Desde la lógica circular de quienes creen que todo palestino es Hamás, y no creen en ningún tipo de acuerdo, el argumento derechista puede parecer verosímil. Pero esta es, en realidad, la lógica de quien está convencido de que el palestino posee "genes terroristas" independientes de la ocupación y que, aun con un Estado

propio, seguirá siendo terrorista. En este marco, la violencia no se interpreta como consecuencia de un conflicto político e histórico, sino como un rasgo esencial de identidad. Esta concepción, que atribuye a los palestinos una naturaleza intrínsecamente violenta, refuerza la convicción de que no existe alternativa a la confrontación permanente, lo que nos introduce en un círculo vicioso hasta el infinito.

En la misma línea de pensamiento, Israel Harel, columnista de la derecha más dura, escribe que en los últimos ocho casos en que Israel aceptó un alto el fuego prematuro, es decir, antes de la derrota total del enemigo, la situación posterior se deterioró y la contienda subsiguiente fue más devastadora que la anterior. Su análisis, en este punto, tiene cierta base histórica. Sin embargo, lo sorprendente es que, en lugar de indagar en las razones por las cuales esos ocho ceses del fuego fracasaron, la única conclusión que Harel es capaz de esbozar es que "no más altos el fuego; continuad la guerra hasta destruir definitivamente a Hamás". Cierto error de razonamiento le impide entender que un "cese de fuego" no implica la finalización de la contienda, sino que es una primera fase que debería conducir a negociaciones destinadas a su finalización. Si las partes no llegan a la fase final, es de esperar que la contienda se reanude con mayor ímpetu. La pregunta que Harel y la derecha prefieren no abordar es si tras el cese del fuego se abrió la segunda fase que conduciría al acuerdo final o si se estancó en la primera fase. Sus argumentos no contemplan la posibilidad de que en los ocho casos que trae a colación el fracaso se debiera a obstáculos impuestos por Israel. El ejemplo más contundente es la crítica derechista a los acuerdos de Oslo. Estos audaces acuerdos fracasaron, es cierto, pero la derecha omite que esos fracasos fueron consecuencia directa de la negativa de Netanyahu a implementar la segunda fase de los acuerdos. No es correcto afirmar que Oslo estuviera condenado de antemano: simplemente no se le dio la oportunidad de desplegar su potencial. Otro ejemplo esclarecedor es el último alto el fuego de 60 días impuesto por Estados Unidos entre enero y marzo de 2025, que la derecha imputa haber sido aprovechado por Hamás para reorganizarse ignorando el hecho de que este cese del fuego fue quebrado después de que Israel se negase a cumplir su parte del acuerdo,

incluyendo la retirada de la zona de Filadelfia y de Netzarim, y se negó a abrir conversaciones sobre la finalización de la guerra. Este no es el lugar para analizar cada uno de los ocho casos mencionados por Harel, pero si se examinaran en detalle, las conclusiones probablemente serían similares. En todos ellos, la derecha no busca cesar el fuego: busca razones para no implementarlo.

A este razonamiento intransigente debemos agregar la forma en que la derecha mesiánica se apoderó del país. Ya señalé en mi libro anterior que la sociedad israelí ha llegado al estado actual, en gran medida, debido a la labor sistemática de esta derecha mesiánica. Dotados de una mirada estratégica a largo plazo, sus militantes se han infiltrado de manera deliberada en las filas del ejército y la policía a sabiendas de que el día en que controlen la cúpula militar y ocupen todos los puestos clave de mando, ningún político podrá llegar a acuerdo alguno con el pueblo palestino que incluya la devolución de territorios y, si lo intentara, el ejército ya se encargaría de boicotearlo. Generales derechistas ha habido siempre. Ariel Sharon, Raful, Rehaban Zeevi son algunos de los más notables, pero se trataba de derechistas laicos, exentos de delirios mesiánicos. Este perfil ha cambiado sustancialmente, y la perseverancia con la que operan los colonos de extrema derecha resulta, por momentos, sorprendente. Hoy día, los generales que siembran la devastación en Gaza y en Cisjordania son los mismos soldados rasos que entraron en el servicio militar hace 20 años y que, con el respaldo de su entorno ideológico, escalaron hasta alcanzar la cima de la jerarquía castrense. Eyal Zamir es el último comandante general laico, los próximos serán todos religiosos, lo que nos depara una "guerra santa" larga y tendida.

Esta estrategia de apropiación del Estado se extiende también a otros ámbitos de la vida nacional. Uno de los más influyentes ha sido el modo en que la extrema derecha logró apoderarse del Likud, el partido de Netanyahu. Este fenómeno, tan insólito como revelador, ha sido analizado por la politóloga doctora Gayil Talshir, quien descifró los mecanismos por los cuales una minoría radical ha conseguido marcar el rumbo del país[63]. Paradójicamente, la culpable de este fenómeno es "la democracia". O, mejor dicho, la forma democrática en la que se eligen las listas de partidos

políticos, entre ellos el Likud de Netanyahu.

Las célebres "primarias", consideradas el instrumento más transparente y participativo de la democracia partidaria, fueron cínicamente aprovechadas por los colonos para infiltrarse dentro del Likud de Netanyahu, haciendo uso de la estrategia del caballo de Troya. Con suma astucia presentaron candidatos leales a su causa y, después de calcular con precisión cuántos votos bastaban para colarlos en la lista electoral, reclutaron los 9.000 activistas necesarios que después de afiliarse al partido, pagando la cuota obligatoria, votaron disciplinadamente en las primarias por sus candidatos. Eso sí, todos sabían que en las elecciones generales su lealtad estaría en otra parte: con los partidos de extrema derecha que realmente representan sus convicciones. Este mecanismo explica el hecho de que en enero de 2025, unos 40 políticos, entre ministros y diputados, han participado en un acto público a favor de la colonización judía de Gaza, es decir, un tercio del Parlamento israelí. Este fenómeno confirma lo que muchos temíamos: que el pueblo de Israel está secuestrado. Secuestrado por 9.000 colonos que supieron explotar las fisuras de la democracia para imponer su agenda. Todos somos hoy rehenes de la extrema derecha.

En el transcurso de un debate público celebrado recientemente, el representante de los colonos derechistas respondió a su interlocutor de izquierdas con un juego de palabras cargado de cinismo. Declaró que él también está a favor de los derechos humanos, pero que para que existan derechos, primero debe haber humanos. Y agregó: "Para que los israelíes podamos gozar de derechos humanos, debemos mantenernos alertas e intensificar la colonización en Cisjordania, porque si nos retiramos, esa zona se convertirá en una base del islamismo radical, donde los judíos no solo perderán sus derechos, sino que dejarán de ser 'humanos'". Esta es la lógica que la derecha ha logrado inculcar y que, a partir del 7 de octubre, se propagó como una epidemia en amplios sectores de la ciudadanía.

La idea de que, para evitar un nuevo 7 de octubre, es necesario poner fin a la ocupación, ni siquiera figura en el repertorio israelí. El pasado mes de julio, por ejemplo, al cumplirse 20 años de la evacuación de la Franja de Gaza, voceros de la derecha afirmaron que si en 2005 Ariel Sharon no

hubiera desmantelado los asentamientos judíos en Gaza, el ataque del 7 de octubre no habría ocurrido[64]. Asimismo, añadieron que dicho ataque evidencia que la verdadera y única intención de los palestinos es aniquilarnos. Vale la pena detenerse en este punto, ya que revela el modo en que los sectores colonos interpretan la realidad, seleccionando únicamente elementos parciales y borrando deliberadamente todo aquello que obstruye su relato. Efectivamente, la evacuación de Gaza —llevada a cabo por el entonces primer ministro Ariel Sharon— respondió a una visión pragmática: mantener a 7.000 colonos judíos en medio de un entorno hostil de más de un millón de palestinos era, a todas luces, una insensatez. El error de Sharon no radicó en la retirada en sí, sino en no haberla coordinado con Abu Mazen, lo cual facilitó que Hamás se apoderara de la Franja un año después, tras unas elecciones en las que capitalizó la consigna de haber sido ellos quienes expulsaron a Israel de Gaza. Este relato no habría prosperado si Sharon hubiera "entregado las llaves" de Gaza a Abu Mazen, legitimando así a la Autoridad Palestina como interlocutora.

Este dato histórico es omitido por los voceros de la derecha, pues contradice su marco ideológico. La evacuación de Gaza no demuestra que los palestinos sean por naturaleza traicioneros o intransigentes, sino que, al haber boicoteado a Abu Mazen, el tiro nos salió por la culata. Esta lección no ha sido debidamente aprendida, y por eso hoy reincidimos en el mismo error: bloquear el regreso de la Autoridad Palestina a Gaza y dejar a Hamás como único actor en la Franja. De este modo, el relato bélico que nos aprisiona se retroalimenta sin cesar.

LA COMUNIDAD ORTODOXA

El fenómeno ortodoxo en Israel siempre me ha generado sentimientos ambivalentes: por un lado, admiración por su tenaz apego a la tradición; por otro, disgusto ante la forma en que someten a su gente, sofocando cualquier atisbo de libre albedrío. Estos sentimientos encontrados se potenciaron en el curso de esta guerra. Todos los grupos ortodoxos unánimemente anunciaron que no tomarían parte en las batallas y no consentirían que sus fieles fueran

enrolados en el ejército. Esta postura, si bien no es exactamente insumisión por motivos de conciencia es, a mi parecer, digna de aprecio y de respeto. La capacidad de no dejarse llevar por la histeria nacional, nadar contra la corriente y ser fieles a sus preceptos habla de gente dotada de columna vertebral. Hasta aquí todo bien. Sin embargo, confunde totalmente el hecho de que siendo parte de la coalición gubernamental que financia todas sus necesidades, apoyan la guerra en forma automática. Voceros de estos grupos incluso llegaron a decir que el rezo y el estudio piadoso garantizan la victoria de Israel, no menos que las armas y la tecnología. O sea, ellos no están dispuestos a luchar, pero no les molesta que otros luchen en su lugar.

Mucho más grave es el hecho de que en contraposición con todos los preceptos judaicos, coinciden con la postura gubernamental que prioriza la batalla a la salvación de los rehenes. Si bien no los escucharemos decir en voz alta lo que rabinos nacionalistas expresan sin titubear, tampoco alzan la voz exigiendo el rescate de los secuestrados y apoyan esta política nacional, que, vuelvo a repetir, contradice la esencia misma del judaísmo. Toda esta situación ha atrapado al judaísmo ortodoxo en un laberinto del cual no podrá salir fácilmente. Por un lado, demostraron ser fieles a sus tradiciones; sin embargo, por el otro, renunciaron a valores fundamentales para no arriesgar beneficios económicos y sectoriales que le otorga ser parte de la coalición. No sabría decir si esta decisión proviene de autoridades rabínicas o de sus políticos en el Parlamento, quienes últimamente están ganando peso a cuenta de los rabinos. Sin embargo, sea quien sea quien tome las decisiones, dudo que Dios acepte de buena gana oraciones provenientes de una sinagoga financiada con dinero recibido a cuenta de levantar la mano apoyando la guerra o por guardar silencio cuando hermanos sufren en túneles de Gaza. Este conflicto de intereses produjo un choque con los círculos religiosos nacionalistas, el cual se narrará a continuación.

LA PUJA ENTRE LA ORTODOXIA Y LOS RELIGIOSOS NACIONALISTAS

Uno de los fenómenos sociológicos recurrentes en toda guerra consiste en

que, tras la oleada inicial de unidad nacional, con el paso del tiempo comienzan a aflorar las fracturas internas que dividen a la sociedad. Una de las más significativas en la coyuntura actual es la ruptura que ha estallado dentro del propio bloque religioso: la brecha abierta entre la ortodoxia y el partido religioso-nacional amenaza hoy con tener consecuencias de gran alcance, tanto teológicas como políticas.

El punto de fricción gira en torno a la exigencia ortodoxa de promover una nueva ley que garantice la exención del servicio militar para seminaristas abocados al estudio de la Torá. Para este sector, el estudio de la Torá es la principal garantía de la continuidad del pueblo judío e incluso la clave de la victoria en la guerra. Cumplir los mandamientos divinos, sostienen, es la máxima obligación de un judío, y ningún poder humano tiene derecho a contradecirla. Desde la fundación del Estado, los jóvenes dedicados en tiempo completo a los yeshivot[65] han estado eximidos del ejército y, además, subsidiados por el Estado. Lo que ha cambiado desde la decisión original de Ben-Gurión hasta hoy es la magnitud: el número de jóvenes enmarcados en este sistema se ha multiplicado, generando crecientes tensiones con la sociedad laica.

El rechazo a enrolarse no se debe solo a una cuestión teológica, sino a un miedo muy terrenal: el ejército es la puerta de entrada a la modernidad. Allí, el joven ortodoxo descubre internet sin filtros, compañeros laicos e incluso mujeres soldado. Para los ortodoxos, ese contacto resulta sumamente peligroso, porque amenaza con vaciar sus yeshivot y dejar a sus jóvenes fascinados por un mundo que no se ajusta al gueto espiritual en el que fueron criados. Por ello, rabinos influyentes han bloqueado una propuesta gubernamental que planteaba una fórmula intermedia: mantener la exención a los seminaristas, pero obligar a enrolarse a los jóvenes ortodoxos que no estudian la Torá.

En tiempos de relativa calma, esta polémica solía limitarse al marco de la disputa nacional. Pero en el contexto de la guerra, con un ejército exhausto, falto de tropas y obligado a combatir en varios frentes simultáneos, la cuestión adquirió un cariz explosivo. Se trata, afirman voceros de círculos laicos, de una cuestión de justicia distributiva. No es justo, sostienen, que

nuestros hijos se sacrifiquen por la supervivencia del Estado mientras jóvenes ortodoxos estudien plácidamente en sus yeshivot. Además agregan que tampoco es justo que los ortodoxos reciban subsidios para estudiar en yeshivot a cuenta de miles de familias laicas que financian con sus impuestos un sistema que no solo no aporta soldados, sino que tampoco aporta a la economía nacional. En realidad, la discusión gira en derredor a dos modelos de sociedad: el modelo laico frente al modelo ortodoxo, que, al calor de la guerra, han demostrado ser incapaces de convivir. La oposición a Netanyahu se montó sobre ese descontento, y el clamor por poner límites a esta situación se extendió en todo el país. La crisis alcanzó tal magnitud que, en julio, los tres partidos ortodoxos abandonaron la coalición de Gobierno. Si esta fractura se mantiene, puede reconfigurar el mapa político israelí.

Lo novedoso, sin embargo, es que la controversia no se limitó a la clásica colisión entre ortodoxos y laicos. En el ojo de la tormenta quedó el partido religioso-nacional, obligado a definirse: respaldar a los ortodoxos en nombre de la fe o alinearse con el ejército en nombre de la nación. Optaron por lo segundo. En la balanza entre el cielo y la tierra, eligieron la tierra. Esa decisión abrió una fractura histórica entre dos sectores religiosos que marchaban juntos y con el estallido de la guerra descubrieron que sus lealtades ya no coinciden. El sionismo religioso ha desarrollado una suerte de teología militar, donde el ejército se convierte en una extensión de la fe y en un instrumento del plan divino de redimir la tierra. En cambio, para los ortodoxos, el ejército es una amenaza espiritual. Esta diferencia no es coyuntural, sino doctrinal: dos visiones opuestas de cómo se cumple la voluntad de Dios.

Para la ortodoxia, esta actitud del partido religioso nacionalista equivale a una traición. Aceptan la crítica proveniente de los laicos, pero no pueden digerir que judíos que se definen como "religiosos" se unan a los sectores más antirreligiosos y cuestionen con dureza su posición. Aunque la política es cambiante y las alianzas pueden recomponerse, lo significativo es que, en este momento, el bloque derechista se está resquebrajando. Si la oposición —también de derechas, aunque más moderada— logra capitalizar la crisis y atraer a los partidos ortodoxos, el bloque de Netanyahu perderá cualquier

posibilidad de reelegirse en las próximas elecciones.

Más allá de las consecuencias políticas, esta crisis pone de manifiesto un conflicto profundo dentro del judaísmo en el Estado de Israel. El judaísmo religioso se encuentra atrapado entre dos santidades, la santidad de la Torá versus la santidad de la nación, que en muchos casos se contradicen, como se evidencia en la controversia actual sobre el servicio militar. Esta tensión ha llevado a que muchos círculos ortodoxos se sientan perseguidos y a que otros, especialmente aquellos que establecieron sólidas instituciones en Estados Unidos, se preparen a abandonar el país bajo la suposición de que es más fácil mantener el judaísmo ortodoxo en la diáspora que en el propio Estado judío. En este aspecto, se da una coincidencia inesperada entre estos ortodoxos y ciertos intelectuales humanistas que sostienen que Israel se aleja a pasos agigantados de lo que debería ser el judaísmo auténtico para convertirlo en un judaísmo agresivo y militarista, opuesto a la esencia misma de la Torá. Para comprender a fondo este proceso, debemos recordar que el judaísmo, tal como lo conocemos, se consolidó en la diáspora, bajo Gobiernos foráneos, sin la necesidad de administrar un Estado propio. La fundación de Israel impuso por primera vez en la historia del judaísmo moderno la tarea de gestionar un Gobierno, lo que ha requerido transformaciones estructurales profundas, un desafío del que aún no han logrado sobreponerse. Sociólogos predicen que, con el paso del tiempo, el actual judaísmo se dividirá por lo menos en dos grandes corrientes: el judaísmo centrado en la diáspora versus el "israelísmo" centrado en Israel. Martin Buber lo expresó en 1948: "Temo que el triunfo del sionismo traerá aparejado el fracaso del judaísmo". Buber sabía lo que decía.

LOS ÁRABES ISRAELÍES

> Proyecto de ley:
>
> Transita un hombre por la calle y mira nervioso a los costados y hacia atrás: será considerado terrorista árabe.
>
> Transita un hombre por la calle y observa hacia adelante, complaciente: será considerado terrorista árabe de sangre fría.

Transita un hombre por la calle y su mirada dirigida al cielo: será considerado terrorista árabe religioso.

Transita un hombre por la calle con mirada baja: será considerado terrorista árabe vergonzoso.

Transita un hombre por la calle y sus ojos taciturnos: será considerado terrorista árabe dormilón.

No transita un hombre por la calle: será considerado terrorista árabe convaleciente.

Todos estos sospechosos aquí mencionados serán encarcelados. En caso de que uno de ellos intente escapar, se disparará un tiro de advertencia al aire. El cadáver será trasladado a la morgue estatal[66].

He iniciado este apartado con un texto satírico del destacado escritor Hanoj Levin que refleja mejor que mil palabras la situación del árabe israelí. El texto se refiere a aquellos palestinos que denominamos árabes del 48, o sea, aquellos que gozan de ciudadanía israelí, aunque considerados, desde siempre, elementos sospechosos en los que no se puede confiar. Ser árabe en Israel nunca ha sido una situación sencilla. Se trata de una ciudadanía incompleta, no precisamente en términos legales, dado que, al menos, formalmente, gozan de los mismos derechos que todo israelí, sino en términos simbólicos y afectivos. Desde la fundación del Estado de Israel, todos los Gobiernos, desde el laborista hasta el más derechista, todos han trasmitido a la población árabe que son ciudadanos de segunda clase. Siempre lo han sido *de facto*, pero desde 2018 lo son también *de iure*. Una ley promulgada por el Parlamento, bajo el nombre provocativo de Israel como Estado nación del pueblo judío, proclama textualmente que:

a. La Tierra de Israel es la patria histórica del pueblo judío, en la que se estableció el Estado de Israel.

b. El Estado de Israel es el hogar nacional del pueblo judío, en el que cumple su derecho natural, cultural, religioso e histórico a la autodeterminación.

c. El derecho a ejercer la autodeterminación nacional en el Estado de Israel es exclusivo del pueblo judío.

Esta ley, que refleja más una intención de humillar a la minoría árabe que una cuestión de principios, ubica al ciudadano árabe en una posición inferior a la del judío. Incluso un inmigrante judío recién llegado, sin siquiera saber

una palabra de hebreo, goza de un estatus superior al de un árabe que habita este país por generaciones. Lo sorprendente es la pretensión israelí de ser un país democrático y no comprender que democracia y discriminación no van juntas. El mito de "la unica democracia de Oriente Medio" tiene una consistencia a prueba de realidad. El ciudadano árabe israelí es percibido como un cuerpo extraño en el relato nacional, un "otro" interior al que se tolera, pero cuya lealtad se pone constantemente en duda. A partir del ataque de Hamás, su situación ha empeorado significativamente, en particular la de aquellos con apariencia religiosa, que en el imaginario judío son asociados automáticamente con Hamás. En tiempos de guerra, cuando las relaciones se encallan y el lenguaje se polariza, esa tensión estalla y se vuelve un abismo. Un ejemplo aterrador, pero ilustrador, es el alegato de la abogada defensora del joven israelí que atropelló intencionalmente a Fuad Alian, residente en Jerusalén Oriental, luego de ser expulsado de la plaza pública de Katamon por un grupo de jóvenes judíos. Alian argumentó, en defensa de su cliente, que el joven árabe "no se encontraba en el lugar natural que le corresponde"[67]. En otras palabras, la abogada adujo que un árabe no debería estar en una plaza pública situada en un barrio judío, argumento que refleja la opinión del grueso de la sociedad israelí para la cual el árabe es un ente ajeno al país de los judíos que deberíamos desplazar o, por lo menos, limitar su presencia en zonas judías. Este argumento, para quien todavía no ha captado su contenido, es puramente racista. Ya no se trata del racismo burdo del populacho ignorante, sino racismo presentado como línea de defensa por una letrada en la misma corte de justicia.

Otro ejemplo de las presiones que enfrenta hoy la ciudadanía árabe en Israel es la nueva ley promovida por el ministro de Seguridad Nacional, Itamar Ben Gvir, que impone restricciones al volumen de los parlantes utilizados en las mezquitas para convocar a los fieles a la hora del rezo. A primera vista, esta medida podría parecer inocua a ojos de un lector occidental, ya que no impide formalmente el ejercicio del culto, sin embargo, imaginen una situación en la cual un Gobierno prohíbe a las iglesias el uso de campanadas bajo el pretexto de que molestan a la población local. Por cierto, esta medida no es comparable a una tragedia. El muecín podrá, en

teoría, seguir convocando a los fieles desde el minarete, aunque sin amplificación sonora, y los creyentes —familiarizados con los horarios de rezo— sabrán cuándo acudir. Sin embargo, en la práctica, la decisión tiene un fuerte componente simbólico y político. En la tradición musulmana, el llamado amplificado a la oración se ha convertido en parte esencial del ritual religioso y su limitación es percibida como un acto de hostilidad cultural. Más aún, en el contexto actual de guerra, con una población árabe ya sometida a vigilancia y discursos de odio, la medida se interpreta como una agresión adicional, una forma de disciplinamiento sonoro que apunta a silenciar la visibilidad —o, mejor dicho, la audibilidad— del otro. No se trata solo de una cuestión técnica de decibelios: se trata de quién tiene derecho a marcar el espacio público y con qué sonidos se define la pertenencia o la exclusión. Desde una perspectiva más teórica, podríamos hablar aquí de una "política de opresión sonora", entendida como el control del entorno acústico como forma de ejercer poder simbólico.

Michel Foucault describió la forma en que las sociedades modernas regulan el cuerpo y la conducta a través de mecanismos invisibles de disciplina[68]; podríamos decir que este caso encarna una variante sonora de ese principio: una "biopolítica acústica" que decide quién puede hablar, rezar o cantar en voz alta y quién debe moverse silenciosamente. En esa lógica, lo que molesta no es el sonido en sí, sino el hecho de que sea un sonido árabe, musulmán, que interrumpe la pretendida hegemonía cultural del espacio judío-israelí. Así, el paisaje sonoro se convierte en un campo de disputa identitaria, donde cada decibelio lleva consigo una carga ideológica.

El conflicto adquiere una característica tensa cuando el ciudadano árabe se encuentra frente a colegas judíos que forman parte, ellos o sus hijos, de las batallas en Gaza. En realidad, no es la primera vez que árabes israelíes se encuentran con colegas que de tanto en tanto cumplen periodos de servicio militar en las reservas. Frecuentemente, el ciudadano árabe tiene algún amigo judío que no oculta el orgullo de ser padre de un soldado que sirve en alguna de aquellas unidades tristemente célebres por sus desmanes en los territorios ocupados. Esta situación no es nueva, pero antes del estallido de esta guerra, el servicio militar no implicaba asesinatos como los que se

cometen actualmente en Gaza. El árabe israelí, aun sabiendo que su amigo israelí al presentarse a servicio posiblemente maltrate a palestinos en algún puesto de control o mientras patrulla dentro de aldeas palestinas, después de tantos años de ocupación, ya se ha habituado a estas situaciones y no considera apropiado romper el vínculo con aquellos amigos judíos por el hecho de vestir uniforme o estar armado. No obstante, esta guerra, ha cambiado el escenario radicalmente. El soldado judío ya no es solo el agente de una ocupación crónica, sino el protagonista de una masacre insostenible. Y es entonces cuando el árabe israelí se ve forzado a plantearse una pregunta incómoda: ¿qué hacer con esos amigos judíos que ahora aparecen uniformados, armados, y forman parte activa del ejército que arrasa Gaza, donde residen hermanos, familiares y miembros de su propio pueblo? ¿Cómo continuar una relación amistosa cuando parte de sus colegas judíos justifican la destrucción, otros prefieren no saber y muchos saben, pero prefieren callar? Muchos no han podido sostener el vínculo y han cortado la relación. Otros han optado por alejarse silenciosamente, buscando excusas para no participar en actividades conjuntas, para no cruzarse. Este dilema es doloroso y absolutamente comprensible. Ante circunstancias de esta magnitud el árabe israelí ha quedado atrapado en una disyuntiva cruel. Si guarda silencio, traiciona a su pueblo. Si protesta, se expone a la sospecha, al despido, a la persecución. Dos ejemplos concretos han sido el de aquella maestra que por anotar en su Facebook una expresión de dolor por la matanza de Gaza fue despedida del trabajo e incluso apresada y acusada de "apoyo al enemigo". El segundo ejemplo, más serio todavía por sus consecuencias políticas, ha sido el proceso de destitución del miembro del Parlamento Aiman Huda, líder del Partido Árabe Unificado, acusado de apoyar al terrorismo por expresar que llegó la hora de liberar a todos los rehenes secuestrados en Gaza, así como también a los prisioneros gazatíes arrestados en Israel. Los ciudadanos árabes se sienten perseguidos y bien saben que los servicios de seguridad no solo graban sermones en mezquitas, sino que también rastrean redes sociales en busca de expresiones de este tipo.

De hecho, reconozco esta disyuntiva también en mí mismo: yo mismo me alejé de amigos palestinos que expresaron simpatía por Hamás o que, tras el

ataque, no tuvieron la delicadeza de manifestar siquiera una mínima solidaridad. Me dolió, me enojó y tomé distancia de ellos. Pero la diferencia está en lo que aconteció después: el enojo fue cediendo paso a la vergüenza. Porque mientras los misiles caían sobre Gaza y las imágenes de destrucción se multiplicaban, me di cuenta de que no podía seguir viendo a mis colegas árabes solo desde la herida del 7 de octubre. Al ciudadano árabe israelí, en cambio, le cuesta hacer ese giro. No puede permitirse revisar su enojo o su relación con israelíes, porque la matanza continúa. Los cuerpos siguen apilándose. Y sus antiguos amigos judíos siguen circulando armados, con uniforme, como si nada hubiera pasado.

En síntesis, los acontecimientos recientes han revelado con crudeza la fragilidad de la convivencia entre los dos pueblos. Porque cuando la violencia se intensifica, los vínculos tambalean. Los ciudadanos árabes israelíes han participado durante años en proyectos de diálogo, de educación para la paz, de cooperación civil. Pero muchos de ellos han sentido en esta guerra que amigos judíos no comparten y no entienden el sufrimiento árabe ante la matanza en Gaza. Esta crisis no niega el valor de los esfuerzos de diálogo, pero obliga a repensarlos.

CAPÍTULO 8

LAS FUERZAS ARMADAS

El 25 de febrero, el brigadier general Yosi Sariel, jefe de una de las más sofisticadas unidades del ejército, en su discurso de dimisión, asume plena responsabilidad por el desastre del 7 de octubre, aunque insinúa que su unidad había proporcionado información sistemática a los altos mandos sobre movimientos preocupantes de Hamás que no fueron tomados con la debida seriedad. Lo verdaderamente significativo de su discurso fue su declaración de que el problema radica en que lo acontecido el 7 de octubre "no se trata de un accidente, sino de una enfermedad: el ejército está enfermo". Este diagnóstico, de boca del jefe de una de las unidades más importante del país, tiene mucho más peso que todos los artículos escritos por intelectuales liberales que expresan desde hace largo tiempo exactamente lo mismo. Sus palabras contienen una gran dosis de verdad, pero con una salvedad fundamental: no es solo el ejército el que está enfermo, sino el país entero. Y no podría ser de otra manera: todo conflicto prolongado termina por corroer la estructura mental de quien ataca, e Israel no es la excepción. Un deterioro crónico lo carcome y la sociedad apenas lo percibe, anestesiada por un alto nivel de vida que encubre la gravedad de su estado. El Titanic se hunde, pero no importa: el bufé sigue abierto.

LA SIMBIOSIS Y SU FRACTURA

En mi libro anterior dediqué un capítulo a la simbiosis imperante entre el ejército y el Gobierno y la forma en que militares veteranos han ido copando la cúpula del sistema civil. El ejército es un semillero de liderazgo político,

económico y administrativo por el cual a lo largo del servicio público se han ido conformando estructuras gubernamentales a imagen y semejanza de las fuerzas de seguridad. Generales retirados llenan las filas de partidos políticos al igual que la jefatura de ministerios cardinales conformando una red de agentes caldeados en el mismo horno, que dominan el espacio público reciclando códigos adquiridos a lo largo del servicio militar. Esta situación ha creado un modelo muy particular que podemos describir como "democracia tutelada por el ejército". Por este motivo, el componente democrático en el sistema israelí es sumamente dudoso, puesto que el modelo militar es la antítesis del modelo democrático. En un sistema democrático, la esfera civil y la militar están claramente separadas. En Israel nunca lo han estado. Esta simbiosis ha generado una cultura organizativa que sigue un modelo jerárquico-militar que limita la deliberación democrática y promueve una lógica de mando y obediencia. Los procedimientos disciplinarios que operan a nivel nacional abortan de antemano toda posibilidad de deliberación abierta. Esto diluye la naturaleza civil del Gobierno y convierte el poder en una estructura de dominación más vertical que representativa. De este modo, a lo largo de los años, el poder fue estructurándose de forma autocrática, en derredor a una agenda preconcebida por patrones de seguridad nacional, donde no hay cabida para voces que desafíen estas posturas.

LA FRACTURA

Sin embargo, la guerra actual ha resquebrajado dicha estructura. Formalmente, el Gobierno continúa manteniendo el poder, a pesar de que su legitimidad está muy cuestionada y la controversia en torno a la responsabilidad por el desastre del 7 de octubre ha enmarañado las relaciones entre ejército y Gobierno. En la práctica, el ejército no solo ejecuta, sino que se ha convertido en un factor que define objetivos estratégicos hasta tal punto que se ha vuelto un actor político autónomo. Hoy en día, vemos con sorpresa el grado de poder que ha adquirido el aparato militar y en particular los grupos ultranacionalistas que han copado la cúpula militar. Cuando el estamento civil es cada día más débil y las órdenes que

publica son cada vez más confusas, es natural que el aparato militar tome iniciativas propias. En realidad, es comprensible que un país en estado de guerra prolongada vaya paulatinamente concentrando más y más poder en manos del ejército, en particular cuando el ministro de Defensa, Israel Katz, carece de experiencia militar. La consecuencia política de esta estructura de poder es que el conflicto perdurará ilimitadamente y se reproducirá en distintas esferas, dado que los titulares de esta estructura no conocen otro modelo de conducta y el conflicto es lo que los mantiene vivos y relevantes.

Sin embargo, también el ejército va perdiendo peso.

EL DESGASTE DE LAS FUERZAS ARMADAS

Tras dos años de guerra, entre el 50 y el 60% de los reservistas convocados han dejado de presentarse a servicio. Este fenómeno constituye un factor operativo crucial en el desarrollo del conflicto. Al ejército le faltan tropas para operar simultáneamente en múltiples frentes —Gaza, el Líbano, Siria y Cisjordania—, y los reservistas, que conforman el grueso de la fuerza de combate, han perdido la motivación que los impulsó a alistarse tras el ataque de Hamás. Muchos de ellos buscan pretextos o recursos legales para evitar reincorporarse.

El alto mando, preocupado por el desgaste físico y emocional de sus soldados, admite que no está en condiciones de asumir ciertas misiones como, por ejemplo, preparar, mantener y custodiar la supuesta "ciudad humanitaria" que el Gobierno pretende establecer en Rafah. Peor aún: después de 900 soldados muertos, un número alarmante de suicidios por causas postraumáticas, 6.000 heridos según cifras oficiales —o 18.000, de acuerdo con fuentes civiles— y más de 10.000 soldados diagnosticados con trastornos mentales, el ejército reconoce que ha llegado al límite. Cuando a principios de agosto de 2025 el Gobierno tomó la decisión de conquistar la ciudad de Gaza y desplazar a más de un millón de habitantes, Eyal Zamir, general en jefe del ejército, manifestó explícitamente que no tenía suficientes soldados para cumplir con esa misión[69]. Para contrarrestar la escasez de reservistas, las autoridades militares lanzaron una campaña sin precedentes:

ofrecían a quien se enrolara voluntariamente un abono especial, superior al salario promedio en el sector público. Esta medida, si bien logró atraer a algunos ciudadanos recientemente desempleados o que habían contraído deudas, no fue suficiente para completar las filas.

La negativa de tantos reservistas a reincorporarse merece una atención especial, ya que revela la existencia de un amplio sector de la ciudadanía cuyas prioridades no coinciden con las del Gobierno y que no están dispuestos a sacrificar su vida personal cada vez que los convocan. Detrás de esta actitud podemos localizar las raíces de un serio proceso de erosión del consenso nacional. Ciudadanos que anteponen sus intereses familiares o éticos podrían estar sentando las bases de un cambio de paradigma en la sociedad israelí. Es cierto que para que ese cambio se consolide no basta con negarse a alistarse: también se necesita una meta afirmativa, una visión humanista. Y eso, precisamente, es lo que escasea en nuestro entorno. Sin embargo, no deja de ser significativo que exista un número creciente de personas que, mediante un simple acto de resistencia pasiva —y cada pretexto para no volver al frente es "resistencia pasiva"— está desafiando al poder desde su propia subjetividad.

Y no solo eso. Durante la reanudación de la guerra en el mes de marzo —tras la negativa del Gobierno israelí a avanzar con la segunda fase del acuerdo con Hamás—, comenzaron a emerger los primeros signos visibles de disidencia y objeción de conciencia. Un primer piloto de combate, Alon Gur, declaró públicamente que no estaba dispuesto a seguir volando sobre Gaza. Poco después, una decena de reservistas se sumaron a su pronunciamiento, anunciando su negativa a continuar colaborando con la ofensiva militar. Más tarde aparecieron los primeros soldados rasos que también se negaron a seguir combatiendo. Cuando el ejército los encarceló, sus madres salieron a manifestarse y el ejército prefirió liberarlos antes de que se consolidara un movimiento de madres contra la guerra, como ocurrió durante la guerra del Líbano, con amplia repercusión mediática. La reacción del ejército ante este fenómeno refleja cierto temor de que la presión materna se extienda y termine afectando el estado anímico de los soldados rasos, cuya resistencia emocional depende, en gran medida, del apoyo familiar.

Sin embargo, esto no es todo: el desgaste también se manifiesta en las relaciones internas dentro de las fuerzas armadas. En agosto se filtró información sobre unas acaloradas discusiones entre el comandante de la Fuerza Aérea y el comandante del Frente Sur —a cargo de la lucha en Gaza — quienes, según el modelo operativo vigente, definen los objetivos que la aviación debe bombardear. El comandante de la Fuerza Aérea acusó a su colega de "falta de profesionalismo", lo que en otras palabras implica que los blancos seleccionados no responden a criterios militares y que un número significativo de ellos han sido, en realidad, objetivos civiles. Esta disputa no gira solo entorno a desacuerdos operativos, sino que habla de profundos desacuerdos ideológicos que evidencian que incluso en el seno de la cúpula militar comienzan a aflorar tensiones que podrían incidir en el desarrollo de la contienda. En una guerra tan prolongada, con tantas aristas problemáticas, era solo cuestión de tiempo que los generales comenzaran a competir entre sí. Esto lo sabemos de guerras anteriores, en las cuales, apenas finalizados los combates, los generales comenzaron a culparse mutuamente por errores o fracasos operativos. Sin embargo, en esta contienda, las "guerras de generales" han comenzado prematuramente, antes del cese total de fuego. Estos roces internos reflejan tensiones más profundas dentro de la estructura militar, agudizadas por la prolongación del conflicto, la falta de una estrategia de salida clara y la creciente presión política. Oficiales de todos los rangos se sienten instrumentalizados por intereses políticos y sospechan que ciertas operaciones responden más a la necesidad del Gobierno de sobrevivir políticamente que a consideraciones estrictamente militares. La falta de cohesión en el alto mando podría convertirse en un factor decisivo en la prolongación —o incluso en el desenlace— de esta guerra.

AVIADORES

Alrededor de los meses de marzo y abril de 2025, el mutismo que caracterizó al ejército israelí desde el comienzo de la guerra comenzó a resquebrajarse. Más de un año y medio pasó desde el inicio de la guerra, y recién entonces los aviadores comienzan a percatarse de que están matando demasiados

civiles, incluyendo mujeres y niños. Pilotos de la fuerza aérea, considerados la élite del ejército israelí, han causado la mayor cantidad de muertes en Gaza. La masacre de decenas de miles de civiles lleva su firma. Han sido precisamente los "veteranos" de la aviación los primeros en alzar la voz y hacer una llamada de atención a los jóvenes aviadores de que, en el curso de este último año, la aviación ha provocado más muerte de civiles que a lo largo de toda la trayectoria de la fuerza aérea militar. Lo que hasta ese entonces había sido un emblema de orgullo —el código que imponía antes de un ataque tomar las máximas precauciones a fin de cerciorarse de que civiles no se encontraran dentro del perímetro de bombardeo— ha desaparecido de la práctica militar y los jóvenes aviadores ya bombardean poblaciones inocentes con inquietante naturalidad. Si ellos han llegado tan bajo, ¿qué podemos esperar de los soldados de infantería generalmente menos sensibilizados y más indoctrinados?

Gradualmente, comenzaron a publicarse cartas abiertas de aviadores veteranos. Dos veteranos de alto rango publicaron sendos artículos en *Haaretz*, el primero en marzo y el segundo en junio, en los que expresaron su pleno respaldo al piloto objetor mencionado anteriormente: "Si estuviéramos en su lugar", escribieron, "tomaríamos la misma decisión. Nuestra conciencia no nos permitiría participar en una guerra ilegítima e inmoral". En ambos artículos escriben que la guerra iniciada el 7 de octubre fue, en sus primeras etapas, una guerra justa frente al ataque criminal de Hamás. Sin embargo, cuando el Gobierno comenzó a introducir objetivos políticos, la guerra perdió legitimidad.

Hace ya tiempo, afirman los dos aviadores veteranos:

> Que sospechamos que la guerra no continúa por razones estratégicas, sino con el único objetivo de garantizar la supervivencia política de Netanyahu. Pero desde el momento en que quedó en evidencia que el primer ministro decidió reanudar las hostilidades únicamente para devolver a Ben Gvir al Gobierno —con el fin de asegurar su respaldo al presupuesto nacional— resulta más claro que nunca que esta fase del conflicto responde exclusivamente a intereses políticos.

Según ellos, la mayoría del pueblo israelí también lo ha comprendido, como lo reflejan diversos sondeos que evidencian que la mayoría apoya el fin

de la guerra y la liberación de los rehenes. Por lo tanto, concluyen, presentarse hoy al servicio militar ya no significa defender intereses estratégicos del Estado, sino tan solo servir a los intereses personales de Netanyahu. Combatir en estas condiciones no solo es ilegítimo, sino también ilegal, y podría incluso encuadrarse dentro de lo que el derecho internacional considera un crimen de guerra.

En otra nota periodística también publicada en el periódico *Haaretz* del 18 de abril 2025, aviadores veteranos corroboraban, de forma anónima, que en el pasado, antes de bombardear, verificaban si en derredor a los objetivos de ataque había civiles, mientras que los pilotos actuales han dejado de hacer esas preguntas y en realidad prefieren no saber quiénes serán sus víctimas[70]. "Hacer esas preguntas implica recibir respuestas que luego no podré soportar", confesó uno de ellos. Por eso, ante esa incómoda disyuntiva han decidido esquivar el dilema moral cumpliendo órdenes como autómatas.

A medida que el círculo de pilotos veteranos fue creciendo y más aviadores fueron tomando conciencia de que algo muy profundo estaba cambiando para mal, los organizadores tomaron la iniciativa de redactar una carta abierta al Gobierno expresando su malestar, cuyo manuscrito atravesó diversas modificaciones hasta su versión final, reflejo de marcadas diferencias entre dos grupos de firmantes: aquellos que sostenían que tenían la obligación moral de negarse a cumplir órdenes que atentaban contra civiles y otros, los llamados moderados , que reconocían la gravedad de la situación y la urgencia de denunciarla, pero se oponían a dejar de obedecer órdenes. Lo sorprendente es que incluso aquellos del grupo moderado, que rechazaban la posibilidad de desacatar órdenes, afirmaron que la guerra había dejado de ser legítima y se había transformado en una guerra política al servicio de intereses partidarios con los cuales no se identificaban. Dicha postura es sorprendente, dado que se trata de gente inteligente, plenamente consciente de ser manipulada a fin de sostener un Gobierno al que se oponen, pero aun así consideran que desacatar órdenes es más dañino que matar palestinos inocentes. "Cuando visto el uniforme", expresó uno de ellos, "soy leal al Gobierno; cuando visto ropa civil, me sumo a las manifestaciones antigubernamentales".

La nota periodística logró captar con precisión los dilemas y contradicciones que atravesaban estos pilotos. En círculos internos, los jóvenes pilotos que no se adhirieron a la carta abierta, no ocultaron su agradecimiento a los veteranos por expresar aquello que les preocupa, pero no se animan a expresarlo frente a sus superiores. Un joven piloto explica que, tras el ataque asesino del 7 de octubre, la aviación procedió a operar de forma agresiva sabiendo que los terroristas se desplazaban dentro de población civil, pero la sensación de peligro era tan fuerte que estaban dispuestos a bombardear todo lo que la cúpula militar ordenaba. Esta explicación, por dura que resulte, es sumamente esclarecedora, ya que puede enmarcarse dentro de cierta lógica, perversa, pero lógica aún. Quienes vivieron el trauma del 7 de octubre pueden comprender dicha reacción. Pero una vez cruzada la línea roja que prohíbe matar civiles, ya no es posible volver atrás. "Una vez mordida la manzana, ya no podremos volver al paraíso", dice un proverbio popular. En el momento en que el piloto, o cualquier oficial militar, se ha adjudicado el derecho de matar civiles, amparado bajo el concepto cínico de "daños colaterales", se vuelve casi imposible trazar con claridad la frontera entre un objetivo militar legítimo y un blanco rodeado de civiles. Más aún, explica uno de los pilotos entrevistados, cada aviador sabe que en el terreno hay soldados expuestos a situaciones peligrosas, por lo que si se negara a bombardear pondría en peligro sus vidas. De modo que siente la obligación moral de bombardear a pesar de que aquel blanco está plagado de civiles.

Sin embargo, este dilema moral, que también puede entenderse dentro de cierta lógica bélica, resulta, demasiado dudoso. Los pilotos saben que no todas las solicitudes de apoyo aéreo provienen de situaciones de peligro real. No obstante, a pesar de ser conscientes de que abundan los oficiales de infantería ávidos de matar que piden cobertura aérea donde no es imprescindible, los pilotos no están en condiciones de exigirles *in situ* explicaciones sobre el grado de peligro que justifica el bombardeo. "Es una vergüenza", afirma uno de los pilotos interpelados, "una mancha negra en la historia de la fuerza aérea, pero no tenemos otra alternativa". Y, de todas formas, ante semejante carga, lo que cada piloto hace es reprimir los

sentimientos: “Mientras estamos operando, no hay espacio para sentimientos. Hay que operar de forma fría y profesional”.

Lo más llamativo de la nota es la estructura organizacional en la que cada piloto se refugia para esquivar remordimientos de conciencia. El piloto no decide qué objetivo atacar ni el armamento que va a lanzar. Detrás tiene todo un aparato jerárquico que decide qué objetivo atacar, cuándo y cómo, incluyendo asesores legales que aprueban o limitan el ataque. El piloto es el último eslabón de una cadena de gente seria y profesional en la que tiene plena confianza, que lo respalda y gracias a la cual siente que está abalado y hace lo correcto. Cada aviador se desempeña dentro de una maquinaria bien aceitada, que funciona de forma coordinada, compaginada, donde nadie, aparentemente, es responsable de la muerte de civiles.

Entre los pilotos entrevistados se encuentran también voces disidentes que se niegan a prestar servicio tras haber tomado conciencia de que esta guerra ya no está destinada a proteger a Israel, sino a salvaguardar al Gobierno: “La fase bélica ya está acabada”, afirman, “a nivel estrictamente militar hemos cumplido con nuestra misión, y si la guerra todavía continúa es porque alguien en la cúpula política tiene interés en perpetuarla”. Este mismo piloto confiesa que en sus 30 años de servicio militar nunca antes había vivido conflictos morales tan crudos y no quiere seguir acumulándolos.

Esta nota periodística, centrada en pilotos de la fuerza aérea, da cuenta del cambio paradigmático que ha sufrido el ejército desde el 7 de octubre. Si ellos, la élite social israelí, ya han cruzado las líneas rojas hasta entonces impensables, podemos imaginar qué ocurre en las filas de la infantería, donde gran parte de los oficiales provienen de grupos derechistas imbuidos en una ideología que justifica, sin reservas, la masacre palestina.

La erosión de las normas morales no ocurre en el vacío. Cuando los sectores tradicionalmente identificados con el profesionalismo, la contención institucional y cierto código ético —como los pilotos de la Fuerza Aérea— comienzan a justificar o a silenciar actos que hasta hace poco eran inaceptables, se pone en evidencia una descomposición más amplia del tejido social. Como bien advirtió Hannah Arendt, cuando la violencia se normaliza y se institucionaliza, la obediencia se disfraza de virtud y la capacidad de

discernimiento ético se ve desplazada por la lógica de la maquinaria[71]. Zygmunt Bauman lo expresó de manera tajante en *Modernidad y Holocausto* (1989) al describir como los sistemas modernos —racionales, burocráticos y jerárquicos— pueden cometer atrocidades precisamente porque distribuyen la responsabilidad entre tantos eslabones, que nadie se siente culpable. En esa estructura, el piloto que aprieta el botón, el abogado que brinda cobertura legal, el oficial que eligió el blanco, aquel que eligió el misil que iba a ser disparado, e incluso el periodista que informa en tono neutro, todos cumplen su función y ninguno asume su responsabilidad. "La cadena de la muerte es tan larga como invisible"[72]. En ese contexto, no solo se debilitan los marcos normativos del ejército: también se erosiona el contrato moral de la sociedad consigo misma.

CAPÍTULO 9

REFORMA JUDICIAL

Uno de los fenómenos más sorprendentes de esta época es la obsesión con la que el Gobierno impulsa una reforma judicial orientada a limitar el poder de la Corte Suprema de Justicia[73]. Aunque parezca insólito, en plena época de incertidumbre, el Gobierno ha emprendido una cruzada destinada a desmantelar los últimos frenos y contrapesos institucionales que limitan su poder absoluto, en particular la Corte de Justicia y la Asesoría Legal del Gobierno. Sin embargo, ambas contiendas —contra Hamás y contra la Corte Suprema de Justicia— no son sino dos caras de una misma moneda y se retroalimentan mutuamente. Para el Gobierno derechista la expresión última de la soberanía reside en el poder y la capacidad de hacer todo lo que le plazca, sin limitaciones "burocráticas", así como tampoco limitaciones "humanitarias". Y eso es precisamente lo que el Gobierno implementa en ambos frentes: en Gaza y en el frente interno.

Dicha reforma comenzó a gestarse inmediatamente después de las elecciones de noviembre de 2022, tras la consolidación de un Gobierno de corte ultranacionalista. En este nuevo escenario, dos de sus componentes sectoriales aprovecharon la coyuntura política para obtener dividendos en temas de su interés. Los partidos ortodoxos exigieron promover una ley que los eximiera del servicio militar, mientras que los partidos de ultraderecha demandaron impulsar la anexión de los territorios de Cisjordania: ambos casos son demandas que chocan frontalmente con el marco legal israelí vigente. Por un lado, la ley estipula con claridad que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, por lo tanto, tienen los mismos derechos y deberes, e imposibilita la exención automática del servicio militar de todo el sector

ortodoxo. Por otro lado, el derecho israelí, en consonancia con el derecho internacional, considera a los territorios palestinos de Cisjordania zonas ocupadas bajo administración militar, que eventualmente deberán ser restituidas a la Autoridad Palestina. De modo que, para poder mantener la coalición nacional, y salirse con la suya, el Gobierno debe desactivar el último bastión capaz de frenar sus planes: la Corte Suprema de Justicia.

A todo esto, no olvidemos que Netanyahu tiene un problema personal con el sistema judicial a raíz del proceso penal en el que está involucrado por causas de fraude y soborno, lo que incrementa su interés en debilitarlo.

Esta situación, en la que la Corte de Justicia limita los intereses partidarios, ha sacado al Gobierno de sus casillas. Desde su perspectiva, la Corte Suprema no es más que una élite burguesa que conspira contra el pueblo y desconoce que el único órgano estatal autorizado para gobernar el país es el poder ejecutivo, elegido democráticamente, y no un reducido concilio de magistrados jamás elegidos por la ciudadanía. Por lo tanto —argumentan—, la Corte no debería tener la facultad de anular leyes que el Gobierno pretende impulsar. De ahí el eslogan, tan popular en los círculos derechistas: "Abajo la dictadura de la Corte Suprema de Justicia".

Cuando a comienzos de mayo de 2025 la Corte Suprema anuló la destitución del jefe de los servicios secretos, alegando que el procedimiento no había cumplido con los requisitos legales, uno de los ministros del Gobierno llegó a declarar, sin tapujos, que ya era hora de "desmantelar la Corte de Justicia". Más grave aún, en agosto del mismo año, cuando la Corte anuló la destitución de la asesora legal nacional, Gali Baharav-Miara, aduciendo nuevamente la invalidez del procedimiento, dos ministros incurrieron en un acto sin precedentes de desobediencia abierta al fallo del máximo tribunal. El ministro de Comunicación difundió una notificación a sus subordinados cancelando todas las directivas que ella había emitido, mientras que el ministro de Justicia llegó incluso a cambiar la cerradura de su oficina para impedirle la entrada.

Este atropello gubernamental desató una reacción popular masiva de sectores liberales, alarmados por el intento del Gobierno de concentrar todo el poder estatal y neutralizar los mecanismos destinados a evitar el

descarrilamiento de la democracia. Durante meses, cientos de miles de personas se manifestaron cada fin de semana; entre ellas, miles de reservistas que anunciaron que dejarían de presentarse al servicio si se aprobaba la reforma judicial, alegando que habían jurado lealtad a un Estado democrático y no a una dictadura. Las protestas, pese a la dura represión policial, consiguieron frenar el avance de la reforma. Pero la tensión escaló hasta el punto de vislumbrarse, en el horizonte, los primeros signos de una posible guerra civil.

Sin embargo, todo este proceso se interrumpió bruscamente con el ataque del 7 de octubre. La guerra en Gaza frenó de manera abrupta el debate interno en torno a la reforma judicial. La conmoción general y la necesidad de unidad nacional frente a la amenaza externa congelaron temporalmente aquel proyecto gubernamental. Sin embargo, lejos de desaparecer, el impulso reformista se mantuvo latente. Entre sus expresiones más alarmantes se incluyen un intento fallido de elegir un nuevo presidente de la Corte Suprema más afín a la agenda gubernamental, una propuesta de ley que impone un nuevo mecanismo de elección de jueces que facilitaría el nombramiento de magistrados adeptos al Gobierno y una campaña sistemática enfocada en la destitución de la asesora legal del Gobierno, quien se negó sistemáticamente a representar al Gobierno en demandas civiles contra proyectos de ley problemáticos impulsados por el oficialismo.

Con la guerra de trasfondo, el proyecto de reforma judicial reapareció con mayor virulencia, ahora revestido de una lógica de emergencia nacional. La guerra, entonces, no solo no interrumpió la crisis institucional, sino que la reconfiguró abriendo paso a una nueva etapa en la que la erosión democrática pudo avanzar bajo el amparo de una guerra sin final a la vista. La manipulación de la guerra, a fin de promover reformas judiciales, ha llegado a tal nivel de degradación que la derecha acusa a la Corte de Justicia de impedir la victoria sobre Hamás. ¡Ni más ni menos! En las pancartas de la manifestación que organizaron el 5 de junio, aparecen las imágenes del presidente de la Corte Suprema, la de la asesora legal del Gobierno y la del emblemático exmagistrado Aharon Barak ¡bajo la consigna "el pueblo no permitirá que obstruyan el triunfo"! Esta burda acusación no solo es falsa, ya

que es sabido que la Corte nunca interviene cuando se trata de operaciones militares, sino que es facinerosa, dado que contiene todos los elementos que conducen a una guerra civil.

DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

Lejos de ser fenómenos desconectados, la reforma judicial y la guerra en Gaza deben ser leídas como dos caras de una misma moneda. Ambas ofensivas —una constitucional y la otra militar— se realimentan mutuamente. La guerra proporciona el clima emocional, la lógica de emergencia y la idea de amenaza existencial que legitiman la concentración del poder. Al mismo tiempo, la reforma judicial busca desmantelar las últimas instancias capaces de limitar la capacidad de acción del Gobierno, aprovechando el contexto bélico, en particular en Cisjordania.

Así, la guerra no ha abierto solo un paréntesis en el conflicto institucional, sino que ha funcionado como el catalizador que permitió al Gobierno avanzar hacia su verdadero objetivo: instaurar un régimen donde ya no haya distinción entre lo legal y lo ideológico, entre política de Estado y voluntad de partido. La reforma y la guerra, en última instancia, responden a un mismo proyecto: la cancelación del límite.

Esta dinámica remite al fenómeno descrito por Naomi Klein en *La doctrina del shock*, donde muestra cómo las élites políticas y económicas han aprendido a aprovechar momentos de crisis profunda para imponer cambios radicales que en circunstancias normales encontrarían una feroz resistencia social[74]. De acuerdo a esta doctrina, tanto la reforma judicial como la guerra en Gaza no son eventos aislados, sino componentes de una estrategia más amplia destinada a reconfigurar el equilibrio de poderes en Israel. Alonzo Zarza, en la misma línea de pensamiento, sostiene con suma razón que el ataque de Hamás en 2023 es visto por el Gobierno como "un desastre productivo", una oportunidad para materializar las tendencias más extremas de Israel. Ello se manifiesta en un intento de aprovechar la conmoción general para controlar el espacio público y los medios de comunicación, maltratar a disidentes y atropellar los derechos humanos tanto dentro de

Israel como en los territorios ocupados[75]. La guerra en Gaza, más que una interrupción del proceso de erosión democrática iniciado con la reforma judicial, funcionó como un *shock* colectivo que debilitó la capacidad de resistencia ciudadana y permitió al Gobierno avanzar en su proyecto de concentración de poder.

De modo que reforma judicial y guerra en Gaza no son dos procesos paralelos, sino dos expresiones de una misma lógica de poder que opera en dimensiones distintas: la interna y la externa. En el plano interno, la reforma apunta a anular al "otro" democrático, representado por la Corte Suprema, las organizaciones civiles y cualquier instancia capaz de limitar la voluntad del Gobierno. En el plano externo, la guerra tiene como objetivo anular al "otro" nacional, es decir, al pueblo palestino, cuya mera existencia cuestiona el proyecto de soberanía absoluta sobre toda la tierra. Reforma y guerra no son, entonces, realidades opuestas, sino dos caras de un mismo proyecto de control soberano: una destinada a reconfigurar el orden interno eliminando contrapesos legales y la otra destinada a reconfigurar el espacio externo eliminando resistencias nacionales. En ambos casos, el mecanismo es el mismo: allí donde surge un límite —sea legal, o institucional—, se percibe como un obstáculo ilegítimo que atenta contra la seguridad de Israel. La Corte es vista como un enemigo interno que impide la realización plena del proyecto político nacionalista. Del mismo modo, la Autoridad Palestina, al reclamar sus derechos, es vista como un enemigo externo cuya existencia misma amenaza ese mismo proyecto nacional. Esta convergencia entre política interna y política externa evidencia que reforma y guerra no son sino dos fases de una misma dinámica expansiva, que busca abolir los controles legales, territoriales y éticos que durante décadas funcionaron —aunque de manera imperfecta— como salvaguardas de una democracia liberal en Israel.

La dinámica que vincula la reforma judicial y la guerra de Gaza puede comprenderse aún más profundamente si la leemos a través de la lente conceptual de Carl Schmitt, quien advirtió que en el fundamento último de todo régimen político, el derecho, las instituciones y las reglas dejan de ser marcos de mediación y se transforman en simples instrumentos al servicio del soberano[76]. En el caso israelí, tanto la reforma judicial como la guerra

expresan una deriva hacia un régimen que ya no reconoce límites compartidos ni internos ni externos. Toda forma de alteridad —sea la Corte que objeta una ley o el palestino que reclama su tierra— es catalogada bajo la categoría de "enemigo", por lo que debe ser neutralizado, subordinado o eliminado.

Este proceso encaja con aquella triste conclusión a la que vuelvo a lo largo de todos mis textos —un proceso acabará con el mismo Estado de Israel—. Para Avrum Burg, quien después de haberse desempeñado como presidente de la Knesset y presidente de la Agencia Judía para la Tierra de Israel, bien sabe lo que dice, este país ya está perdido —colonos mesianistas ya lo han desmantelado— "este país no existe más"[77]. Situaciones de esta índole no son propias de Israel: Desmond Morris advierte en su clásico estudio *El zoo humano* que la historia de imperios basados en la fuerza nos ha demostrado que "se puede dominar mucho a muchos y durante mucho tiempo", pero a la larga estos imperios se desmoronan, puesto que "dada su deformada estructura social, sus días están contados"[78]. Como bien sugiere Schmitt en sus textos más sombríos, esta tendencia absolutista termina destruyendo la posibilidad de constituir un "nosotros" político sostenible. Al abolir el espacio de mediación —ese terreno donde ambos bandos pueden aún reconocerse bajo un marco común de reglas—, la sociedad israelí se debilita desde dentro, entregándose a una espiral permanente de enfrentamiento, sospecha y violencia. Una comunidad que ya no reconoce límites ni derechos para el "otro" acaba también por perder la capacidad de sostener sus propios límites, al igual que la aptitud de discernir entre lo permitido y lo prohibido. Sin límites no hay ley que valga. Sin límites esto es una jungla.

NECROPOLÍTICA

La conexión entre democracia y guerra en el caso israelí puede entenderse en profundidad a partir de las reflexiones de Achille Mbembe, quien en *Necropolítica*[79] desarrolla una crítica radical a la forma en que las democracias contemporáneas administran la vida y la muerte. De acuerdo a

Mbembe, el desarrollo de la guerra en Gaza no es un accidente externo al régimen democrático israelí, sino una manifestación estructural de su forma de gestionar la soberanía frente a la alteridad palestina. La guerra en Gaza es la otra cara de la democracia israelí, una de sus modalidades de operación. Para Mbembe, la democracia moderna —lejos de ser un espacio exclusivamente regido por el derecho, la igualdad y la protección de la vida — nació históricamente entrelazada con prácticas sistemáticas de exclusión, dominación y violencia, como el colonialismo, la esclavitud y el *apartheid*. Estas prácticas no fueron anomalías ni perversiones externas a la democracia, sino constitutivas de su creación y consolidación. El nacimiento del Estado de Israel se acopla perfectamente a dicha reflexión; desde sus inicios, democracia y dominación nacieron tomadas de la mano y no dejan de reñir entre ellas. Desde esta perspectiva, la guerra contra Gaza no aparece como una ruptura o excepción a la lógica democrática israelí, sino como una prolongación estructural de sus mecanismos de soberanía. Esta forma de ejercer la soberanía, basada en la producción de "zonas de muerte" donde el derecho queda suspendido y la vida humana se vuelve radicalmente vulnerable, es lo que Mbembe denomina "necropolítica". En el caso de Israel, esta lógica perversa se despliega tanto hacia adentro como hacia afuera. Internamente, el Gobierno busca desarticular los mecanismos legales que limitan su poder y garantizar así su soberanía absoluta sobre el espacio político. Externamente, en Gaza, la misma pulsión soberana se manifiesta mediante la destrucción sistemática y la gestión militarizada de una población tratada como "descartable". Descartables no son solo los palestinos, sino también los mismos ciudadanos judíos, como lo demuestra el hecho de que 20 rehenes siguen agonizando en los túneles de Gaza sin que el Gobierno haga lo necesario para intercambiarlos. Como bien advierte Mbembe, esta combinación no solo cuestiona la pretensión de las democracias liberales de ser espacios de derecho y protección de la vida, también las convierte en sistemas cada vez más dependientes de la violencia para sostener su propia forma de existencia. El resultado, en el caso israelí, es una democracia cada vez más cerrada en sí misma, incapaz de reconocer la alteridad como interlocutora legítima y que por ello deriva hacia un

régimen de excepción permanente, tanto interno como externo. Así, la guerra en Gaza y la erosión del sistema judicial israelí son manifestaciones complementarias de un mismo proceso en el cual el poder cabalga sobre la lógica de la enemistad y la administración de la muerte.

La lectura de Achille Mbembe permite iluminar de manera particularmente aguda las contradicciones inherentes al proyecto sionista. Esta contienda paralela en el frente interno y el externo encaja dentro de cierto tipo de racionalidad política moderna, especialmente en países que enfrentan su propia contradicción entre su pretensión de ser considerados democráticos y la práctica discriminatoria implementada contra una parte de su población. Mbembe sostiene que la violencia inherente a estos países no es una anomalía: emerge precisamente de la tensión irresoluble entre la proclamación de principios universales de derecho y libertad, y la necesidad de sostener un orden de privilegios políticos, territoriales o identitarios. Esta estructura disonante encuentra en Israel una expresión especialmente nítida. Tal como lo he expresado a lo largo de mis escritos, aquella fórmula que define a Israel como un Estado democrático y judío encierra una tensión constitutiva que se agudiza aún más en el contexto de la ocupación militar prolongada de territorios palestinos, dado que democracia y ocupación no pueden marchar juntas. Ambos conceptos se contradicen, y ante la obstinación israelí de acaparar los territorios palestinos, Israel ha sacrificado la democracia en aras de la ocupación. De ahí que lejos de jactarse de ser "la única democracia de Oriente Medio", Israel debe ser considerado un prototipo particular de etnocracia, es decir, un régimen en el cual solo el colectivo judío goza de democracia.

En este marco, la guerra en Gaza y la reforma judicial aparecen como respuestas complementarias a la misma crisis estructural. La guerra representa la gestión externa de la contradicción: la incapacidad de integrar a la población palestina como sujetos de derecho se resuelve a través de su exclusión violenta y su reducción a una condición de administrados, dominados, ignorados o directamente eliminados. La reforma judicial, en cambio, busca resolver la dimensión interna de la contradicción: desarmar los mecanismos legales que aún podrían poner límites a la afirmación plena de la

identidad nacional judía, por encima de las garantías democráticas.

Desde esta perspectiva, la guerra en Gaza no es entonces un episodio externo a la crisis democrática israelí, sino su manifestación más extrema: la demostración de que el modelo de Estado que pretende ser simultáneamente judío, democrático y ocupante solo puede mantenerse mediante formas de violencia normalizada que tarde o temprano se vuelve contra sus mismos gestores.

LA EROSIÓN DEL SISTEMA DEMOCRÁTICO

Tal como ya lo hemos mencionado, durante el *impasse* entre enero y marzo, el Gobierno renovó la reforma judicial que sacudió al país desde las elecciones de noviembre de 2022. Esta reforma que el Gobierno está empecinado en promover representa un ataque contra las pocas instituciones del sistema democrático todavía vigentes. Volvamos a repetir que al referirme al "sistema democrático", aludo a la fachada democrática que lo caracteriza, a sus apariencias y a sus artimañas, pero no a su esencia ni a su contenido, ya que la naturaleza del sistema israelí es diametralmente opuesta al espíritu de todo lo que la democracia representa.

Para la derecha nacionalista, aquella que orbita en torno a Netanyahu, la democracia es un estorbo, un lastre que hay que quitar del camino. En el relato derechista, democracia es sinónimo de izquierdismo, el caballo de batalla con el cual la izquierda intenta socavar la legitimidad del Gobierno derechista. Más grave aún, para la derecha mesiánica, aquella que gira en derredor a Ben Gvir y Smotrich, la democracia es incluso una amenaza existencial, ya que, desde su perspectiva, la ecuación que define un Israel "democrático y judío", poniendo ambos valores en un mismo nivel, atenta contra la idea de la supremacía judía que aspira a un país en el cual el componente democrático estará supeditado al factor judío. De acuerdo a esta visión, el sistema judicial debe ser subordinado a la autoridad religiosa, y en todo tema en que lo judío y lo democrático se contrapongan, prevalecerá el factor judío. Por lo tanto, no serán los magistrados de la Corte quienes determinarán el marco normativo del Estado: los rabinos tendrán la última

palabra. De este modo, lo que está en juego no es solo el futuro del sistema legal, sino la esencia misma del Estado de Israel. El Gobierno conduce a Israel por una senda en la que se quiebra el frágil equilibrio entre su carácter judío y su fachada democrática.

Esta erosión paulatina del sistema democrático es difícil de advertir, dado que —salvo en casos de golpes militares, donde los regímenes cambian abruptamente— la degradación democrática suele producirse de manera gradual y encubierta, sin declaraciones rimbombantes ni medidas abiertamente represivas. Israel es un ejemplo paradigmático de cómo, en el transcurso de las últimas décadas, su estatuto democrático ha ido degenerando sigilosamente, casi sin que nos percatáramos. Esto ha podido suceder porque el pueblo judío arrastra una carencia histórica de tradición democrática. Dos mil años de vida en diáspora, en los cuales la autoridad comunitaria estuvo en manos de rabinos que limitaban el libre albedrio, no prepararon al pueblo judío para constituir una democracia plena. No debe sorprendernos entonces que con la fundación del Estado de Israel se instaló una democracia defectuosa y deficiente, adoptando formas democráticas, pero sin comprender cabalmente su contenido. De modo que cuando se trata de un pueblo resentido y sin tradición democrática, la reforma judicial que pretende anular los mecanismos de contención puede transformarse en el umbral de un régimen dictatorial.

Esta falta de tradición democrática se agudizó tras la conquista de Cisjordania en 1967, cuando una población palestina que hoy supera los 2,5 millones de personas entró bajo control israelí. Desde entonces, Israel desplegó un aparato de opresión absoluta, cuyos métodos, sin que lo advirtiéramos, fueron filtrándose en los códigos de conducta israelíes. Las normas de excepción aplicadas en los territorios ocupados no solo contaminan, sino que reconfiguran las prácticas y valores dentro de Israel, volviéndose parte de su ADN político y social. Este proceso social se aceleró a partir del momento en que el ejército fue copado por colonos que han instaurado su agenda política en los ámbitos militares. Al instaurar en los territorios un régimen de excepción permanente —donde los derechos humanos y las libertades básicas son sistemáticamente anulados—, Israel ha

generado un laboratorio de prácticas autoritarias que no quedaron confinadas al otro lado de la "línea verde" —la frontera entre Israel y Jordania previa a la guerra del 67—. Por el contrario, esas normas de excepción han contaminado profundamente el sistema democrático israelí. No se trata solo de una influencia lateral o periférica, sino de un proceso estructural que ha modificado la cultura política israelí, introduciendo en su seno mecanismos de control, represión y exclusión que antes se ejercían solo sobre los palestinos y que hoy se aplican también contra sectores críticos de la propia sociedad israelí.

La reforma judicial que hoy promueve el Gobierno no es otra cosa que la formalización de ese traslado de los códigos de conducta aplicados contra la población palestina en Cisjordania al propio territorio israelí. Este proceso avanza con suma naturalidad, ya que, para amplios sectores de la sociedad israelí, los palestinos son enemigos, pero no menos lo son aquellos ciudadanos israelíes que se oponen a la ocupación, incluidos los sistemas legales que obstaculizan o impiden que la derecha se salga con la suya.

La conducta policial, desde siempre, pero especialmente desde que el ultraderechista Ben Gvir fue nombrado ministro de Seguridad Nacional, demuestra que los modelos importados de Cisjordania ya se han instalado en Israel. Las prácticas de dominación que nacieron en los territorios ocupados se institucionalizan ahora dentro de Israel, transformando sus propios sistemas legales en herramientas al servicio de un régimen de excepción permanente. Este proceso pone en evidencia que Cisjordania ya está implantada en el corazón mismo de la estructura política y social israelí. ¡No me cansaré de señalar que cuando Leibovich decía que la ocupación degenera, sabía lo que decía!

EL ESTILO NETANYAHU

A finales de marzo de 2025 el Gobierno destituyó a Ronen Bar, jefe del servicio de inteligencia (Shabak). Inmediatamente, la Corte de Justicia lo anuló alegando que la ley impone un procedimiento largo y complejo previa destitución de funcionarios de alto rango. Tras la anulación de la destitución,

el mismo Ronen Bar presenta su renuncia, ante lo cual Netanyahu se apresura a nombrar como substituto al general David Zini, figura con orientación derechista religiosa. Nuevamente, la Corte se vio obligada a emitir un veredicto que dictamina que, dado que el Shabak está involucrado en la investigación del caso Catargate en el que están acusados dos de sus asesores, Netanyahu se encuentra en "conflicto de intereses" por lo cual no está habilitado a nominar al jefe del servicio que investiga a sus allegados. Aquí se produce una maniobra cínica que refleja uno de los aspectos interesantes del fenómeno Netanyahu. Después de infringir la ley, la misma asesora legal (que él se propuso destituir), consciente de que en el curso de la guerra el Shabak no puede funcionar sin jefe, propuso una fórmula que permite nombrar al sustituto, incluso al mismo general que Netanyahu tiene interés en nombrar, basada en un trámite procedural por el cual Netanyahu cederá la prerrogativa de nombrar al jefe del servicio de seguridad a otro de sus ministros. En otras palabras, la asesora legal propuso que otro ministro fingiera la nominación del jefe del servicio de seguridad, aunque en realidad sería Netanyahu quien lo nominara con la firma de otro ministro. Netanyahu no estuvo dispuesto a jugar este juego y se empecinó en que solo él lo nombraría.

Esta actitud no es un capricho infantil, sino una estrategia premeditada que refleja un aspecto interesante de su personalidad. A sabiendas de que el público no está compenetrado en los detalles, Netanyahu presentará este caso como otra evidencia que la asesora legal, en complicidad con la Corte de Justicia, atenta contra la seguridad del país. Ni más ni menos. No importa cuántas veces la Asesora explique que no se trata de anular el nombramiento, sino tan solo de un trámite insignificante, que de hecho no afecta en nada al nombramiento de la misma figura que Netanyahu pretende. Netanyahu sabrá sacar provecho de este proceso para demostrar que la Corte y la procuradora, los mismos que lo están procesando por corrupción, atentan contra la seguridad del país. Para Netanyahu esta es otra oportunidad de demostrar que aquellos que lo juzgan son una banda de irresponsables y que el proceso judicial en el que está implicado responde a motivos políticos. La mayor parte de la opinión pública, que de todas maneras está convencida que así es,

abrazará automáticamente este argumento y Netanyahu ganará puntos basándose en que se trata de un fraude (uno más) infundado. Este es el estilo embustero de Netanyahu, que, por un lado irrita, pero por otro lado nos hace reconocer que estamos frente a un estratega brillante en el arte de la manipulación.

LA CORTE SUPREMA DE (SIN)JUSTICIA

Otro de los aspectos que han cambiado radicalmente durante este segundo año de guerra es el papel que desempeña la Corte Suprema de Justicia en este contexto bélico. Quienes creíamos que la Corte es uno de los últimos bastiones en la lucha contra la discriminación —y salimos en su defensa frente a la reforma jurídica que el Gobierno intenta implantar— nos encontramos, a la luz de los acontecimientos, ante una Corte desfigurada.

Desde siempre, los analistas han recalcado que en lo que concierne a la población palestina el sistema judicial no tiene mucho de qué jactarse. Paradójicamente, la Corte Suprema ha sido uno de los sustentos más firmes de la ocupación. En todo lo que respecta a confiscación de tierras, construcción de asentamientos ilegales, arrestos administrativos, demolición de casas y demás violaciones de derechos básicos, la Corte ha respaldado, casi siempre, la política gubernamental. Una mirada indulgente sostendrá que el problema no radica en el funcionamiento de la Corte en sí, sino en el corpus legislativo del que ellos no pueden desviarse a pesar de ser conscientes de que se trata de un entramado de leyes formuladas de manera aparentemente neutral, con la intención implícita de restringir los derechos de la población árabe. Mientras estas leyes sigan vigentes, dirán, los magistrados no tienen más opción que atenerse a ellas. Esta explicación no me convence, ya que la Corte Suprema de Justicia goza de amplias facultades interpretativas que le permitirían aplicar la ley de maneras diversas. Si realmente quisiera poner fin a las leyes discriminatorias, cuentan con más de una herramienta legal para hacerlo. El caso de las demoliciones de viviendas es ilustrativo: se amparan en la legislación que prohíbe construir sin licencia, lo cual, en principio, resulta razonable. Sin embargo, estos jueces son

plenamente conscientes de que el Gobierno ha creado una situación en la que los ciudadanos árabes tienen muy pocas posibilidades de obtener permisos de construcción. Las trabas impuestas a esta población para edificar de forma legal son tan numerosas y complejas que, en la práctica, hacen casi imposible cumplir con las normativas. Por ejemplo, en Jerusalén Oriental, para poder obtener un permiso de construcción, el plan urbanístico debe designar la parcela en cuestión "zona residencial". Sin embargo, los planes urbanísticos aprobados clasifican la mayor parte de las tierras palestinas "zonas verdes", en las que la construcción está expresamente prohibida. En muchos casos, ni siquiera ha sido aprobado plan urbanístico alguno, lo que impide toda posibilidad de construir. La Corte Suprema es plenamente consciente de esta situación, pero en lugar de exigir explicaciones al Estado por esta evidente discriminación estructural, prefiere amoldarse a la letra de la ley, ignorando su espíritu y legitimando con su pasividad una política claramente discriminatoria. Otro ejemplo aún más burdo es el de la confiscación de tierras: basta con que el Gobierno alegue "motivos de seguridad" para que la Corte otorgue su visto bueno a prácticamente cualquier apropiación de tierra palestina. Queda así en evidencia que la Corte no es, ni ha sido, un espacio adecuado para la defensa de los derechos de la población palestina. Lo que no podíamos saber es el grado de colaboración activa que la Corte otorga al Gobierno y al ejército en contextos extremos de guerra.

A lo largo del conflicto, diversas organizaciones de derechos humanos han presentado apelaciones relacionadas con violaciones fundamentales a los derechos humanos, las cuales han sido rechazadas sistemáticamente. Una de ellas, interpuesta por la Asociación Israelí Pro-Derechos Humanos, exige permitir al Comité Internacional de la Cruz Roja visitar palestinos arrestados durante la guerra. Dicha apelación, que exige el cumplimiento de los Convenios de Ginebra, ha sido postergada 20 veces, a solicitud del Gobierno, quien una y otra vez pidió una nueva prórroga antes de redactar su respuesta (la última de ellas el pasado 6 de agosto). 20 veces la Corte accedió a extender el plazo, aguardando una respuesta oficial que no llega. Otra apelación, presentada por la organización Médicos Pro-Derechos Humanos exigía que Israel permitiera la salida de Gaza de heridos y enfermos crónicos

para permitirles recibir atención médica en Israel o en otros países. La respuesta gubernamental ha sido que el Gobierno está planificando un mecanismo para evacuar a estas personas, ante lo cual, la Corte, basándose únicamente en esa promesa, decidió cerrar el caso. Los apelantes solicitaron que la apelación permaneciera abierta hasta que se confirmara que dicho mecanismo había sido efectivamente implementado, pero la Corte se negó. A día de hoy, salvo casos excepcionales, ese mecanismo jamás ha entrado en funcionamiento.

En la misma línea, la Corte rechazó el reclamo de organizaciones humanitarias internacionales de renovar los visados de sus funcionarios luego de que una vez vencidos el Gobierno se negara a renovarlos. También desestimó la apelación presentada por periodistas extranjeros que exigían el acceso a Gaza para informar de primera mano sobre lo que allí sucede, sin depender exclusivamente del portavoz del ejército. Asimismo, rechazó apelaciones que pedían mejorar las condiciones sanitarias de los presos palestinos, incluso después de que 76 de ellos murieran, entre otras razones, por falta de atención médica adecuada y desnutrición.

Entre todas las apelaciones rechazadas por la Corte Suprema de Justicia, la más desmesurada e inhumana fue, sin duda, la que se presentó contra la política de hambruna impuesta en la Franja de Gaza. Esta apelación, interpuesta por cinco organizaciones de derechos humanos en marzo de 2024, fue presentada cuando el ejército anunció que comenzaría a restringir severamente el ingreso de ayuda humanitaria y comenzaron a hacerse públicos los primeros informes sobre crisis humanitaria y hambruna entre la población civil. La petición exigía que se permitiera la entrada de alimentos, medicinas y asistencia humanitaria. A primera vista, parecería inconcebible rechazar una apelación de tal naturaleza. Sin embargo, pese a la urgencia manifiesta del caso, la Corte actuó con una lentitud inexplicable, dilatando su tratamiento durante todo un año. El 2 de marzo de 2025, la crisis humanitaria se agravó aún más, luego de que Israel anunciara el cierre hermético del paso fronterizo, lo que detuvo por completo la entrada de los pocos camiones que aún transportaban alimentos. El 27 de marzo, la Corte Suprema emitió su fallo: declaró que adoptaba la versión oficial del Estado, según la cual “no

hay escasez de alimentos en la Franja de Gaza". Es decir, frente a los informes de todas las organizaciones humanitarias que aún operan en Gaza, frente a las advertencias de las Naciones Unidas, e incluso ante las imágenes de mujeres y niños corriendo con recipientes en mano hacia los pocos puntos donde todavía se distribuía algo de comida, la Corte decidió avalar la versión oficial israelí que niega lo que sabe todo el mundo menos Israel. Por si fuera poco, el fallo de la Corte se basó en datos que eran relevantes antes del 2 de marzo, fecha en que se interrumpió por completo el ingreso de alimentos a Gaza. El hecho de que, a partir de ese día, la situación humanitaria se agravara de forma drástica no modificó en absoluto el contenido del dictamen judicial. Una situación de esta índole —en la que está en juego la vida de miles de personas inocentes por falta de comida o medicinas, mientras la Corte se lava las manos— no tiene precedentes en la historia de Israel. ¿Qué puede ser más humanitario que permitir la entrada de alimentos y medicamentos? ¿Qué hay más justo que ordenar al ejército facilitar su ingreso? Sin embargo, incluso frente a esta exigencia básica, la Corte no tuvo el coraje moral de pronunciarse.

Esta escena, casi surrealista, en la que la propia Corte Suprema respalda sin reservas las decisiones del ejército, representa un golpe fatal para el movimiento pacifista, que hasta hace poco aún creía que la Corte era uno de los últimos bastiones de la democracia y la justicia. Es probable, como sostienen algunos analistas, que la actitud de la Corte Suprema sea en parte una reacción a los ataques grotescos que el Gobierno ha lanzado contra el sistema judicial. Aunque hasta ahora el Gobierno no ha logrado implementar sus reformas, y en particular ha fracasado en su intento de destituir al presidente de la Corte Suprema, el juez Itzhak Amit, y a la fiscal general Galia Baharav-Miara, lo cierto es que ha logrado sembrar temor dentro del poder judicial. Muchos magistrados prefieren no brindar al Gobierno nuevos argumentos con los cuales ser atacados y adoptan una autocensura destinada a evitar mayores contratiempos institucionales. Puede que esta explicación sea válida, pero no mitiga el hecho de que en el transcurso de este último año hemos comprendido que ya no podemos contar con ella. Es deprimente ver cómo van cayendo una tras otra las instituciones consagradas al respeto de

los derechos humanos y encargadas de salvaguardar la justicia. El tsunami arrastra todo y debemos tener mucha fortaleza para no dejarnos arrasar. Estamos prácticamente solos. Y por eso, más que nunca, debemos apoyarnos unos en otros, cada día que pasa nos necesitamos más.

NI DIMISIÓN NI INVESTIGACIÓN

En un país "normal", un cataclismo de la magnitud de lo sucedido el 7 de octubre habría conducido, casi automáticamente, a dos medidas ineludibles: la designación de una comisión de investigación de la más alta jerarquía y la renuncia del Gobierno. Sin embargo, nada de esto ocurre en Israel. El Gobierno se niega a convocar una comisión nacional que esclarezca los motivos de este desastre y no muestra la menor intención de asumir responsabilidad política y dimitir.

La negativa de Netanyahu a convocar una comisión nacional que investigue las causas del desastre del 7 de octubre se debe evidentemente a que desde cualquier ángulo desde el que analicemos los hechos, Netanyahu saldría perjudicado. Por cierto, no es el único responsable de este desastre. El ejército, al igual que los servicios de inteligencia, son responsables en la misma medida. Pero la responsabilidad recae sobre todo en quien está al frente del aparato estatal y al mentor de la estrategia que durante años fortaleció a Hamás y, por ende, facilitó este ataque.

Sin embargo, ante la imposibilidad de negarse abiertamente a crear una comisión de investigación, Netanyahu ha optado por respaldar una versión limitada y mutilada, con competencias restringidas, sin facultades judiciales y privada además del acceso a documentos clasificados de alta seguridad. Es evidente que, sin la posibilidad de revisar aquellos protocolos, no será posible llegar a ninguna conclusión válida y efectiva. Para Netanyahu, lo que está en juego por encima de todo es la imagen que dejará para la posteridad. Si hasta octubre de 2023 apuntaba a inscribirse en la historia como el mejor primer ministro de Israel desde Ben-Gurión, ahora su imagen ha dado un giro radical, ubicándolo a la par de Golda Meir, responsable del trágico ataque de Yom Kipur en 1973. Es por ello por lo que Netanyahu no puede permitirse

que una comisión independiente saque a la luz sus desaciertos y torpezas. En su repertorio de excusas destinadas a bloquear tal comisión, argumenta que las investigaciones internas del ejército ya han determinado sus propios fallos, tanto antes del ataque como durante la contienda, por lo cual, no tendría sentido crear una nueva comisión que cuestione lo que, a su juicio, ya está "esclarecido". Con ello, no solo oculta su responsabilidad política, sino que perpetúa una cultura de opacidad que impide extraer las lecciones operativas más elementales. A este alegato añade que no es este el momento apropiado para iniciar una investigación, ya que, mientras la guerra continúa, una investigación de esa naturaleza podría ser perjudicial. Dicho argumento también podría parecer lógico si no fuera porque, inmediatamente después de esgrimirlo, exige al ejército y al servicio de seguridad investigar su propio desempeño en plena época de guerra, como si a ellos la investigación no pudiera afectarlos. Esta falta de coherencia es propia de quien intenta desvincularse del desastre de octubre de 2023, con la esperanza de que con el paso del tiempo el público se conforme con lo ya publicado y deje de exigirle una rendición de cuentas transparente. Según todos estos argumentos, la demanda popular de constituir una comisión estatal que investigue el desastre del 7 de octubre es catalogada por la derecha como un complot de la izquierda.

En cuanto a la posibilidad de que Netanyahu renuncie, o que el Gobierno en conjunto dimita, no cabe duda de que se trata de una mera fantasía. Netanyahu no tiene intención de dimitir en tanto siga abierto su proceso judicial por corrupción, ya que su investidura le confiere cierto grado de inmunidad. Mientras las encuestas no garanticen su victoria en las próximas elecciones, renunciar a su cargo podría ser muy arriesgado. Más aún, renunciar podría interpretarse como una admisión de culpa por lo acontecido, algo que no está dispuesto a reconocer. En cuanto a la posibilidad de que el Gobierno en su conjunto presente la renuncia, esto resulta aún más improbable. Todos los ministros del gabinete eran conscientes de que Israel permitió a Catar introducir millones de dólares en Gaza con el fin de evitar el colapso de la Administración gazatí, garantizar el suministro de servicios básicos como electricidad, agua y combustible, y financiar salarios a

funcionarios de Hamás. El mero hecho de no haberse opuesto a dicha política, a pesar de las advertencias que alertaban sobre el riesgo que ello conlleva, convierte a todos ellos en cómplices de la trama maquiavélica que Netanyahu confabuló a fin de boicotear toda negociación sobre el futuro del Estado palestino. A pesar de ello, y tras reconocer que gran parte de aquel dinero fue destinado a la adquisición de armamentos y la excavación de túneles, nadie en el gabinete tiene el coraje de asumir la responsabilidad. En la versión gubernamental la culpa recae sobre la izquierda, que, a raíz de sus manifestaciones contra la reforma jurídica, debilitó a Israel generando las condiciones que impulsaron el ataque de Hamás. Por otro lado, sostienen los ministros mesianistas, todo este proceso forma parte de un "programa divino" que conducirá a la anexión total de Cisjordania, de modo que no hay motivo alguno para dimitir, por el contrario, es un motivo de orgullo.

Sin embargo, lo más preocupante no es que Netanyahu o su gabinete se nieguen a dimitir, sino que gran parte del pueblo continúa apoyándolo, se conforma con las sinuosas explicaciones que el Gobierno suministra e incluso está dispuesto a votarlo nuevamente en las próximas elecciones. Este fenómeno excede toda explicación racional. La mitad del país continúa respaldando al artífice de los mayores daños que Israel ha causado en su historia. Esto es inverosímil y alarmante. Tal vez tenga que ver con un hartazgo generalizado del sistema democrático, así como por la ausencia de una alternativa política viable, ya que en el panorama político no se percibe ningún líder capaz de ofrecer alguna alternativa constructiva. ¿Cómo es posible que un Estado como Israel no haya logrado generar en su seno algún líder moderado, sensato, pacifista? La actual oposición a Netanyahu está conformada por derechistas moderados, pero derechistas, al fin y al cabo, por lo cual el margen de elección que tiene el israelí se reduce a una versión derechista mesianista o a un derechismo menos grosero, pero no menos peligroso. Más aún, la persona que se perfila como líder del bloque opositor, Naftali Benet, no es menos peligrosa. Su semblante sonriente confunde a la opinión pública internacional y hace que crea que se trata de una persona moderada. Lo inverosímil es que después de que gran parte de la sociedad israelí haya adoptado una postura militarista y nacionalista, incluso las

opciones de derecha moderada son percibidas como débiles o insuficientes.

Este proceso nos demuestra que no estamos enfocando nuestra mirada en la dirección correcta: el problema de Israel no es Netanyahu, sino el pueblo que lo sostiene. En tanto la mentalidad de la población siga anclada en la lógica militarista, desterrar a Netanyahu no cambiará la situación. No se trata solo de una crisis política, sino de una crisis estructural; por tanto, inspirándonos en el plan de Trump de transferir a la población de Gaza, debemos concluir en que lo apropiado para Israel sería transferir al pueblo de Israel y no cambiar el Gobierno.

CAPÍTULO 10

MEMORIA HISTÓRICA

El siguiente capítulo, tal como anticipé en el prólogo, es la adaptación de fragmentos de un estudio historiográfico publicado recientemente[80]. He decidido incluirlo en este libro dado que para hablar de actualidad con la debida seriedad debemos indagar el pasado, donde encontraremos algunas claves que nos permitirán entender mejor cómo hemos llegado a la situación actual. Los lectores advertirán que muchas de las atrocidades llevadas a cabo actualmente en Gaza tienen sus raíces en los años cincuenta, primera década de la fundación de Israel. Por la relevancia de este tema, quiero sintetizar algunas de las revelaciones de aquella investigación, aunque sin el aparato académico de notas a pie de página que figuran en la versión original.

INTRODUCCIÓN

Todo pueblo, toda nación, toda colectividad necesita una historia que la respalde. Sin un relato histórico que demuestre, constate y justifique sus raíces, ningún pueblo podría demostrar sus legítimos derechos a la tierra que habita y justificar políticas de expropiación y expulsión de habitantes locales. Cuanto más remota sea aquella historia, mayor será su legitimidad, y si el relato puede remontarse a la misma Biblia, pues nada puede ser más convincente: ningún rival puede competir con los derechos históricos otorgados por la sagrada escritura. Este arquetipo, debemos reconocer, es universal y practicado por múltiples naciones del planeta; sin embargo, cuando se trata de un país envuelto en un conflicto crónico con sus vecinos, el relato histórico se convierte en un arma más en el arsenal bélico de aquel

país.

No pretendo aquí abordar todos los temas que conforman el relato histórico israelí, sino aportar un par de casos significativos sobre cuestiones que han sido ocultadas u omitidas por el relato oficial y que nos remiten también a acontecimientos actuales en Gaza. La historiografía que Israel produce está cubierta de velos de silencio y olvido, colmada de episodios omitidos o borrados que el *establishment* israelí prefiere no sacar a relucir, capítulos envueltos en un silencio total. Esta es una práctica recurrente en la historiografía israelí que se extiende desde la época bíblica hasta nuestros días. Tal vez, el ejemplo actual más doloroso de la forma en que el Gobierno continúa suprimiendo memorias incómodas es la desfachatez con la que pretende borrar la memoria de la catástrofe del 7 de octubre a través de dos prácticas infames. Una de ellas, la más dramática, es reemplazar la memoria de aquella catástrofe por la del "triunfo" de la guerra desatada *a posteriori*, y la segunda, que al lector occidental le puede sonar incomprensible, es tratar de cambiar la fecha de conmemoración de aquel ataque, reemplazando "7 de octubre", con toda la connotación trágica que conlleva, por la fecha del calendario hebreo: 22 de Tishrei, fecha que para la población laica, que se maneja de acuerdo al calendario gregoriano, no implica nada en particular, quitándole de esa manera la connotación trágica que la fecha gregoriana contiene, con la esperanza de que con el paso del tiempo esa memoria dramática se esfume por sí sola.

Este silencio debe ser perturbado, en primer lugar, porque lo que se olvida no es lo que desaparece de la memoria, sino lo que la gente decide no recordar. Los episodios desechados revelan información vital para comprender lo que somos, pues lo grabado en la memoria, al igual que lo olvidado, no solo describe acontecimientos, sino que delinean una realidad, crean una conciencia y trazan un mapa cognitivo que amplía o reduce los límites de la identidad nacional. El distinguido historiador Edward Hallett Carr ha escrito al respecto que la mejor manera de conocer el carácter de una nación es examinar tanto la historia que escribe sobre sí misma como la historia que prefiere ocultar. Más aún, lo olvidado pone al descubierto la estructura molecular de la identidad nacional o, más concretamente, la

memoria representa el componente revelador de la identidad, mientras que lo olvidado refleja el componente oculto que a veces es más revelador que la misma memoria. Los episodios relegados, o aquellos que han sido reescritos, pueden revelarnos algo que no sabíamos sobre los temores, las aprensiones y los fantasmas que atormentan al pueblo de Israel hasta el día de hoy. No se trata solo de una cuestión académica, sino de un tema de suma actualidad, ya que a pesar de que la historia no se repite, aquellos episodios que intentamos ignorar son los mismos que nos impulsan hoy mismo a seguir luchando "hasta la victoria total". De los anales borrados, de los episodios ocultos, de las historias desechadas, de la censura que la sociedad se impuso a sí misma, de todo ello pueden surgir nuevas respuestas a la pregunta intrigante de cómo hemos llegado hoy día al lugar tan degradante en el que estamos. Por todo ello, este texto es un estudio de hermenéutica histórica que pretende indagar las huellas dejadas por episodios borrados en el cuerpo de la nación. Estos temas, aclaremos, no han desaparecido totalmente de la historiografía, pero la comprensión intertextual ha tergiversado su significado mediante una clasificación encubierta que Michel Foucault denominó "conocimiento descalificado", en contraposición al "conocimiento académico", y Paul Connerton lo describió como "cosas mundanas", frente a "hechos sagrados". Un reguero de episodios dolorosos ha seguido abarrotando los pasillos de nuestra memoria, pero han sido catalogados de "intrascendentes", indignos de ser recordados, relegados deshonrosamente a una región inaccesible de la memoria en la cual se acumulan materiales banales.

Todo historiador reconoce que es imposible borrar totalmente historias vergonzosas, aunque se le puede restar importancia, suprimir su contexto, rodearlas de "reminiscencias estériles", como la denomina Yehuda Shenhav, y neutralizar así sus connotaciones problemáticas. Cerca del centro comercial Dizengoff, en el corazón de Tel Aviv, todavía se encuentran algunos viejos sicomoros, los últimos vestigios del viñedo de Adiv Mohamad Hinawi, y las modestas cabañas del barrio Nordia escondidas tras aquel rascacielos, pero ningún transeúnte les presta atención, puesto que desentonan con el edificio. Lo mismo ocurre con los episodios olvidados que este texto pretende revelar: nadie les presta atención, porque desentonan con el relato sionista. Tal como

lo expresa Anat Matar, "Israel, como bien sabemos, se especializa en borrar páginas incómodas".

Sin embargo, los objetivos de este texto van más allá de los límites de la investigación histórica. Hablan de ética y valores humanos, pues a la par de cada episodio que hemos borrado de nuestra memoria, hemos borrado también valores humanos básicos que contradicen acontecimientos indecentes que pretendemos olvidar. De manera inverosímil, a la par de aquellos episodios que hemos borrado por vergüenza, hemos borrado también los valores que inquietaban nuestra conciencia y nos alertaban de que estábamos cruzando líneas rojas. En realidad, el olvido como tal no sería posible si paralelamente no nos deshiciéramos de la escala de valores a los que pretendíamos adherirnos, pero transgredimos a la hora de la verdad. Borrar valores humanos es una condición esencial para el pleno olvido histórico, pues de lo contrario nuestra conciencia no nos permitiría continuar como si nada hubiera pasado. Para borrar de nuestra memoria histórica el asesinato indiscriminado de palestinos que intentaron regresar a sus aldeas tras los combates de la guerra de la Independencia —que según Benny Morris costó la vida a entre 2.500 y 5.000 personas—, fue necesario un proceso sincronizado de desapego total de los valores morales básicos que prohíben matar civiles inocentes y una renuncia total al concepto de santidad de la vida al igual que al mandamiento "no matarás". Dado que disparar contra civiles y ser al mismo tiempo un pueblo "moral" no era factible, la dirigencia hebrea optó por prescindir de la moralidad. Así, con el paso del tiempo, se fue desvaneciendo no solo el recuerdo del episodio en sí, sino también los valores humanos que debimos borrar para cometer aquellas barbaridades. Esta apreciación podría de alguna manera explicar la falta de sensibilidad humana desplegada en el curso de estos días de guerra en la Franja de Gaza. La deshumanización no comenzó el 8 de octubre, sino que cabalgó sobre un desdén instalado mucho tiempo atrás.

Por otra parte, además de dilucidar cuestiones históricas, este estudio, pretende desafiar y desplazar, aunque sea en pequeña escala, la versión nacionalista autocomplaciente y hegemónica, e inspirada en palabras de Motti Golani, aportar un ángulo alternativo que nos permita "impedir que la

fuerza de la rutina aplastante obstaculice nuestro camino". Este libro contempla la actualidad con preocupación e intenta dilucidar el momento en el que perdimos el rumbo, pues la recuperación de episodios olvidados puede ser la primera etapa en la creación de un nuevo pasado, y un nuevo pasado es la condición previa y la garantía de un nuevo presente. El filósofo Robert de Ventos lo expresó con contundencia: "Solo cuando recuperemos nuestra memoria perdida —es decir, cuando cada uno de nosotros recupere su memoria perdida—, solo entonces podremos liberarnos del nacionalismo".

En realidad, el tema de este texto trasciende lo histórico y penetra en el campo de lo político, ya que presenta preguntas que son siempre áridas. No por nada, en todo grupo oprimido, la lucha por preservar el legado propio, al igual que la disputa contra el olvido forzado, es parte integral de la lucha por su liberación. Intelectuales palestinos, por ejemplo, afirman que la ocupación aplasta la memoria autóctona a tal punto que equivale a un "memoricidio". Las sanciones a instituciones que conmemoran la Nakba es el mejor ejemplo, pero no el único. Estamos plagados de temas históricos que el Gobierno intenta abolir o por lo menos distorsionar. A principios de 2005, el Ministerio de Educación emitió una extraña directiva que notificaba que en el capítulo de historia referido a la guerra de Yom Kipur, en octubre de 1973, se enseñaría que la responsabilidad exclusiva del estallido de aquella guerra recaía sobre Egipto. En otras palabras, he aquí otro evento en que hemos sido víctimas de un ataque árabe. Dicha directiva es ante todo errada (en el mejor de los casos), ya que archivos recientemente abiertos revelan que meses antes de su estallido, el presidente egipcio Anwar Sadat envió una nota al entonces canciller americano Henry Kissinger expresando su intención de llegar a un acuerdo de paz a cambio de la retirada de los territorios conquistados en 1967, oferta que la entonces primera ministra Golda Meir rechazó arrogantemente. Fue entonces cuando Sadat decidió declarar la guerra.

Pero más que un relato equivocado, este es un relato mal intencionado, ya que narrar la verdad histórica y demostrar que aquella terrible guerra podía haberse evitado podría abrir en los alumnos dudas respecto a la posibilidad de que a lo largo de la historia haya habido otras oportunidades desaprovechadas que hubieran podido ahorrar sangre y, lo que es más

peligroso, podría generar dudas respecto a la posibilidad de que ahora mismo Israel rechaza propuestas que podrían ahorrar muchas muertes en el futuro. Una de ellas, por ejemplo, es la propuesta de paz de la Liga Árabe de 2002, que propone paz y relaciones abiertas con todos los países árabes de la región a cambio de la devolución de los territorios conquistados en 1967, propuesta que Israel rechaza totalmente. De modo que la manipulación histórica no es un problema de historiadores, sino de cada uno de los israelíes que por falta de información dejaron de creer que hay con quién hablar y hay de qué hablar.

El proceso de borrar, suprimir, tachar y corregir desempeñó un papel importante en la historiografía de la guerra de la Independencia y la primera década del Estado de Israel.

CAPÍTULOS INCÓMODOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Como todo conflicto bélico, la guerra de la Independencia de Israel encierra una serie de eventos ocultos, muchos de ellos vergonzosos, así como páginas de heroísmo falsificado, propias de un pueblo que se atribuye un alto nivel de moralidad. Uno de los ejemplos más emblemáticos en esta categoría es la clásica historieta escolar que se repite de generación en generación que presenta la guerra de la Independencia como una epopeya heroica en la cual Israel se enfrentó solo al ataque simultáneo de siete ejércitos árabes.

Este relato constituye un caso típico de combinación entre verdades parciales y ficciones engañosas. Formalmente, el argumento es cierto: siete países árabes enviaron tropas para combatir contra el naciente Estado de Israel. Sin embargo, lo que la versión oficial omite es que, salvo Egipto y Jordania, la participación de los otros cinco países fue meramente simbólica, comprendía contingentes mal entrenados y peor equipados, que se replegaron rápidamente del frente de batalla. Y eso no es todo: el número total de combatientes favorecía al bando israelí. Las fuerzas judías lograron reclutar, entrenar y enviar al frente a más soldados que sus oponentes árabes. Además, estaban mejor armadas y —quizás lo más importante— mucho más

motivadas frente a unas fuerzas árabes con escasa voluntad de sacrificarse por la causa palestina. En las guerras no cuenta la cantidad de países involucrados, sino el número efectivo de combatientes y la calidad de su armamento, y en ambos planos, el ejército israelí estaba claramente en ventaja.

Este ejemplo muestra hasta qué punto se puede mentir diciendo verdades parciales y omitiendo datos fundamentales. Podría tratarse simplemente de una anécdota inofensiva del pasado si no fuera porque, 75 años más tarde, el Gobierno israelí ha reciclado el mismo argumento durante la guerra en Gaza. Netanyahu repite ante cada micrófono que, desde el 7 de octubre, Israel libra una guerra en siete frentes simultáneos: Gaza, Hezbolá, Siria, Irán, Yemen, Irak y Cisjordania. Al igual que en 1948, los datos son técnicamente correctos, pero profundamente engañosos. Es cierto que milicias de Irak, Yemen y Siria han intervenido, pero su intervención ha sido marginal. Respecto a Irán, todos los misiles lanzados durante la primera ola de ataques en abril de 2024 han sido interceptados por una coalición integrada por fuerzas israelíes, estadounidenses y de la OTAN. Solo la segunda oleada de ataques iraníes de marzo de 2025 ha provocado víctimas humanas y causados daños considerables, aunque tampoco en este caso Israel combatió sola —aviones estadounidenses operaron junto a los israelíes—. Así, el relato victimista del "pequeño país asediado desde siete frentes" no es más que una falacia que Israel sigue manufacturando impunemente. Esta falacia podría considerarse inofensiva si no fuera porque la mitad de la población israelí está convencida de que esto demuestra que somos el superhombre de Oriente Medio, mientras que la otra mitad está convencida de que esto prueba que Dios está de nuestro lado y nos protege.

En la misma línea de omisiones, encontramos una serie de crímenes de guerra sistemáticamente encubiertos. En tres episodios —antes y después de la fundación del Estado—, unidades militares estuvieron involucradas en masacres de civiles y prisioneros. El caso más conocido es el de la aldea de Deir Yassin (abril de 1948), vecina a Jerusalén, donde fuerzas del Irgún asesinaron a unos 107 civiles durante una operación destinada a expulsar a sus habitantes. Menos conocidos —y deliberadamente ignorados— son los

crímenes cometidos por fuerzas vinculadas al Gobierno en las aldeas de Ein Zeitun (mayo de 1948), en Galilea, donde entre 50 y 100 civiles fueron asesinados para provocar el éxodo de la población local, y en Duweimeh (octubre de 1948), cercana a Hebrón, donde decenas de civiles fueron masacrados por el ejército. En los textos oficiales redactados durante los primeros años del Estado, en los cuales gobernaba el Partido Laborista, se condenó el caso de Deir Yassin, dado que fue cometido por las milicias de la oposición derechista. En cambio, las masacres perpetradas por fuerzas identificadas con el laborismo fueron cuidadosamente borradas de la versión nacional. La manipulación fue tan eficaz que, incluso hoy, a pesar de que la derecha gobierna con mano dura, estos capítulos siguen ausentes de la historiografía ya no por censura oficial, sino porque el propio pueblo ha elegido ignorarlos.

ACTOS DE REPRESALIA

Como ya he mencionado, la gran mayoría de los refugiados palestinos que cruzaron la frontera una vez finalizada la guerra lo hicieron con el único objetivo de regresar a sus aldeas. Sin embargo, una minoría —los fedayines — regresó con fines terroristas, lo cual obligó al joven Estado de Israel a tomar represalias. No era razonable que Israel permaneciera pasivo ante estos atentados, por lo que con frecuencia efectuó incursiones al otro lado de la frontera para perseguir a los agresores.

Que un país responda a ataques terroristas es comprensible. Sin embargo, un análisis más profundo de la naturaleza de estas acciones revela un fenómeno cuya dimensión apenas alcanzábamos a vislumbrar. La mayoría de los historiadores coinciden en que tales actos de represalia fueron ineficaces. Zachi Shalom, por ejemplo, escribe que, dadas las circunstancias de la época, no había otra alternativa, aunque admite que su utilidad fue nula: aquellas incursiones no lograron disminuir ni las infiltraciones ni los atentados.

Pese a este evidente fracaso, la política de represalias no solo no fue revisada, sino que se intensificó. Esta insistencia en una estrategia fallida que no ofrecía ninguna ventaja operativa exige una explicación más allá de la

habitual. La enunciación habitual basada en el axioma que lo atribuye a "la fuerza de la inercia" o aquella que sostiene que "los militares no saben actuar de manera diferente", aunque correcta, no agota todas las posibilidades. La clave debe buscarse en los objetivos encubiertos que guiaron esta política desde el interior del estamento militar: objetivos que la historiografía oficial ha preferido silenciar.

Desde el fin de la guerra de la Independencia, el mando militar consideraba que el alto el fuego había sido prematuro y anhelaba una nueva oportunidad para completar la tarea que juzgaba inconclusa. Las Fuerzas de Defensa de Israel lograron convencer a Ben-Gurión de que las líneas de armisticio no solo eran desfavorables, sino que dado que una segunda ronda de combates era inevitable, era preferible tomar la iniciativa para que la próxima confrontación estallara en el momento más conveniente para Israel: antes de que los Estados árabes lograran rearmarse.

Estudios historiográficos recientes han demostrado que, al declararse el cese de fuego, la cúpula militar se sintió frustrada y a partir de entonces en el núcleo de la doctrina de seguridad israelí albergaba una aspiración latente: completar lo que la guerra de 1948 no había logrado, es decir, la conquista total de Cisjordania. Sin embargo, había un obstáculo: para desencadenar una guerra de esta escala, Israel necesitaba una excusa que pareciera legítima ante la comunidad internacional. Por ello, optó por una estrategia escalonada de represalias —a menudo contra objetivos civiles— en respuesta a atentados terroristas, con la esperanza de provocar una escalada que desembocara en una nueva guerra que permitiera conquistar aquellos territorios que no alcanzamos a tomar en la guerra de la Independencia, aprovechar la coyuntura para expulsar más árabes y, todo ello, presentándola como una legítima acción defensiva.

Dado que la reacción de los Estados árabes fue inicialmente moderada y no justificaba el estallido de una contienda a gran escala, Israel fue incrementando gradualmente el nivel de agresión. Moshe Sharett, ministro de Relaciones Exteriores y luego primer ministro interino durante 1953, advirtió esta tendencia a tiempo. En su diario denunció que el afán de guerra se había convertido en una obsesión para Moshe Dayán, quien buscaba cualquier

pretexto para impulsar sus planes belicistas. Gideon Rafael escribió en sus memorias que el objetivo último de las represalias era arrastrar a los Estados árabes a un conflicto abierto, a fin de remitir un golpe militar decisivo que permitiera completar la tarea inconclusa de 1948. Mordechai Bar-On discrepó con esta opinión, alegando que, si bien el Estado Mayor contaba con planes de contingencia, el ejército aceptaba *de facto* las líneas de armisticio. Otros historiadores, como Yigal Eilam, afirmaron rotundamente que la versión según la cual la política de seguridad israelí fue una mera reacción a provocaciones de los Estados árabes ya no se sostenía.

A esta motivación militarista se sumaban otras consideraciones de orden interno. Una de ellas era canalizar la furia desatada por la población tras cada atentado. Benny Morris sostiene que la estrategia israelí estuvo guiada por dos impulsos principales: venganza y castigo. El deseo de represalia ardía por igual en el corazón de dirigentes políticos y mandos militares. Ejemplo paradigmático de esta mentalidad fue el respaldo público que recibió Meir Har-Zion tras asesinar a cinco beduinos, con los que se cruzó al azar, en venganza por el asesinato de su hermana.

Sharett, tras el asesinato de dos agricultores en Mevo'ot Beitar, aprobó una acción militar bajo la presión de la opinión pública, aun sabiendo que carecía de valor estratégico y solo serviría para desatar una nueva ola de violencia. El Gobierno temía que, de no ofrecer una respuesta militar, la población tomara la justicia por su mano. Pero en cierto punto el impulso vengativo se descontroló. En 1955, Sharett escribió: "Sin darnos cuenta, eliminamos los frenos emocionales y morales de este impulso tan arraigado en el alma humana y permitimos que un batallón de paracaidistas lo elevara al rango de principio moral".

A ello se sumaban cálculos electorales: el temor de que la falta de una respuesta contundente fuera aprovechada por el partido de derechas Herut. En septiembre de 1954, Sharett confesó al embajador estadounidense que el ataque al pueblo de Beit Lakiya tuvo como fin frenar el ascenso de Herut. Poco antes de las elecciones de julio de 1955, Sharett escribió en su diario: "Sabía que todos mis correligionarios pensaban que no actuar en ese momento traería aparejada una catástrofe electoral y miles de votos pasarían

a manos de Herut".

Por todas estas razones, las incursiones de represalia continuaron, a pesar de su nula eficacia operativa. Durante toda esta época, tanto el público como buena parte de la dirigencia política desconocían que el objetivo no era disuadir ataques, sino provocar una guerra.

Pero la historiografía oficial no solo ocultó las verdaderas motivaciones detrás de estas incursiones, sino también el aspecto más perturbador: la selección arbitraria de blancos. Dayán justificó este proceder afirmando que no tenía sentido buscar a los autores directos de los atentados; lo único posible era infligir daño a la población del pueblo más cercano al lugar del atentado. Dayán reconoció que el castigo colectivo era inmoral, pero sostenía que no existía otro método efectivo. En una conferencia a oficiales declaró: "No podemos proteger cada árbol o tubería de agua ni evitar el asesinato de agricultores o familias por las noches. Pero sí podemos asignar un precio alto a nuestra sangre, más alto del que los Gobiernos árabes estén dispuestos a pagar". Ben-Gurión y Dayán adujeron que, dada la hostilidad persistente de los Estados árabes, Israel tenía derecho a responsabilizar colectivamente a los países árabes vecinos, incluso cuando los atentados no procedieran directamente de sus territorios. Todos tienen parte de culpa en la misma medida. Solo en contadas ocasiones, cuando había información precisa sobre los responsables, se dirigían las represalias contra ellos —como ocurrió con la operación en Nabi Samuel—. Pero, la mayoría de las veces, dado que miles de infiltrados cruzaban a diario, resultaba imposible identificar a los terroristas implicados en el atentado. David Tal sostiene que las fuerzas armadas solían atacar al eslabón más débil: la aldea civil más cercana. La excusa habitual esgrimida para justificar aquellos ataques era que la aldea era un "nido de avispas" que amparaba a terroristas. Pero los blancos se elegían por conveniencia, como quien busca una llave perdida bajo la luz de un farol, no porque allí se haya extraviado, sino porque allí había luz. En ocasiones, la elección respondía a deudas pendientes del pasado: una operación planeada para diciembre de 1953 —luego cancelada— apuntaba al pueblo de Surif no por relación directa con un ataque reciente, sino porque en esa aldea murieron en una emboscada 33 soldados israelíes en 1948.

La política de represalias indiscriminadas alcanzó su punto crítico con la operación en Qibya (14-15 de octubre de 1953), llevada a cabo por la Unidad 101 y paracaidistas del Batallón 890, tras el asesinato de una madre y sus dos hijos en Yehud. Aunque las huellas de los agresores conducían al pueblo de Rantis, se decidió atacar Qibya, cinco kilómetros más allá, dejando un saldo de 69 civiles muertos —en su mayoría mujeres y niños— y 45 viviendas destruidas. Esta operación desató una ola internacional de críticas contra Israel, que obligó al Gobierno a redefinir la política de represalias, prohibiendo de ahí en adelante atacar objetivos civiles, permitiéndose incursiones únicamente contra blancos militares o policiales. Dayán consideró esta decisión una muestra de hipocresía: lo que se permitía a los árabes —atacar civiles— estaba vedado a los judíos. En la segunda mitad de los años cincuenta, las incursiones contra objetivos civiles en Jordania disminuyeron no solo por la presión internacional tras Qibya, sino también a fin de no desestabilizar al rey Hussein, quien debía enfrentar sabotajes de agitadores nasseristas que amenazaban su reino. Además, Ben-Gurión deseaba mantener relaciones correctas con Francia, que había comenzado a suministrar armas a Israel en 1956.

Pero mientras disminuía la tensión con Jordania, aumentaba con Egipto. El suministro de armas checoslovacas promovido por la URSS generó preocupación en Israel, ante lo cual, el ejército adoptó entonces una estrategia de provocaciones escalonadas con la intención de desatar una guerra abierta antes de que esos armamentos pasaran a ser operativos. En una reunión del Estado Mayor en octubre de 1955, Dayán lo expresó sin ambigüedades: era necesario generar un conflicto que condujera a la caída del régimen de Nasser, aunque debía hacerse con cautela para no despertar la ira internacional. Esta estrategia condujo un año más tarde a la Campaña del Sinaí, ataque combinado con Francia e Inglaterra, damnificadas por el cierre del canal de Suez, en la cual Israel asesta un golpe fatal al ejército egipcio, conquista toda la península del Sinaí, pero se ve obligada a replegarse por presión americana. Este tema es de por sí sumamente revelador sobre la forma en que Israel construye alianzas y manipula información, pero excede los límites de este libro. Dejemos sentado, tan solo, la dinámica que conduce

de una guerra a otra: la guerra del 48 condujo a la guerra del Sinaí en 1956, que posteriormente condujo a la guerra de los Seis Días en 1967, que más tarde condujo a la de 1973, y así sucesivamente hasta nuestros días. Cada guerra que no concluye con un acuerdo de paz es el preludio de la próxima. Solamente el tratado de paz con Egipto, en 1977, finalizó este círculo vicioso con quien fuera el enemigo más poderoso de Israel. Por motivos analizados en este libro y el anterior, Israel es incapaz de aprender estas lecciones de la historia. Llevará tiempo, pero en algún momento deberá sacar las conclusiones correctas.

INCIDENTES EN LA FRONTERA SIRIA INSTIGADOS POR ISRAEL

Tras la firma del alto el fuego con Siria, el 20 de julio de 1949, Israel disfrutó de un año y medio de relativa calma. Sin embargo, la cúpula militar, junto con amplios sectores del Gobierno cercanos a Ben-Gurión, consideraban que las líneas de armisticio no eran satisfactorias y aspiraban a mejorarlas. Como ya se mencionó anteriormente, también en el frente sirio el ejército quedó con la sensación de que la guerra había concluido sin alcanzar sus objetivos: en particular, no se había grabado en la conciencia siria una huella de humillación, elemento que, a juicio de los mandos israelíes, era indispensable para garantizar la disuasión ante futuras confrontaciones.

Los ministros de defensa de la época —Ben-Gurión y Pinhas Lavon (en funciones tras la licencia de Ben-Gurión en 1953)— adoptaron esta visión militar, para profundo descontento de Moshe Sharett, quien sostenía que precisamente el hecho de que Siria no se sintiera derrotada abría una ventana para un eventual acuerdo de paz.

Según Arieh Shalev, miembro del comité del alto el fuego con Siria, los mapas del cese de fuego habían sido deliberadamente ambiguos, lo que dejaba espacio a múltiples interpretaciones y provocaba continuos roces en zonas como las fuentes del río Jordán (Banias y Hatzbani), debido a la topografía irregular de la región. A raíz de ello, Israel definió tres objetivos estratégicos en la frontera con Siria:

- Mejorar las líneas de armisticio, es decir, tomar el control de las áreas declaradas "tierra de nadie".
- Desviar las aguas del Jordán para irrigar el desierto del Néguev.
- Drenar el pantano de Hula para convertirlo en tierra cultivable.

Estos tres objetivos estaban estrechamente entrelazados: el primero era el eje principal, mientras que los otros dos funcionaban como justificaciones plausibles para tomar posesión del territorio en disputa.

En la primavera de 1949, Israel comenzó a generar hechos consumados en la zona desmilitarizada, alegando que buena parte de esas tierras habían sido adquiridas en los años treinta por el Fondo Nacional Judío. Si bien el acuerdo de armisticio prohibía a Israel instalar tropas en la zona, no le impedía —según su interpretación— cultivar la tierra. Para consolidar su presencia y demarcar hechos consumados, el Gobierno estableció una localidad "civil" al sur de Ein Gev, y transformó el antiguo campamento británico de Tzemach en un asentamiento civil, con la intención de dejar constancia de que el territorio en disputa le pertenecía.

El ejército incluso consideró aprovechar el caos político en Siria tras el derrocamiento de Husni Za'im para tomar el control de las zonas desmilitarizadas, plan que fue descartado por temor a la reacción estadounidense. En esta misma línea utilizada en la frontera con Jordania, Moshe Dayán, con el respaldo de Ben-Gurión, elaboró un plan que consistía en generar provocaciones para inducir al ejército sirio a abrir fuego, lo que justificaría lanzar una ofensiva camuflada de autodefensa y anexionar las áreas en disputa.

Muchos de los incidentes ocurridos en la frontera norte durante los años cincuenta no fueron fruto del azar, sino producto de una estrategia deliberada de provocaciones ideadas por oficiales de alto rango. En una inusual confesión en 1976, Moshe Dayán reveló abiertamente esta táctica:

> Sé cómo comenzaron al menos el 80% de los enfrentamientos […]. Enviábamos un tractor a arar un lugar donde no había nada que hacer, dentro de la zona desmilitarizada. Sabíamos que los sirios comenzarían a disparar. Si no lo hacían, instruíamos al tractor para que avanzara aún más, hasta que ellos reaccionaran.

> Entonces entraban en acción nuestros cañones y luego también la fuerza aérea. Lo hice yo, y Laskov y Chira también lo hicieron (ambos comandantes generales). Rabin lo hizo cuando estuvo allí a principios de los años sesenta. Pero el que más sacó provecho de esta táctica fue Dado, también comandante general (Meir Margalit).

Estas provocaciones no siempre concluyeron bien. En abril de 1951, Israel envió una patrulla "policial" a El Hama —territorio bajo control sirio— con el propósito de asentarse. La reacción siria fue inmediata y contundente: siete miembros de la patrulla murieron. Sharett escribió a Ben-Gurión señalando que enviar una patrulla en medio de una situación tan tensa solo podía interpretarse como una provocación. Según Shalev, la decisión fue adoptada por la cúpula militar, con el visto bueno de la oficina del primer ministro. La respuesta israelí consistió en evacuar y destruir cuatro aldeas sirias en la zona desmilitarizada, además de bombardear posiciones sirias. Fue la primera vez que Israel utilizó su fuerza aérea contra Siria.

Paralelamente, la tensión aumentó en torno a tres cuestiones clave: el drenaje del Hula, el desvío de las aguas del Jordán y el derecho de pesca en el lago Kineret. En 1951, Israel comenzó uno de sus proyectos más ambiciosos: el drenaje del pantano de Hula, en el norte del país. Aunque los hidrólogos aseguraban que no era necesario penetrar en zonas en disputa, Dayán insistió en hacerlo, con el objetivo de aprovechar un motivo tan noble para ocupar esas áreas. Algo similar ocurrió en 1953 con el plan para desviar las aguas del Jordán hacia el Néguev. Pese a que el Jordán era considerado un río compartido por todos los países ribereños, y aunque los expertos sugerían que las obras podían realizarse sin penetrar en tierras en disputa, Dayán —ya como jefe del Estado Mayor— ordenó ejecutar los trabajos precisamente en las zonas desmilitarizadas. Avi Shlaim explica: "Dayán tenía un objetivo político al ejecutar estos trabajos de ingeniería: desplazar a los sirios y establecer un control israelí completo sobre las zonas desmilitarizadas y las fuentes de agua del norte". Arieh Shalev, asesor aquel entonces de Dayán, confirma que Israel actuaba con el conocimiento de que sus acciones podían conducir a una guerra abierta. Cuando comenzaron las obras, Siria reaccionó con fuego de artillería. Sin embargo, antes de que Israel pudiera responder, la ONU ordenó detener los trabajos y Estados

Unidos amenazó con suspender la ayuda económica si no se cumplía con la resolución del Consejo de Seguridad. Israel cedió.

Un tercer foco de conflicto giró en torno a los derechos de pesca en el Kinneret. En diciembre de 1955, el ejército envió deliberadamente un barco policial hacia la costa siria con la intención de provocarlos. Tras unos pocos disparos sirios inofensivos, Israel lanzó una operación militar sin precedentes: la operación Hojas de Olivo o del Kinneret. La Brigada de Paracaidistas, al mando del teniente coronel Ariel Sharon, atacó posiciones sirias al noreste del lago. El saldo: seis soldados israelíes muertos, alrededor de 70 sirios muertos y 30 prisioneros. La magnitud del ataque provocó una fuerte condena internacional y generó estupor dentro del propio sistema político israelí, pues no había incidentes previos que justificaran tal escala de violencia. Nadie entendía qué llevó a Ben-Gurión a aprobar una operación de tal envergadura, sobre todo considerando que el Gobierno había decidido evitar provocaciones para no entorpecer las negociaciones con Estados Unidos sobre la venta de armas.

Pero esto no es todo. Para entender las provocaciones israelíes, no basta con considerar el interés en mejorar las líneas de armisticio con Siria. Mordechai Bar-On, quien fuera la mano derecha de Dayán, sostuvo que los ministros desconocían la verdadera motivación que había detrás de esas provocaciones: Dayán pretendía provocar una reacción egipcia en virtud del pacto de defensa mutua entre Egipto y Siria. La operación Kinneret no tenía nada que ver con los derechos de pesca. Fue una acción premeditada destinada a arrastrar a Egipto a la guerra antes de que pudiera absorber el armamento soviético recibido a través de Checoslovaquia. Además, dentro del ejército persistía un deseo de revancha por el fiasco de Tel Mutilla (mayo de 1953), donde 41 soldados israelíes murieron y más de 150 resultaron heridos. Se había creado así un círculo vicioso en el que cada fracaso alimentaba la necesidad de una nueva operación.

La operación Kinneret no logró sus objetivos. Egipto no cayó en la trampa y, ante la presión americana, el Gobierno israelí se vio obligado a declarar que se abstendría de cualquier acción militar que pudiera desencadenar una guerra regional.

A la luz de estos hechos, resulta evidente que la mayoría de los enfrentamientos entre Israel y Siria en los años cincuenta fueron provocados por acciones israelíes premeditadas, ocultas al público en general.

Estos hechos eran desconocidos para la opinión pública israelí, que prefería creer la propaganda oficial según la cual los sirios solo buscaban vengarse por la derrota de 1948. Algunos ministros sabían lo que ocurría y planteaban objeciones, pero la mayoría de los ciudadanos no podía imaginar que los incidentes eran provocados por su propio ejército y no por el enemigo.

Incluso hoy día, tras numerosos estudios que prueban que Moshe Dayán, como jefe del Estado Mayor, fue el principal instigador de estas provocaciones, y pese a que él mismo lo confesó públicamente, la memoria colectiva israelí sigue atribuyendo la responsabilidad a Siria, convencida de que el ejército y el Gobierno actuaron de buena fe para proteger al Estado. En el frente sirio se fueron acumulando en el curso de los años múltiples incidentes, incluyendo la conquista de un par de aldeas en el curso de la Campaña del Sinaí, aprovechando que la atención internacional estaba enfocada allí. Todo esto condujo en 1967 a la ocupación de las colinas de Golán, y más tarde al ataque sorpresivo de 1973, y así sucesivamente hasta nuestros días, en los que Israel aprovecha el caos reinante en Siria después de la caída de Bashir el-Assad para ocupar la cima del Golán y una franja de 15 kilómetros de profundidad dentro del territorio sirio.

REFLEXIONES FINALES

QUÉ SENTIDO TIENE LA EXISTENCIA DE ESTE ESTADO

Existen preguntas que sacuden lo más profundo de nuestro ser. La duda acerca del sentido de la existencia de un Estado (de todo Estado) condenado a guerrear permanentemente me ha inquietado desde hace tiempo, pero obviamente se agudizó en el curso de estos últimos dos años. No por casualidad, mi tesis de máster presentada en la Universidad de Jerusalén trataba sobre el Ihud, círculo de pensadores israelíes liderado por Martin Buber y Yehuda Magnes, que, a principios de la década de los cuarenta, bregaban por un país binacional —judío y palestino—, precisamente para evitar la constitución de un único Estado nacional que conduciría indefectiblemente a una lucha desgarrada. Esta idea me acompañó durante todos mis años de activismo por la devolución de los territorios palestinos a sus legítimos propietarios. Inspirado por el clima de tristeza que respiré desde temprana edad, propio de casa de superviviente, cuando comencé a compenetrarme en la historia familiar y la del pueblo judío, me aferré de forma intuitiva a las enseñanzas que giraban en derredor de la justicia social, a la profética llamada por la paz, al respeto a todo humano por la simple razón de que todos y cada uno han sido creados a imagen y semejanza de Dios. Según esa enseñanza, al emigrar a Israel, rápidamente decido en qué bando estoy. Sobre todo, porque me niego a ser ocupador, conquistador, usurpador, opresor, mucho menos criminal de guerra.

Al poco tiempo me alisté en el movimiento pacifista y desde entonces no dejo de esforzarme por una utopía que este país está empeñado en enterrar. Incluso debo reconocer que, a raíz de una franca dosis de ingenuidad, me aferré a los acuerdos de Oslo, negándome a reconocer que tras el asesinato de

Rabin colapsaron, y continué cultivando la esperanza de que el proceso de paz sabría sobreponerse a las confabulaciones de Netanyahu.

Hoy día estoy en el mismo lugar. Aferrado a la utopía que se hace esperar, nadando contra la corriente, pero basado también en hechos concretos. La historia nos ha mostrado que sucesos geopolíticos de enorme envergadura pueden irrumpir de manera repentina y transformadora, como por ejemplo la visita repentina del presidente Anwar el-Sadat que condujo al tratado de paz con Egipto, el colapso del *apartheid* en Sudáfrica, la disolución de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín. La conclusión de estos eventos sería que, si sucesos de tal envergadura han podido acontecer de manera súbita y asombrosa, no debemos perder la fe en que también con Palestina podemos llegar a un acuerdo pacífico. Basándome en esta lógica, me he aferrado a la esperanza de que el péndulo cambie de dirección.

Sin embargo, esta esperanza tropieza una y otra vez con las vicisitudes de quien contempla tanta miseria a su alrededor. Y así, de manera inevitable, vuelve a imponerse la pregunta: ¿qué sentido tiene sostener un país convertido en un fortín?

Esta pregunta ya no es tan solo un sentimiento individual, sino una idea que resuena en múltiples voces. Entre aquellos que elevan sus reflexiones con suma claridad, encontramos a Michael Sfard, renombrado defensor de los derechos humanos, que publicó un artículo en el periódico *Haaretz*, el 16 de febrero de 2025, titulado "¿Tiene justificación la existencia de Israel?". En él afirma que un Estado incapaz de garantizar la libertad y la seguridad de sus habitantes no tiene derecho a existir. Los acontecimientos de los últimos meses, tras el ataque del 7 de octubre, han dejado un saldo devastador: miles de muertos, heridos e inválidos, decenas de miles de evacuados de sus casas, y un caudal de sufrimiento que evidencia que este país es incapaz de garantizar la seguridad de su población. Como si ello no fuera suficiente, el Gobierno reprime las libertades básicas de sus ciudadanos, como lo evidencia el acoso a docentes que se expresan contra la guerra o tan solo expresan empatía hacia el sufrimiento de inocentes en Gaza, o la redada policial efectuada en la librería Educational Book Store en Jerusalén Oriental, acusándolos de vender libros "que apoyan el terror". Sfard concluye su

artículo con palabras contundentes: "Nuestro Estado es un Estado racista, promueve transferencias de población, persigue a las voces críticas, odia a quienes no son judíos y carece de misericordia hacia los ciudadanos secuestrados". Entonces, ¿qué sentido tiene su existencia?".

Muchos son los intelectuales que han llegado a conclusiones similares. Tom Seguev, destacado periodista e historiador, admite tras reflexionar que tal vez todo el proyecto sionista ha sido un error[81]. Razi Barkai, veterano comentarista radiofónico, renunció a su programa matinal y ante la pregunta por los motivos de su dimisión, expresó en una frase corta y tajante todo aquello que yo y tantos otros correligionarios sentimos estos días de incertidumbre: "El país se me escapó de las manos y estoy cansado de correr tras él". Esta sensación frustrante de que no tiene sentido seguir luchando por la sensatez, por la paz, por los derechos humanos, nos invade y nos remueve las tripas, y cada día somos más los que llegamos a la conclusión de que todo este esfuerzo carece de sentido y que todo está perdido.

Avrum Burg, ya citado a lo largo de este libro, se pregunta si es posible que el Estado de Israel haya perdido su legitimidad o, en otras palabras, si un Estado carente de fundamentos éticos puede justificar su existencia. Y responde sin vacilar que un Estado que priva sistemáticamente los derechos a millones de personas, que normaliza la violencia masiva en nombre de la seguridad, que eleva la supremacía étnica a categoría ideológica, que se ha apartado de sus valores iniciales y desafía las normas internacionales ha perdido, tal vez, el derecho de existir. Este uso del "tal vez" caracteriza a pacifistas israelíes que si bien reconocen el fracaso del proyecto israelí, la congoja no les permite asumir la conclusión ineludible.

Voces de esta índole se oyen desde ángulos diversos, y la más sorprendente en esta última temporada ha sido la voz del profesor de filosofía Assa Kasher, de 85 años, galardonado con el máximo premio que Israel otorga a sus hijos predilectos. Entre otras labores, redactó, en 1994 a petición del ejército, el llamado Código Ético Militar, estatuto que estableció las normas de comportamiento ético y las líneas rojas que bajo ningún pretexto deben ser atravesadas. Este intelectual, uno de los más importantes académicos al servicio del Gobierno, declaró en el mes de febrero su decepción por el

rumbo que el país había tomado: "Un país que marcha hacia atrás" con la sensación de que "tal vez todo este proyecto de sostener un país independiente es demasiado grande para el pueblo judío".

Por otro lado, están aquellos que, ante la duda de si Israel tiene razón de existir, han optado por responder con hechos concretos: más de 85.000 israelíes emigraron del país en busca de algún paraje donde vivir en paz. No se trata de gente que huye por dificultades económicas. En su mayoría pertenecen a sectores bien remunerados. Por cierto, no todos ellos se expresan en términos políticos y admiten abiertamente no querer vivir en un país que reprime a sus ciudadanos e incapaz de garantizar su seguridad. La mayoría prefiere mantener un perfil bajo, quizá por vergüenza o tal vez para no comprometer a sus familias. Sin embargo, la emigración de tanta gente competente transmite el mensaje de que tal vez este país tiene derecho a existir… pero sin ellos. El historiador Hans Khon, miembro del grupo pacifista liderado por Martin Buber —al que ya me he referido anteriormente —, expresó en 1946, al emigrar de Palestina, una frase impactante: "El sionismo será un movimiento justo o lo será sin mí". Esta masa de emigrantes no está politizada como lo estuviera Hans Khon, pero entre líneas están expresando a su manera la misma idea: Israel será un país que garantice seguridad y libertad a sus ciudadanos o, de lo contrario, lo abandonaremos. Para ellos, Israel tiene derecho a existir, pero que exista para otros. "Nosotros", ellos afirman, "ya no creemos en este país".

Todas estas posturas que cuestionan la legitimidad del Estado de Israel no implican una llamada a desmantelarlo y retornar a la diáspora. Una propuesta de este estilo es inviable. Estas ideas sugieren un enfoque deconstruccionista inspirado por Jacques Derrida, el cual pone de manifiesto que la crisis que vivimos requiere desestabilizar los cimientos del sistema, revelar sus contradicciones y abrir espacio para repensar y reconstruir a partir de fundamentos nuevos. No se trata de una propuesta literal de disolución, sino de un proceso de reflexión que revise y corrija sus errores fundacionales. Esta visión no busca la anulación total del Estado, sino reimaginarlo desde una base humanista.

Este no es solo un planteamiento teórico, sino que lleva implícitamente

una llamada a la insurrección, que no tiene porque qué ser violenta ni caótica, sino una retirada consciente de la adhesión ciega a un proyecto que, en su estado actual, está destinado a perpetuar el sufrimiento. No es al Estado al que hay que anular, sino al sionismo. Hoy, más que nunca, están dadas las condiciones para su desmantelamiento, ya que está claro que un país dispuesto a sacrificar a sus hijos secuestrados en Gaza y a mandar a sus jovenes a matar y morir para perpetuar la coalición gubernamental no es un país digno de existir. Instaurar la convicción de que el sionismo nos ha conducido a un callejon sin salida es un elemento subversivo capaz de remover las paredes del sistema.

Las sanciones impuestas por países democráticos a productos israelíes y a personalidades que incitan al odio, como acaba de hacer el Gobierno de Australia negándole la entrada al parlamentario derechista Simha Rothman, o el Gobierno brasileño, negándole la credencial al nuevo embajador israelí, cumplen también un papel importante en esta campaña. Esta campaña debe extenderse e incluir listas completas de israelíes racistas que hay que arrinconar. En este libro figuran los nombres de algunos parlamentarios, rabinos y militares que podrían encabezar la lista. De alguna manera, esto es un paso más hacia el declive de la ideología sionista y el inicio de un proceso crítico de desmontaje de los discursos caducos y estructuras asfixiantes. Un Estado liberado de la opresión sionista podría transformarse en un Estado normal, donde la gente quiera "vivir" en lugar de morir por la patria. La duda respecto al sentido de la existencia del Estado que expresan Sfard y Avrum Burg, o la fatiga de quien está cansado de perseguirlo expresada por Barkai, al igual que la duda sobre si la creación del Estado no ha sido una empresa demasiado grande para el pueblo judío, tal como lo plantea Kasher, expresan la convicción de que el Estado actual no tiene sentido de existir, pero bajo condiciones diferentes, liberado del sionismo, tal vez su mera existencia vuelva a tener sentido.

Si hay una salida —y esa es quizás la pregunta más difícil de abordar—, no vendrá de mano de políticos ni de militares. Vendrá de quienes se atrevan a desertar del odio existencial. De quienes comprendan que el otro, a pesar de ser enemigo, fue y será vecino; que hay vida más allá de la lógica binaria

del "todo o nada". El palestino es para nosotros lo que Meron Benvenisti bien definió como "enemigo íntimo"[82]. Tenemos tanto en común que es imposible separarnos. En tiempos en que se impone la razón del exterminio mutuo, resistir significa identificar denominadores comunes, y efectivamente tenemos una frontera común que, tal como aprendimos de la experiencia europea, divide, pero al mismo tiempo representa un punto de unión.

Comencé mi anterior libro declarando que lo escribía desde el exilio. Soy un exiliado en mi propio país, dije con el dolor propio de quien siente que le han robado su lugar en el planeta. A dos años de estallada la guerra, continúo exiliado en la misma ciudad en la que he vivido los últimos 50 años. Desde este exilio continúo haciendo lo posible para acabar con todo este delirio, para dar lugar a una etapa donde la consigna sea vivir y dejar vivir. Este "hacer lo posible" es un imperativo moral que exige continuar luchando mientras el cuerpo lo permita, consciente de mis limitaciones, pero teniendo presente aquel sabio proverbio talmúdico que dice que "tal vez no seas tú el que concluya la obra, pero eso no te da permiso para dejar de emprenderla".

Jerusalén, finales de agosto de 2025

EPÍLOGO

Entre la entrega de este manuscrito a la editorial y su entrada en proceso de impresión han pasado apenas unos días, que he querido aprovechar para agregar algunas reflexiones sobre algunos de los dramas acaecidos después de haberlo entregado. Muchos son los sucesos acontecidos en el curso de estos últimos días que justificarían por lo menos un capítulo adicional, pero en el marco del espacio y del corto tiempo que Catarata me ha concedido, quiero centrarme en dos fenómenos que agravan seriamente la situación y profundizan el pozo en el que estamos hundidos.

EL ATAQUE A CATAR

El evento más dramático de estos últimos días ha sido el ataque perpetrado en Doha, capital de Catar, contra el equipo negociador de Hamás que llevaba adelante conversaciones con Israel destinadas a lograr un alto el fuego, restituir a los prisioneros y llegar a una fórmula que pusiera fin a esta contienda. Este atentado es inaudito, absolutamente increíble incluso para todo aquel que, conociendo a Netanyahu, puede esperar de él cualquier barbaridad.

Mientras la delegación de Hamás asentada en Catar evaluaba la propuesta de Trump de cese del fuego, Israel lanzó un ataque destinado a eliminar precisamente a aquellos con los que negociaba dicho cese. En otras palabras, intentó matar a quienes mantenían relaciones diplomáticas con él, justo cuando estaban dispuestos a aceptar la propuesta de Trump.

Si alguien dudaba de las intenciones de Israel, aquí tiene la prueba contundente de que no pretende llegar a ningún acuerdo que finalice la

guerra y que busca continuarla todo lo que pueda, o, mejor dicho, todo lo que Trump le permita. En realidad, Netanyahu ha dejado claro desde el primer día que no habrá tregua hasta la derrota total de Hamás, y 70.000 muertos, cientos de miles de heridos e inválidos y casi toda la franja destruida todavía no cumplen con lo que él considera "total".

Esto es insólito: por un lado, Israel mantiene negociaciones con Hamás, mientras que por el otro intenta aniquilar a los mismos interlocutores. Es un proceder propio de organizaciones criminales que no dudan en eliminar a sus propios socios cuando dejan de serles útiles. Este acto corrobora la tesis de que Israel no pretende llegar a ningún acuerdo con Hamás: matando a los negociadores, no habrá con quién negociar.

Este modelo ya lo hemos visto en el trato a Abu Mazen y a la Autoridad Palestina, a quienes primero debilitamos y extenuamos para luego afirmar que "no hay con quién hablar". Como con la delegación de Hamás no podíamos decir lo mismo, los matamos, y ahora no cabe duda: ya no hay con quién hablar. ¿Qué palestino estará dispuesto a negociar con Israel sabiendo que en cualquier momento puede ser eliminado para evitar un acuerdo? Este hecho infame justifica la exigencia de Hamás de recibir garantías internacionales antes de liberar a los rehenes, ya que en Israel no se puede confiar. Es también un golpe fatal para las familias de los rehenes, que han vuelto a comprender que el Gobierno está dispuesto a sacrificarlos con tal de no cesar el fuego y poner fin a esta locura.

EL ATAQUE A LA CIUDAD DE GAZA

Y dado que ya no hay con quién hablar, unos días más tarde, Israel inicia, con el beneplácito estadounidense, el operativo militar destinado a conquistar la ciudad de Gaza, donde se concentran cerca de un millón de habitantes, forzando desplazamientos masivos a fuerza de bombardeos para completar el proceso de destrucción total de la franja hasta transformarla en un montículo de ruinas.

Lo sorprendente es que, por primera vez en la historia de Israel, la ofensiva se emprendió a pesar de la opinión del alto mando militar, que había

declarado no estar en condiciones de llevarla a cabo debido al agotamiento de sus tropas tras dos años de tensión continua. La fatiga de los reservistas y el creciente número de quienes no se presentan al servicio son el mejor indicio de que la gente está cansada de luchar por metas que nada tienen que ver con la seguridad nacional, sino con la subsistencia del Gobierno y la persistencia de Netanyahu como primer ministro.

Y no solo eso: fuentes militares anónimas filtraron que el ejército no sabe hacia dónde conducir la operación, porque Netanyahu no les ha especificado cuál será la próxima fase. Esta divulgación no es casual: busca contrarrestar la práctica archiconocida de Netanyahu de culpar al ejército de todos los fracasos de la guerra. Las "fuentes militares anónimas" se adelantan, así, para neutralizar futuras acusaciones.

La pregunta que se impone es si Netanyahu no aclara el rumbo de la operación porque prefiere ocultarlo o porque ni siquiera él sabe adónde pretende llegar. Hace apenas unos días, en uno de sus discursos más patéticos, declaró que Israel deberá transformarse en una "super-Esparta", autosuficiente y preparada para resistir represalias económicas. La metáfora, tan delirante como desafortunada, demuestra, entre otras cosas, su carencia de erudición histórica: si supiera cómo terminó Esparta, jamás la habría utilizado. Pero, sobre todo, refleja su visión geopolítica, que puede resumirse en pocas palabras: luchar hasta el infinito.

Entre los varios escenarios que circulan en su entorno, figura incluso el plan siniestro de levantar la alambrada que separa Gaza de Egipto y empujar a la población hacia el desierto del Sinaí, a sabiendas de que el ejército egipcio no disparará para impedir el cruce. Este escenario, tétrico y perverso, ya ha generado enorme preocupación en Egipto, al punto de que el presidente al-Sisi ha advertido a Israel que no juegue con fuego y ha amenazado con anular el acuerdo de paz entre ambos países si esta intención se lleva a cabo. Ha agregado que la "continuidad de esta actitud tendrá graves secuelas en la seguridad internacional", ya que "las prácticas israelíes" exceden "cualquier lógica política o militar" y "cruzan todas las líneas rojas". En otras palabras, este plan podría degenerar en una guerra abierta con Egipto.

EL FINAL DE ESPARTA Y DE ISRAEL

En síntesis, la situación empeora a ritmo acelerado. En sus orígenes, Israel pretendió ser Atenas, y Netanyahu la ha transformado en Esparta. A estas alturas de los acontecimientos, todo indica que, incluso si Israel alcanzara la victoria total que proclama, no abandonará la Franja de Gaza ni permitirá que la Autoridad Palestina tome posesión de ella.

Las declaraciones lanzadas al aire sobre crear una fuerza local de gazatíes opuestos a Hamás no tienen ningún asidero. Lo que resta es duplicar el modelo de Cisjordania: administrar Gaza por un tiempo indefinido, generar una zona ocupada que, al igual que Cisjordania, se llenará paulatinamente de asentamientos, mientras el ejército patrulle y derrame sangre sin fin. Jóvenes soldados deberán seguir enfrentando atentados, levantamientos e insurrecciones; la economía israelí deberá costear la manutención, alimentación, educación, servicios médicos e infraestructuras de una población sometida, y todo ello recaerá sobre los impuestos de los ciudadanos, además de enfrentar sanciones internacionales.

Jared Diamond, en *Colapso*, explicó cómo sociedades enteras desaparecieron cuando los costos de mantener un sistema injusto y violento superaron los beneficios. Por todo ello, con el paso del tiempo Israel no podrá sobrevivir[83]. El proyecto sionista está en vías de desaparecer. La derecha israelí está socavando las bases mismas del Estado y, así como cayeron el Primer y el Segundo Templo, también este "Tercer Templo" —el Estado nacido en 1948— tarde o temprano desaparecerá.

Quien sostenga que advertir sobre la caída de Israel es un ejercicio de imaginación debería recordar que la historiografía moderna ha mostrado, una y otra vez, como grandes potencias e imperios desaparecieron bajo el peso de sus propias contradicciones. Desde Gibbon[84], con su estudio sobre la decadencia del Imperio romano, pasando por *La decadencia de Occidente*, de Spengler[85], hasta análisis contemporáneos como los de Paul Kennedy[86] en *Auge y caída de las grandes potencias*, los historiadores han demostrado que ningún poder, por fuerte que parezca, es inmune a la erosión interna y al exceso de violencia. Israel, en su deriva actual, no constituye una excepción,

sino un caso paradigmático de esta lógica de autodestrucción.

NOTAS

1 . Meir Margalit, *El eclipse de la sociedad israelí*, Los Libros de la Catarata, 2024.

2 . David Rousset, *El universo concentracionario*, Anthropos, 2004 (publicado originalmente en francés, *L'Univers concentrationnaire*, en 1946).

3 . Jose Emilio Barucua y Nicolas Kwiatkowski, *Cómo sucedieron las cosas. Representar masacres y genocidios*, Katz Editores, 2014.

4 . Walter Benjamin, "Sobre el concepto de historia" (*Über den Begriff der Geschichte*), también conocido como las "Tesis sobre la historia", 1940, tesis VI.

5 . Azmi Bishara, *Palestina, una cuestión de justicia y verdad*, Los Libros de la Catarata, 2025.

6 . Albert Camus, *La peste*, Editorial Sudamericana, 1984.

7 . Martín Alonso, tras leer el borrador de este libro, me corrige: "Desgraciadamente, la guerra es humana, demasiado humana".

8 . Slavoj Zizek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós, 2009.

9 . Achille Mbembe, *Polítticas de la enemistad*, Futuro Anterior, 2018.

10 . Achille Mbembe sostiene, basándose en Frantz Fanon, que todo proceso colonial (y el sionismo efectivamente lo es) se construye siempre alrededor de una pulsión genocida, sobre todo cuando se adosa a presupuestos racistas y supremacistas. En numerosos casos, esa pulsión nunca se ha materializado, pero siempre estuvo ahí, en estado latente. Achille Mbembe, *Polítticas de la enemistad*, Futuro Anterior, 2018.

11 . Véase, por ejemplo, las denuncias de Yosef Nahmani en octubre de 1948, o de Aharon Zisling, ministro de Agricultura, en noviembre de 1948, quienes sostenían que las milicias armadas del reciente Estado de Israel cometían crímenes propios de los nazis

12 . Declaraciones del 26 de mayo de 2025. De más está decir que con esta ideología, este señor, siendo comandante del ejército, ha hecho durante su servicio todo lo posible para que la guerra sea efectivamente infinita.

13 . El libro que recopila la correspondencia entre Gershom Scholem y Hannah Arendt se titula *Tradición y política. Correspondencia (1939-1964)*, Trotta, 2018.

14 . Achille Mbembe, *Polítticas de la enemistad*, Futuro Anterior, 2018.

15 . Assaf Agmon y Uri Arad, *Haaretz*, 6 de junio de 2025.

16 . Nimrod Aloni, *Haaretz*, 31 de marzo de 2025.

17 . Gil Briol, "El trauma de un pueblo. ¿Qué paz después de la guerra?", *Avances en Psicología Latinoamericana*, vol. 36, nº 1, 2017.

18 . Michael Sfard, *Occupied from Within. A Journey to the Roots of the Israelí Constitutional Coup*, Berl Katzenelson, 2025.

19 . Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, 1963.

20 . Achille Mbembe, *Polítticas de la enemistad*, Futuro Anterior, 2018.

21 . Jacques Lacan, *El Seminario 11*, Paidós, 1987.

22 . Charlotte Gauthier, "Benyamin Netanyahou face à Darius Rochebin", *Le Temps*, 20 de mayo de 2024.

23 . El canciller alemán Friedrich Merz declaró el 20 de junio de 2025, en la cumbre del G7, en una entrevista a la emisora pública ZDF, que el Estado hebreo "está haciendo el trabajo sucio del mundo".

24 . Esto lo conocemos de la guerra de Yom Kipur, en octubre 1973, la cual, a pesar de que algunos analistas la han calificado de "empate", los egipcios la rememoran como un triunfo, mientras que para Israel esta ha sido un golpe fatal.

25 . Shlomo Ben Ami, *Haaretz*, 22 de agosto de 2025.

26 . Aimé Césaire, *Discurso sobre colonialismo*, Akal, 2006.

27 . Avrum Burg, "Israel. Is the Game Over?", *Substack*, 26 de julio de 2025.

28 . Martin Alonso Zarza, *El rabo mueve al perro*, El Viejo Topo, 2025.

29 . En realidad, esta ramificación entre dos alas del pacifismo Israelí, aquellos que criticaron el ataque frente a aquellos que lo avalaron, no debería sorprendernos dado que, desde siempre, el movimiento pacifista ha estado dividido entre quienes reclaman la retirada inmediata de los territorios ocupados de forma incondicional y aquellos que aunque apoyan negociaciones de paz, tienen sus reticencias y supeditan la devolución de los territorios palestinos a todo tipo de condiciones previas y garantías de seguridad. En las manifestaciones se puede distinguir ambos grupos a partir del uso de la bandera de Israel: los pacifistas radicales jamás alzarían una bandera israelí, a diferencia de los

pacifistas sionistas que no tienen reparo en hacerlo. O sea, incluso en nuestro pequeño círculo pacifista, podíamos distinguir entre "radicales" y "reservados".

30 . Shlomo Ben Ami, "Gaza y las leyes de hierro de la guerra", *El País*, 18 de agosto de 2025.

31 . Yagil Levi, *Haaretz*, 1 de julio de 2025.

32 . David Grossman, "Reflexiones sobre la Paz", en *Escribir en la oscuridad*, Debolsillo, 2012.

33 . Meir Margalit, *El eclipse de la sociedad israelí*, *op. cit*.

34 . Sigmund Freud, "Consideraciones sobre la guerra y la muerte", *Obras completas*, tomo 2, Biblioteca Nueva, 2017.

35 . Traducción propia.

36 . A estas alturas de los acontecimientos, parece ser que Indonesia está negociando con Estados Unidos el pago de una suma respetable por cabeza de palestino que entre en su país.

37 . Ehud Olmert, *Haaretz*, 4 de julio de 2025.

38 . *Haaretz*, 30 de junio de 2025. Este fenómeno requiere una explicación. Suele suceder que los soldados que llegan a estos puntos de fricción son reservistas, o sea, adultos mucho más moderados y sensatos que el grueso de los soldados rasos. Ellos son los que tratan de evitar los ataques de los colonos, por lo cual también son atacados.

39 . Sigmund Freud, "Consideraciones sobre la guerra y la muerte", *op. cit*.

40 . Achille Mbembe, *Polítticas de la enemistad*, Futuro Anterior, 2018.

41 . Meir Margalit, *El eclipse de la sociedad israelí*, *op. cit*.

42 . Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, 2003.

43 . Slavoj Zizek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Austral, 2009. Véase también *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, 2003.

44 . Michael Sfard, *Occupied from Within. A Journey to the Roots of the Israeli Constitutional Coup*, Berl Katzenelson, 2025.

45 . David Rousset, *El universo concentracionario*, *op. cit*. Traducción propia.

46 . Iris Lavi y Daniel Bar-Tal, "Violence in Prolonged Conflicts and Its Socio-psychological Effects", en Jutta Lindert e Itzhak Levav (eds.), *Violence and Mental Health*, Springer, 2015.

47 . Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, 2009.

48 . Ido Efrati, *Haaretz*, 15 de julio de 2025.

49 . Achille Mbembe, *Polítticas de la enemistad*, Futuro Anterior, 2018.

50 . Ayelet Shani, *Haaretz*, suplemento, 14 de febrero de 2025.

51 . Esta prédica es sumamente sorprendente, dado que, en el relato bíblico, no solo filisteos murieron en aquella oportunidad, sino también el mismo Sansón. ¡¡Por lo cual cabe preguntarse si, al utilizar aquella narración, el rabino Eliyahu está incitando en la misma oportunidad al suicidio de los soldados!!

52 . Avrum Burg, "Jews, Rebel. Now!!! A Jewish Plea to The International Court of Justice", 8 de agosto de 2025.

53 . Véase, por ejemplo, el artículo de Emanuel Shilo en el semanal *Besheva*, en la edición del 21 de agosto de 2025.

54 . Neta Ahitov, *Haaretz*, suplemento, 25 de julio de 2025.

55 . La *Enciclopedia de la mitología griega* explica que este término simboliza la conmovedora locura de aquellos que pretenden jugar con el orden natural de las cosas y evitar el triste pero ineludible destino de la mortalidad de la humanidad. El adjetivo "sisífico" denota una tarea que nunca se puede completar. Comparto la definición, aunque en nuestro caso cambiaría la palabra mortalidad por la palabra crueldad, "el ineludible destino de la crueldad humana".

56 . Max Weber, *Política y Ciencia*, Biblioteca Virtual Omegalfa, 2021. Obra escrita originalmente en 1919.

57 . Noam Chomsky, en Noam Chomsky y Michel Foucault, *La naturaleza humana: Justicia versus Poder, un debate,* Buenos Aires, 2006.

58 . Corine Pelluchon, *La esperanza o la travesía de lo imposible*, Ned Ediciones, 2023.

59 . Albert Camus, *La peste*, Gallimard, 1947.

60 . Eva Illouz, *Haaretz*, 8 de agosto de 2025.

61 . Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, *op. cit*.

62 . Edward W. Said, *Humanismo y crítica democrática: La responsabilidad pública de escritores e intelectuales*, Debate, 2006.

63 . Neta Ahitov, *Haaretz*, 2 de marzo de 2024.

64 . Véase, por ejemplo, Israel Harel, *Haaretz*, 1 de agosto de 2025. Harel comparó la expulsión de los asentamientos judíos de Gaza en 2005 con otras expulsiones a lo largo de la historia, como las acontecidas tras la destrucción del primer y segundo templo de Jerusalén, la expulsión de judíos de

Inglaterra en 1290, la expulsión judía de España 1492 y la expulsión de judíos de Varsovia hacia los campos de exterminio. ¡¡Ni más ni menos!! Basta este ejemplo para iluminar el grado de desubicación de esta gente.

65 . Institutos de altos estudios judaicos.

66 . Hanoj Levin, "El enfermo eterno y la amante", 1982. Traducción propia.

67 . Itay Rom, *Haaretz*, 3 de julio de 2025.

68 . Michel Foucault, *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, 1976.

69 . Los detalles de aquella reunión de gabinete llegaron a los medios de comunicación a pesar de ser catalogados de "secretos". Analistas concuerdan en que la fuente que filtró la información fue el mismo Eyal Zamir, quien ante el fracaso que iba a acaecer, quería dejar constancia de que el ejército alertó de que esta misión era imposible de realizar.

70 . Itay Mashiah y Ran Shimoni, *Haaretz*, suplemento del 18 de abril de 2025.

71 . Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*, 1963.

72 . Javier F. Ferrero, "La banalidad del mal en tiempos de algoritmo", *Spanish Revolution*, 18 de julio de 2025.

73 . Michael Sfard, *Occupation from Within: A Journey to the Roots of the Constitutional Coup*, Berl Katzenelson Foundation, 2025.

74 . Naomi Klein, *La doctrina del shock: El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, 2007.

75 . Martin Alonso Zarza, *El rabo mueve al perro*, El Viejo Topo, 2025.

76 . Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza Editorial, 1992. Véase también su libro *Teología política*, Trotta, 2009.

77 . Avrum Burg, "Jews, Rebel. Now!!!", *op. cit.*

78 . Desmond Morris, *El zoo humano*, Plaza & Janés, 1970.

79 . Achille Mbembe, *Necropolítica*, Melusina, 2011.

80 . Meir Margalit, *Forgotten, Suppressed, Denied. The Forging of Israels National Memory*, De Gruyter, 2025.

81 . Ofer Aderet, *Haaretz*, suplemento, 4 de abril de 2025.

82 . Meron Benvenisti, *Intimate Enemies*, University of California Press, 1995.

83 . Jared Diamond, *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, 2006.

84 . Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Turner, 1984.

85 . Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, 1966.

86 . Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias: cambio económico y conflicto militar entre 1500 y 2000*, Plaza & Janés, 1989.